

Vitko Novi, es un testigo de excepción de principio a fin de la Segunda Guerra Mundial. Luchó allá en su tierra natal, Montenegro (ex Yugoslavia), lugar en donde Jesucristo había vivido durante dos años antes de ser crucificado por aquellos que se oponían a la unión y la fraternidad de la humanidad. Tuvo que sacrificar los principios más sagrados que había aprendido y cultivado desde muy niño, la bondad, el amor al prójimo, el no matar, la no-violencia, etc.; sin embargo, se resistió sobrehumanamente a defenderlos, exponiendo su vida en ello para no faltar a los principios que debemos cultivar y no pisotearlos, lamentablemente la negatividad lo envolvió en ese torbellino de sufrimiento y muerte.

Mi Primer Crimen, es una obra póstuma e inédita de Vitko Novi vivida por él, que dejó para que la humanidad no pase por lo mismo y busque soluciones pacíficas y cordiales a sus conflictos, erradicando el egoísmo de nuestros pensamientos y actos, enfermedad que nos sigue destruyendo cada vez más y que nos convierte en violentos monstruos.

Novi, al término de la guerra emigró a Perú y escribió nueve libros desde el año 1965 hasta 1999, en ellos narra sus extraordinarias experiencias vividas en Europa y en tierras de los Incas con los Apus. En el año 2005 partió de este mundo al otro, el cual añoraba, dejando, entre otros, este pensamiento: *“Donde no se practican la solidaridad, el estudio y el trabajo colectivo, la miseria es el maestro y el dinero la autoridad”*.

ISBN: 978-612-00-7779-5



El Editor

M
I

P
R
I
M
E
R

C
R
I
M
E
N

V
I
T
K
O

N
O
V
I

JC

MI PRIMER CRIMEN

**Un llamado humanista
para no autodestruirnos**

Vitko Novi

**Obra póstuma
e inédita**

JC

MI PRIMER CRIMEN

Un llamado humanista para no autodestruirnos

Vitko Novi

MI PRIMER CRIMEN

Un llamado humanista para no autodestruirnos

JC

Dongo Hernández, Julio César

Lima, 2022

MI PRIMER CRIMEN

Un llamado humanista para no autodestruirnos

Vitko Novi

E-Mail: juliocesardongo@hotmail.com Cel. ☎ + (51) 999 374 589

Editor de esta edición: © Julio César Dongo Hernández

Las Salinas H1- 13 Chilca, Cañete. Lima-Perú

Cel. ☎ + (51) 999 374 589

Primera Edición, noviembre 2022.

Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú No. 2022-04847

La presente edición se terminó de imprimir en noviembre de 2022, en los Talleres de:

WORLD UNION CORP SRL

RUC No. 20551126499

Henry Arteaga S. Cel. ☎ + (51) 935 981 205

Jr. Callao 474 Lima Cercado

Lima 1, Lima-Perú

©Carátula y maquetación: J.C.D.H.

Transcripción del manuscrito a digital: Andrea C. Yaya V.

ISBN: 978-612-00-7779-5

Código de Barras: 9 786120 077795

Todos los derechos mundiales reservados en conformidad con la Convención Universal sobre Derecho de Autor, revisada en París el 24 de junio de 1971; Convenio de Berna; Decisión Andina 351; y el Decreto Legislativo No. 822, Ley No. 28131 (Perú). Es propiedad del Editor.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso previo del Editor.

www.todoporlosdemas.com

A la Memoria:

Del amado hermano maestro altruista,
que nos dejó con sus libros, palabras y hechos
el testimonio de un mundo asombroso de un canto
cósmico: “Apu, un mundo sin dinero” y hacer
“TODO POR LOS DEMÁS”.

Estará con nosotros siempre:

VLADO KAPETÁNOVICH BULÁTOVICH
(VITKO NOVI)

13.04.1918 - 02.01.2005

El Editor

A la Memoria:

De nuestro amado Hermano Cósmico

KASEY — JUAN UEHARA UEHARA — KASHI,

que hace décadas DESPERTÓ DE LA GRAN ILUSIÓN

en este mundo y nos ha dejado en sus libros

la forma de cómo hacerlo, bajo el seudónimo de Kashi.

¡Hasta nuestro reencuentro!

10.01.1941 — 09.01.2022.

El Editor

CONTENIDO

	PÁG.
DEDICATORIAS	7
CONTENIDO	9
PRESENTACIÓN	11
Pensamiento de Vitko Novi	12
PRÓLOGO	13
PARTE PRIMERA	15
CAPÍTULO PRIMERO - El inicio	17
CAPÍTULO SEGUNDO - El primer día de la guerra	37
CAPÍTULO TERCERO - En la estación ferroviaria de Zelenika	45
CAPÍTULO CUARTO - Abandono de la radioemisora-capitulación	55
CAPÍTULO QUINTO - Llegada a Rizan	61
CAPÍTULO SEXTO - En Podbozur	67
CAPÍTULO SÉTIMO - La muerte de Nikola	73
CAPÍTULO OCTAVO - En el hospital	79
CAPÍTULO NOVENO - La huida del cuartel	85
CAPÍTULO DÉCIMO - De nuevo en la cárcel	87
CAPÍTULO UNDÉCIMO - Sentencia de muerte	91
PARTE SEGUNDA	95
CAPÍTULO PRIMERO - La amistad con Masan	97

CAPÍTULO SEGUNDO - En la montaña	101
CAPÍTULO TERCERO - La guerrilla	107
CAPÍTULO CUARTO - La batalla	117
CAPÍTULO QUINTO - El comandante	125
CAPÍTULO SEXTO - El desorden	137
CAPÍTULO SÉPTIMO - En la cárcel	141
CAPÍTULO OCTAVO - Una religiosa	149
CAPÍTULO NOVENO - La fuga	157
CAPÍTULO DÉCIMO - La fiesta en la montaña	179
Imágenes	193

PRESENTACIÓN

Querido Lector:

Conocí personalmente a Vitko Novi en la segunda mitad de la década de los setenta; para entonces se habían publicado cuatro de sus obras. Afortunadamente para mí, Novi residía en Lima, Perú, y eso me dio la oportunidad de llegar fácilmente a él. Llegamos a cultivar una gran amistad muy estrecha y fraternal, a pesar de la gran diferencia de edad.

En los últimos años de su vida me entregó varios manuscritos suyos incluida esta obra. Posteriormente, un dos de enero del año dos mil cinco partió de este mundo; tuve la dicha de estar allí antes de su partida, como se lo había pedido varios años antes.

En el año dos mil diecinueve, tuve un sueño muy particular: “... *Vi a Vitko Novi que se dirigía a un lugar en donde daría una conferencia, el lugar era muy sencillo, adecuado para recibir a las personas. Sobre una gran mesa de madera que estaba llena de todos sus libros nuevos en rumbos de siete u ocho, aproximadamente, se encontraba parado Novi; yo había llegado temprano y me senté a la espera del inicio de la charla, le hago una venia saludándolo y me dirijo a él, a su solicitud, y me entrega un grupo de cuadernos gruesos empastados que eran sus manuscritos, muy parecidos a los que me entregó muchos años atrás, pidiéndome que los publique...*”

Esta obra inédita y póstuma está dedicada a todos los hombres y mujeres sin distinción alguna, para que trabajemos por la paz, el amor, la unión, la fraternidad y el trabajo colectivo, para vencer el egoísmo que nos está destruyendo, por el bien del prójimo... antes que sea demasiado tarde y el egoísmo nos destruya...

El Editor.

“No sé cuánto tiempo pasará hasta entonces,
pero estoy seguro que vendrá un día en que
Tierra será una sola nación, los hombres hablarán
un solo idioma, unidos fraternalmente bajo una
sola bandera: LA TERRESTRE.”

Vitko Novi

PRÓLOGO

En el otoño del 1 de setiembre de 1939, se inició una de las más terribles destrucciones que el mundo haya soportado contra la especie humana y ecológica, no por la naturaleza ni por algún castigo realizado por alguna fuerza sobrehumana, sino fue el resultado de la negatividad provocada por el mismo hombre como consecuencia de la enfermedad que ataca a todos los seres vivientes, el egoísmo y de todos sus derivados que de él se manifiestan. Un hombre que alcanzó el poder político, ayudado por otros con los mismos intereses de dominio y de poder a ultranza, con la habilidad de oratoria, instigó e “inflamó” a un pueblo muy inteligente pero con un dolor y resentimiento por el pasado cercano; esto lo utilizó para convencer a sus connacionales de ser una “raza superior”, tener la supremacía y dominar al mundo; parecía que todos los anteriores guerreros invasores del mundo se habían concentrado en este auto titulado líder y lo inspiraban. Con la operación llamada “Caso Blanco” iniciaron la Segunda Guerra Mundial.

Progresivamente fue invadiendo otros países con la alianza nazi-fascismo de 1939. En un día primaveral del domingo 6 de abril de 1941 con la llamada “Operación 25”, el Reino de Yugoslavia, es invadido. Montenegro sufre también toda la barbarie, quedando sin gobierno; es aquí que el protagonista de esta historia, Vitko Novi, nos relata los acontecimientos que vivieron su pueblo y él mismo. Los principios cristianos de paz, amor al prójimo, fraternidad, solidaridad, y el de no matar, entre otros, inculcados por su abuela materna desde muy niño, y cultivados por él, chocan fuertemente cuando se ve involucrado en la guerra, debido a la barbarie a que fue sometido en el transcurrir de ésta. Aquí, en su obra, nos relata con detalles como enfrentó a esa negatividad; fue herido, sentenciado a muerte y afortunadamente no murió, arriesgó su vida para salvar a quienes querían matarlo, sin embargo, la barbarie y salvajismo del hombre contra el hombre, el ver morir a las personas que lo habían salvado trastocó su más sagrado principio, el de no matar, se

vio envuelto también en este torbellino de odio, violencia, y muerte convirtiéndolo en un cómplice sin desearlo.

Un lunes 6 de agosto de 1945 a las 8:15 a.m. ocurrió una gran destrucción masiva contra los seres humanos, más de cien mil muertes instantáneas y miles más hasta la fecha, como consecuencia del hombre “civilizado” y producto de una nueva arma mortal de destrucción masiva: la bomba atómica. El resultado de muertes de la Segunda Guerra Mundial fueron más de cien millones de seres humanos, millones de animales y vegetales, daño al ecosistema y un valor incalculable en pérdidas materiales. Si en vez de la guerra, ese despliegue de recursos materiales y potencial humano se hubieran utilizado para el desarrollo de la humanidad, a esa velocidad, la civilización hubiera avanzado cientos de años positivamente.

Vitko Novi, sobrevivió hasta el final de la guerra, soportando otras desgracias humanas en carne propia. A pesar de todos estos trastornos, producto del fenómeno que experimentaba la humanidad, Novi no dejó sus principios morales y espirituales, ya que la frase de Jesucristo: “Que se amen unos a otros” había quedado grabada en su alma desde muy pequeño. Esto hizo que años después de la guerra la sabiduría divina le tenga reservado un espacio para dejar un testimonio en primera persona de lo que NO debemos hacer; y también le confió nuevas experiencias muy sorprendentes y positivas para la humanidad, que en los años sucesivos llegaron a publicarse en forma de libros.

El Editor

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

El inicio

“Por qué hay de temer a la muerte cuando no sabemos que hay más allá” —me decía mi abuela en una oportunidad, mientras me contaba sus experiencias de la vida, acariciando mis cabellos—. “Dios ha hecho el mundo, hijo mío, y en él estableció una temporal vida terrestre, donde manda a los seres vivientes para que purifiquen sus almas, luego las recoge de la Tierra y las transporta con su fuerza divina a la vida eterna, allá en el cielo, donde cada uno goza de acuerdo a sus hechos buenos o malos que ha ocasionado a sus semejantes durante la estadía en la Tierra. Por eso no hay que ser egoísta, no hay que hacer daño a nadie, para no enfrentarse después al Juez Divino de la eternidad”.

Ahh... ¡Los inolvidables días de la niñez! Días de felicidad, de alegría, inocencia y más, sin igual, emociones e impresiones que salen a nuestro encuentro, durante los primeros años de nuestra vida.

Yo nací en un hogar pobre en el cual las cosas necesarias para vivir escaseaban. La casa era de madera y estaba construida de una manera muy antigua. Recuerdo, cuando empecé a percibir correctamente las apariencias de las cosas, la parte interior de mi casa estaba cubierta por el hollín, ocasionado por el humo continuo de la hoguera ubicada en el centro de la cocina que ocupaba la mitad de la casa. Una división de tablones labrados de roble dividía el interior en dos partes iguales, la otra parte estaba con piso de madera y tenía una ventanita sin vidrio que en tiempo de invierno, cuando caía la nieve, mi madre tapaba con un trapo o con las pajas de trigo. La casa tenía dos puertas. La casualidad de la construcción había concedido que una de las puertas daba exactamente hacia el este y la otra al lado oeste. Era una frente a la otra y yo podía observar la salida y poniente del sol, sentado en el centro de la casa sin moverme del sitio. Allí en una parte del piso que sobresalía de la división acostumbraba sentarme por la mañana, a lado de mi abuela,

donde permanecía escuchando sus cuentos, consejos y narraciones muchas veces hasta que caía la oscuridad nocturna. Cuando se oscurecía por completo mi abuela me acercaba hasta la hoguera, atizaba la leña y proseguíamos hasta altas horas de la noche. Entonces, la anciana se levantaba lentamente, se dirigía a la otra habitación que nos servía para dormitorio y depósito, encendía la estufa y cuando el cuarto estaba con el ambiente cálido, me llevaba adentro, primero a rezar, luego con la ayuda de mi madre me acostaban sobre mi colchón preparado de paja de trigo. Me cubrían con una frazada de lana, hecha de manera casera. No teníamos sábanas y los ásperos hilos de lana rozaban mis hombros desnudos provocándome alergia que me obligaba a rascarme durante varias horas. Mi madre se encargaba de echar las leñas en la estufa durante la noche y así el ambiente en nuestro dormitorio se mantenía cálido a pesar que afuera las estalactitas de hielo colgaban al borde del techo, y la temperatura alcanzaba a veces hasta cuarenta grados Celsius bajo cero.

Por las mañanas me levantaba temprano y de la ventanita observaba como los copos de nieve caían desde las nubes lentamente y los pájaros acurrucados por el frío saltaban por las puntas de las estacas que asomaban de las nieves, próxima a cubrirlos por completo.

En el tiempo de verano mi vida transcurría de modo distinto. Mi madre se dedicaba a trabajos agrarios, cultivando los sembríos en la pequeña chacra que teníamos. Mi abuela se encargaba de cuidar a los animales y de atenderme junto con mi pequeña hermanita.

Por la mañana mi abuela me despertaba temprano, rezábamos algunos minutos en el santuario y luego de coger en sus brazos a mi hermanita, abría la puerta donde estaban encerradas la vaca y algunas cabras. Eso era su primer trabajo del día después de rezar, llevar los animales a los bosques para que paste la hierba temprano, antes que el calor del día veraniego avance y les obligue a permanecer en la sombra de los árboles, dando vuelta en su mismo sitio hasta que apañe el sol. Cuando terminaba de atender a los animales se sentaba en una colina donde podía observar toda la región, ponía a mi hermanita a su lado y a mí me entretenía con los cuentos y su filosofía mitológica.

Mi abuela era una mujer alta, corpulenta pero muy consumida por la edad. Tenía setenta años, su rostro estaba muy arrugado, tenía los dedos de las manos largos y secos, las arterias sanguíneas se le notaban

claramente bajo la piel que cubría los huesos casi sin carne. Su rostro estaba muy arrugado, la nariz puntiaguda y flaca, no tenía muelas en la mandíbula inferior y una grande catarata le cubría el cristalino de su ojo izquierdo, que le afectaba la apariencia personal haciéndola fea y lastimosa. Cuando salía a la ciudad se tapaba el ojo afectado con un trapo rojo, pero en la casa no lo cubría con nada. Había sido una mujer simpática en su juventud, pero cuando yo era niño ya la vejez le había consumido todo el vigor y belleza, dejándole solamente una piel medio bronceada que cubría su esqueleto. Tenía un carácter endemoniado, pero a pesar de todos sus defectos físicos y nerviosos, tenía mucha bondad y un espíritu muy elevado. No sabía escribir, pero utilizando su esfuerzo voluntario había aprendido las letras de imprenta sólo para poder leer la Biblia. Era muy religiosa y todas sus actividades las hacía contando con la ayuda y voluntad de Dios. Tenía una Biblia de pequeño volumen editada en el siglo catorce en un monasterio Ortodoxo. Sus páginas eran amarillas por la antigüedad, pero estaban todas sanas y cuando mi abuela las ojeaba para leerme algún artículo, me parecían que las hojas eran de cuero. *“Esto es un santo recuerdo del Obispo Ozhimanovit”*, decía, besando la Biblia. *“Me la ha regalado hace muchos años; había muerto mi esposo”*, proseguía la anciana con sentimiento, mirando hacia el cielo. *“Durante una confesión le pedí al Obispo que me consiga una Biblia para saber hablar bonito con nuestro señor, entonces el buen cristiano me dio ésta, advirtiéndome que es un libro muy antiguo y que debo cuidarlo como los ojos”*.

A unos cuarenta kilómetros, al este de mi casa, se encuentra el antiguo monasterio Moracha (Manastir Moracki) construido por los gobernantes Nemanjich en el siglo quince; y mi abuela iba a escuchar la misa todos los domingos, se iba a caballo alquilado o prestado de los vecinos, pero en las fiestas religiosas se iba a pie. *“Lo hago por los pecados de los demás”*, decía llorando de emoción. Algunas veces me llevaba con ella, cuando se iba a confesar. Durante el camino la veía sufrir, caminando usaba un bastón largo y se apoyaba con él, pero a pesar de todo la avanzada edad que tenía le ocasionaba mucho sufrimiento, durante un camino tan largo. Pero ella seguía, caía y se levantaba sin quejarse de los dolores, avanzaba paso por paso con los ojos dirigidos hacia el monasterio para dar cuentas por sus hechos al Juez Supremo. Llegando al monasterio mi abuela se metía adentro con apuro, parecía que su cuerpo recibía una alimentación misteriosa que le devolvía la

fuerza y vigor. Se acercaba al altar y allí arrodillada permanecía con las palmas juntadas, posicionados a la altura de su frente durante varias horas. El pope (sacerdote ortodoxo) era un hombre joven y bondadoso. Cuando mi abuela demoraba, me llevaba al comedor de los religiosos y ordenaba a los cocineros que me den de comer. Ellos me servían huevos sancochados y leche, eso era lo que más me agradaba. Cuando regresábamos a la casa, yo me ponía frente al icono de San Lukas que pendía en la pared, me arrodillaba, juntaba las palmas como lo hacía mi abuela y allí permanecía, dándole varias horas rezando. A veces miraba tanto al retrato que me parecía que la imagen se volvía una persona viva y me miraba pestañando. Entonces, me levantaba, corría donde mi abuela, le contaba lo ocurrido y ella me besaba de alegría. *“Tú eres chico todavía hijo, no tienes pecados aún y el buen Dios hace milagros con tu persona, eres como un mensajero entre la divinidad y los mortales pecadores que viven un ciclo en la Tierra”*, me decía emocionada.

Así pues, tenía yo una magnífica profesora de mitología que era más religiosa que cualquier pastor encargado de cuidar los espíritus de los fieles. Pero a mí me gustaba todo eso, lo aprendí con máximo cuidado, mucha voluntad y tenía un deseo de envejecer lo más pronto posible, para parecerme a mi abuela. Me parecía que sólo las personas de edad sabían hablar con Dios y yo tenía mucha ansia de hacerlo.

Por las noches, me levantaba de la cama, salía de la casa, me sentaba en la huerta y permanecía durante varias horas mirando las estrellas que pestañaban en el espacio. Me parecía que ellos eran los guardianes de Dios y yo quería penetrar en sus secretos para ver a su amo.

Como mi casa se encontraba en un lugar solitario, alejado de la aldea, yo no podía relacionarme con los chicos de mi edad ni con otras personas, entonces toda mi diversión, juego y aprendizaje era escuchar a mi abuela que me leyera los artículos de la Biblia o me cuente los buenos ejemplos de los hechos humanos. *“La vida humana es lo más sagrado y sólo Dios está autorizado para quitarla a los vivientes”*, me decía mi abuela con frecuencia. *“Hay que hacer el bien al prójimo para vivir bien y sentirse feliz viviendo. Lo malo destruye, envenena y detiene la civilización, mientras el bien construye, embellece, adelanta la civilización y hace florear la tierra. Nuestra vida se debe a los ángeles y a los santos”*, me explicaba la anciana con afirmación, *“y si ellos disminuyen, disminuirá también los que rezan por los pecadores, pero si los buenos*

aumentan, hay más rezos, hay más bondad, Dios se pone más piadoso con sus hijos y hay más felicidad”.

A pesar que en muchas ocasiones me preguntaba, quién autorizó a Dios para quitar la vida de los seres, quién es Dios, de dónde habrá venido, cómo y porqué. Aprendí los consejos de mi abuela, tal como me lo contaba, los sabía de memoria, les tenía mucha fe y me propuse cumplirlos con exactitud.

Así pues, mis primeros conocimientos de la vida fueron a base de la fuerza divina, y según mi mentalidad se desarrollaba, la fe en Dios crecía hasta tal punto de que cuando tenía los dieciocho años aceptaría con mucho gusto dar mi vida para salvar de la muerte a cualquier otro ser viviente.

Cuando entré al colegio mis compañeros me miraban como un ser extraño y en los años superiores empezaron a burlarse de mi conducta impulsiva y humanitaria. Cuando les decía que aquel que es capaz de aceptar los sacrificios por la nobleza humana, construye un fuerte y ancho camino por el cual los semejantes avanzan hacia la fraternidad, comprensión y felicidad, mis compañeros se reían a carcajadas y empezaron a llamarme profeta. Pero yo no les hacía caso, sus burlas y el desprecio que me mostraban eran para mí un sacrificio que yo mentalmente ofrecía a Dios, así como me había enseñado mi abuela.

Mi madre no se metía en los asuntos religiosos de mi abuela, pues ella tenía la responsabilidad de mantener la familia y ese deber no es tan fácil para una mujer sola en la dura vida del campo, sufría como lo han hecho muy pocas mujeres de nuestro tiempo.

Así pasó una parte de mi juventud, hasta que me matriculé en la academia militar para aprender ser guerrero, la más inhumana profesión del hombre. Allá, los muertos de guerra empezarían a envenenar mi mente con su enseñanza de matar al prójimo. Pero yo no creía en eso, cumplía mecánicamente lo que me ordenaban solo para conseguir la nota necesaria para pasar el año de estudios y nada más. Me parecía que todas exigencias de los oficiales para aprender a usar las armas, luchar con las bayonetas, lanzar las granadas de mano, era solo un requisito teórico para que nunca se ponga en práctica.

Cuando terminé la academia militar me designaron para instruir a los reclutas. Aquel servicio nada me agradaba, prefería tirar lampa en

el campo, jalar las redes de pescar o efectuar cualquier otro trabajo considerado como ordinario, que seguir enseñando a los hombres para que lucharan entre sí. En mi mente crecía un odio terrible a mi oficio y en muchas ocasiones pensé de abandonarlo. Lo haría con toda seguridad, pero sabía que con ese acto ofendería la fe de mi madre, que había puesto en mis estudios su deseo de que yo lograra ser oficial, y mi obligación era cumplir su propósito con cualquier sacrificio mío.

No podía abandonar la vida militar por el solo pretexto que no me agradaba. Entonces, empecé a meditar para encontrar la forma disimulada y escapara de aquel inhumano aprendizaje donde toda la enseñanza se deducía aprender a matar, destruir y odiar al prójimo. Decidí utilizar mis engaños fingiendo que tenía reumatismo y que todas mis articulaciones sufrían de esta enfermedad. Empecé a quejarme de los dolores, no asistir a clases y por fin pedí la hospitalización. Mi madre me escribía casi a diario y en cada carta animaba mi fuerza para ser fiel a la enseñanza y demostrar la ejemplar valentía de los soldados. Mientras tanto yo me preparaba a someterme bajo la investigación médica utilizando la enfermedad como el único medio de obtener el retiro legal del ejército. No avisé a mi madre de lo que había decidido, porque sabía que esa noticia la mataría de pena. Ella sería capaz de venir en cualquier momento y frente a sus ojos llorosos, no podría seguir fingiendo.

Por fin entré al hospital militar en Churpia (ciudad de Serbia donde se encontraba la academia militar de suboficiales). Los médicos examinaron mi organismo y me declararon como apto para el servicio. Pero a pesar de todo yo proseguí fingiendo, no me paraba de la cama y cuando me obligaban de hacerlo, me caí al suelo gritando, como si todos mis huesos estarían desalojados de sus sitios. Tres meses permanecí en cama y solo me paraba durante la noche. Me había sugestionado tanto de mi enfermedad que tenía miedo de quedarme cojeando toda mi vida. Entonces, me levantaba en las altas horas de la noche y después de asegurarme que no me vigilaban caminaba por el cuarto durante varias horas. A mi madre escribí una carta diciéndole que sufro de un pequeño resfrío, pero que estoy asistiendo a mi trabajo y que pronto seré ascendido al grado de teniente... ¡cómo me pesa el haberle hecho esa carta! Así pues fingía las reglas y las leyes, mentía para alejarme del ejército porque nos enseñaban como dañar y odiar a los semejantes.

A veces recibía la carta de mi abuela, me agradaba mucho cuando leía sus consejos, como mi madre le escribía las cartas, a veces se equi-

vocaba de anotar las exactas palabras de anciana, pero yo me daba cuenta y las adivinaba. Me enseñaba como debo de rezar continuamente. Tal vez te están maltratando mucho estos soldados y no te dejan tiempo para rezar, me decía subrayando las palabras.

Un día recibí un pequeño paquete y cuando lo abrí sufrí una sorpresa agradable. Mi buena abuela me había enviado su Biblia. *“Eso es un santo guardián, hijo mío”*, decía en la carta, que recibí con el paquete. *“Lee este santo libro, cuídalo, respétalo, ten fe en él y búrlate de los malos y los espíritus diabólicos”*. Repetí varias veces la misma frase. Tanto me alegré por aquel obsequio que lloré como un niño.

En ese tiempo se cumplían tres meses de mi estadía en el hospital y los médicos habían decidido nombrar una comisión de especialistas en la enfermedad del reumatismo para que decidan mi caso, entonces yo me encerraba en mi cuarto todas las mañanas hasta las nueve horas, leyendo la Biblia y pidiendo a Dios que me ayude a salir de aquella escuela, cuya única enseñanza era aprender la astucia para matar al prójimo. Pero ni Dios ni la Biblia hicieron caso a mis súplicas ¿Por qué?

La reunión médica nombró una comisión para que investiguen mi enfermedad, pero tres días antes que me iban a examinar, llegó una orden del comando superior para que me trasladen a la ciudad Herceg Novi, ubicado a la orilla sur este del mar Adriático y casi al principio del golfo de Kotor. Así se arruinaron todas mis esperanzas y en lugar de ser absuelto como esperaba, las autoridades militares me enviaron a un lugar con clima cálido, para prolongar mi curación.

Cuando llegué a Herceg Novi me acomodaron en el hospital del Meljime que estaba a poca distancia de la ciudad, dejándome en un cuarto bien amoblado pero sin hacer ninguna atención médica a mi persona. Nadie se preocupaba por mi enfermedad y en mi habitación sólo entraban los mozos que me traían la comida tres veces al día. En un papel que pendía de la pared sobre mi cabeza, la enfermera apuntó mi nombre el primer día cuando llegué y eso fue todas las visitas del personal sanitario durante mi permanencia en aquel hospital que duró sólo dos semanas.

A pesar de que no tenía contacto con la gente, en mi interior se generaba unos presentimientos raros, que me anunciaban algo horrible para la humanidad. Era por la soledad que me sofocaba, o tal vez por el aburrimiento de permanecer encerrado en un cuarto, sano y con plena

juventud. No sé por cuál de esos motivos, pero yo sentía mucha tristeza como si veía a toda la gente del mundo frente un enorme cráter volcánico, listo para entrar en erupción. Mi único entretenimiento y comunicación con las personas era leyendo la Biblia. Pero eso no bastaba, a pesar que me agradaba leer las palabras bíblicas, yo necesitaba la comunicación con la gente, quería saber por las palabras qué es lo que está ocurriendo en la vida presente. Entonces decidí salir por las noches a los cuartos vecinos para conversar con los enfermos.

En una habitación había una mujer que sufría de histerismo, tenía la pobre, tal vez, treinta y cinco años de edad, no se había casado, de vez en cuando cantaba canciones románticas y su voz agradaba. Pero de pronto cambiaba de actuar, lloraba a toda voz y pedía auxilio gritando, parecía que se encontraba en las llamas. Entonces, me hacía recordar a “La Solterona” de Balzac, cuyo personaje principal, del penoso escritor, se asemejaba a la solterona. Ocupaba el cuarto vecino de mi habitación. No sé cuál era su nombre, pero tenía visitas continuas que se componían mayormente de damas elegantes, que vestían los abrigos de pieles finísimas de visón y marta.

El segundo cuarto más allá de la solterona, ocupaba un sargento de la marina llamado Nikolo Bózovich, al cual empecé a visitarlo. Era casi de mi edad. Al hospital había llegado un mes antes, para curar una fractura del pie derecho sufrida durante una maniobra militar, y le faltaban pocos días para que le den de alta.

Una noche decidí visitar a Nikolo. Cuando abrí la puerta de mi cuarto para salir, la solterona empezó a gritar pidiendo auxilio. “*¡Sálvenme de los hombres, que me están descuartizando!*”, gritaba la mujer, aullando como los lobos hambrientos, y el eco de su voz resonante prorrumplía la tranquilidad nocturna. En el hospital se produjo una alarma y los enfermos salieron de sus cuartos, para ver lo que sucedía. Los gritos de la mujer y la gente alarmada que corría por el pasadizo me hicieron renunciar a mi decisión, regresé a mi cuarto y no salí. Enseguida, algunos enfermeros que se encontraban de turno corrieron hacia el cuarto de la que gritaba, tal vez sólo para ver el bonito cuerpo de la solterona, que se desnudaba cuando recibía el ataque nervioso e intentando de correr por el pasadizo. No creo que sería para prestarle la ayuda humanitaria, porque la gritería continuaba, la mujer había aburrido a todo el personal del hospital, menos al cura Pedro que la visitaba con frecuencia.

El padre Pedro era un hombre bondadoso. Tenía tal vez cincuenta años de edad, pero conservaba todas las agilidades como un joven de treinta. Cuando visitaba a la solterona se mostraba muy alegre y trataba por todos los medios de alegrar a la enferma. La mujer lo observaba con agrado durante varias horas, escuchaba los consejos del cura, se reía de los cuentos y chistes que éste le proporcionaba para tranquilizarle el espíritu. Algunas veces la solterona se enfadaba, se levantaba de la cama y atacaba al cura con toda su fuerza. Le golpeaba en los pechos, le arañaba el rostro y lo insultaba a toda voz. *“Vosotros los hombres son unos desgraciados, sois los verdugos de todos los seres vivientes. Todos son iguales, curas, oficiales, militares, estudiantes, todos quieren lo mismo, destrozar el alma de alguna mujer sólo para satisfacer su sádico deseo, ¡sí!, vosotros sois verdugos, hacen todo por placer”*, gritaba, ahogándose en llantos. Luego caía y permanecía inconsciente durante varios minutos, algunas veces más, pero al despertar se sentía avergonzada, su rostro enrojecido, y no hablaba con nadie. A mi parecer, aquella mujer había sufrido una emoción muy desagradable de algún hombre, cuyo efecto le había estremecido los nervios y su mente guardaba grabado un horrible odio hacia el sexo masculino.

Pero el padre Pedro soportaba todo los maltratos de la mujer y lo hacía con mucha gana. ¿Por qué el padre Pedro, soportaba tantos insultos, quejas y gritos histéricos de aquella mujer que no era ningún familiar suyo, más que un simple siervo de Dios, como lo era otro cualquiera?

Esta misteriosa incógnita se detenía en mi mente y me hacía a veces creer que el padre Pedro podría haber sido un obstáculo en la vida de aquella mujer, y ahora trataba de purgar las acusaciones de su propia conciencia, dejándose maltratar por ella con satisfacción.

A pesar que esa idea me asustaba a veces, por considerarla inhumana y diabólica; más bien podría ser en algo verdadera si se toma en cuenta que el padre Pedro había sido un atrevido y bohemio oficial y que debiéndose a alguna desilusión o arrepentimiento espiritual se había entregado a la vida del monasterio para así obtener la bendición del creador.

No es mi propósito de condenar la conducta del padre Pedro, puesto que cada uno de nosotros tiene alguna página de la historia per-

sonal oscura, manchada con la irregularidad moral que cometemos, con la actuación a propósito durante nuestra vida y que la estamos ocultando celosamente hasta el fin de la existencia. Pero de paso haré conocer al lector, lo que el mismo padre Pedro me reveló en una oportunidad, refiriéndose al caso suyo y de nuestra amiga, que por respeto a la dignidad femenina, no mencionaré su nombre y la llamaremos Staka.

El padre Pedro era el hijo único de un millonario albanés que se había establecido en la ciudad Yugoslava de Dubrovnik, antes de la Primera Guerra Mundial. En el principio de su juventud, Pedro, demostró un absoluto odio a los trabajos de todas las clases. Sus padres exigían que su hijo se matricule en la universidad, para presentarlo a la sociedad como estudiante y evitar que el muchacho se entregue a los vicios de la maldad. Presionaron a Pedro con toda la política y autoridad de padres y lo matricularon en la academia militar, rama de infantería. Allá, Pedro entró al cuartel de donde podía salir sólo unas horas al mes y esa salida dependía de su comportamiento en las clases. Así, el joven Pedro se encontró de repente lejos de sus padres que cedían a todas sus ocurrencias y nunca nada negaban a su único hijo. Ahora, Pedro tenía que respetar las reglas de los soldados, acostarse y levantarse con la señal de la trompeta y hacer todo lo que le ordenaban los atrevidos jefes del regimiento. En los primeros días el trabajo y la disciplina de soldado no le parecían a Pedro tan difíciles, pero según pasaban los días y semana, las órdenes y exigencias de los jefes aumentaban, el trabajo se ponía más difícil. En las tempranas horas de la mañana sonaba la trompeta por orden del oficial de turno. Pedro que por estar alerta para levantarse y ser el primero de sus compañeros, se mantenía despierto desde varias horas antes, saltaba como el conejo espantado por los perros cazadores, y con mucho cuidado de no ensuciarse los pies, se vestía, arreglaba la cama, corría empujándose con los estudiantes para llegar lo más pronto al lavadero, lavarse la cara y salir al campo donde se efectuaban los ejercicios y aliviarse para esperar la revista de los jefes y la orden para pasar al comedor a tomar desayuno.

Esa era la rutina diaria del joven Pedro, excluyendo las noches de alarma, cuando todos los estudiantes pasan la noche entera practicando los ejercicios, demostrando la agilidad, disciplina y aprendizaje. Aquella vida, rígida, monótona, donde se aprendía a destruir, matar y odiar, consumía a Pedro con tristeza. La falta del cariño familiar y las

costumbres de la vida que había aprendido en su hogar lo angustiaban, y lo obligaban a encerrarse cada noche en el baño, después de la orden de dormir, y allí permanecía llorando durante varias horas y así desahogaba la amargura que le atormentaba su corazón. Pero qué podía hacer. En la casa toda su familia había acordado que su hijo terminara la academia y llegue a ser un oficial al servicio del rey y de la patria. No podía protestar delante de nadie y si lo intentara recibiría como respuesta las amonestaciones, castigos y hasta los odios. Tenía que resignarse.

Los días transcurrían, sumaban las semanas, meses y años y Pedro al cabo de tres años fue ascendido a teniente. Ya la rigidez de los días de recluta habían pasado y Pedro podía obtener derecho de salida más veces al mes, dormir unas horas más y sentarse a la ventana del edificio, para observar a las alumnas de un colegio de mujeres que se encontraban al otro lado de la calle, casi al frente de la academia donde estudiaba Pedro. El colegio era de la instrucción secundaria y la mayoría de las alumnas eran las hijas de los campesinos acomodados que habían internado a sus hijas para que cursen los estudios superiores en la capital.

Una mañana primaveral, Pedro se encontraba descansando, apoyándose con los codos en la ventana de su cuarto, observando como por los salones del colegio se paseaban las muchachas que allá estudiaban. De repente ocurrió algo inesperado, en una baja ventana que daba frente a la suya, Pedro vio que una muchacha asomaba la cabeza con frecuencia y de escondidas le dirigía la mirada, ocultándose enseguida tras de la pared. Aquella mañana, Pedro permaneció varias horas en la ventana y en su alma empezó a sentir emociones agradables que se sienten en los primeros días de la juventud. La noche siguiente no pudo dormir, se levantaba y se asomaba a la ventana, observaba la ventana donde había visto a la alumna por la mañana, pero nada pudo descubrir, las luces estaban apagadas, ventana cerrada y la tranquilidad nocturna dominaba en la ciudad. Pero, a la mañana siguiente, la escena de los acontecimientos se repitió. La muchacha apareció en su ventana y Pedro que observaba, ocultándose hasta entonces, se asomó a la ventana de su habitación. Aquella vez Pedro se sorprendió sumamente. En la ventana de al frente pudo ver a una joven muy simpática que lo miraba con atención. Pensó varios minutos como comunicarse con ella. Por un rato prefirió abandonar su intento hasta la próxima oportunidad, pero alguna fuerza inexplicable invadía su alma y le obligaba a comunicarse con la

muchacha, que se parecía a un angelito, lo más pronto posible. Venció la timidez, levantó la mano derecha en alto y la saludó sonriendo. La joven contestó de igual manera, cerró la ventana y desapareció en el interior del edificio. Pedro sintió como una corriente que le subía sangre a la cabeza, le hacía latir el corazón con rapidez y le daba una fuerza victoriosa haciéndolo creer que él era, en ese momento, el hombre más fuerte y feliz del mundo. Nada para Pedro era difícil desde aquel momento. Ni trabajo, ni estudios, ni cariño familiar, ni disciplina, nada le fastidiaba, se sentía, pues, como se siente un joven enamorado con una joven que le corresponde con toda voluntad. Así prosiguió la coquetería.

En los primeros días, empezaron hablar con el alfabeto de sordomudos. Pero ninguno de los dos conocía perfectamente ese alfabeto. No se comprendían por completo, perdían mucho tiempo hasta entenderse con la ayuda de los libros, y decidieron cambiar de método. Pedro inventó la comunicación con la onda, conseguía pequeñas piedritas, escribía lo que deseaba comunicar a la joven y luego envolvía la piedrita con el papelito y lo tiraba con la honda a la ventana de la muchacha. Ella al ver la eficacia del método, le pidió a él que le haga una onda, Pedro aceptó con agrado. Construyó la onda y la tiró a la ventana de la joven. Tuvieron suerte, la honda cayó en el cuarto de la muchacha. Ella escribió un papelito, envolvió con él una piedrita y la aventó a la ventana de Pedro. Así le comunicó que su nombre era Staka, que cursaba el tercer año de media y que dos meses después tendrá vacaciones escolares y entonces podrá salir algunas horas diario a la ciudad. Pedro sintió mucha satisfacción pensando que pronto podría conversar con aquella agraciada muchacha, que a su parecer, no existía en el mundo una mujer más bella. No tenía fuerza para decidirse a esperar ese día. Sólo pensaba en ella. De noche permanecía en su ventana, hasta altas horas, viendo la ventana de Staka. No le importaba que la muchacha estuviera durmiendo, lo importante era que podía observar las cortinas y la pared. Le parecía que esa habitación emanaba una fuerza de felicidad espiritual sin la cual no podía existir el mundo. Cuando lo vencía el sueño se acostaba sobre su cama sin desvestirse, como para estar listo de proseguir aguaitando por la ventana que en cualquier momento se despierte.

Anochece y amanecía en la ventana. Cuando tocaba la trompeta para despertar a los académicos y luego para alinearse y tomar el desayuno, Pedro no perdía tiempo en vestirse, pues permanecía en alerta

toda la noche observando la ventana de Staka y al tocar la trompeta era el primero en salir al patio para alinearse. Staka hacía lo mismo. Si los profesores de turno no visitaran continuamente los cuartos de las alumnas internas tal vez Staka se tiraría por la ventana de tanta ilusión y sentimiento pasional que sentía para abrazar a su enamorado teniente. Pero como la vigilaban a cada instante, permanecía bajo sábanas en ropas de día, sólo se sacaba los zapatos, para así engañar a los vigilantes.

La muchachada no comía, había perdido el apetito casi por completo, estaba pobre, pálida y flaca, parecía que se le iba a desarmar el esqueleto. El estado de la chica alarmó a la autoridad del colegio, sometieron a Staka bajo el control de los médicos y le trataban con mayor cuidado, como si ella fuera un ser especial.

Pero todo resultaba inútil, Staka seguía su rumbo de enflaquecimiento y la única medicina para recuperar su fuerza física era encontrarse con Pedro, algunas horas, en un lugar solitario, para destruir con los besos la tremenda tormenta pasional que le agobiaba. Pero al fin avisaron a sus padres. El padre de Staka no pudo abandonar sus negocios para viajar tan lejos. Era un hombre de mucha experiencia y a la vez sospechaba que el malestar de su hija podía ser una fuerte ilusión pasional que a menudo ocurre entre los jóvenes a primera vista. Entonces, envió a la madre de Staka para que investigue el caso.

La señora Stoja llenó su maleta con las cosas que más le gustaba a su hija para comer, ropa nueva, zapatos, medias y un chal de seda en colores que ella misma había preparado a mano para que lo luzca su adorada hija durante las vacaciones.

Cuando la madre de Staka llegó a la ciudad se sorprendió viendo a su hija seca como un palo. Consultó con el médico y éste le comunicó que su hija no tenía síntomas de ninguna enfermedad y que todos sus exámenes sobre la salud de Staka dieron resultados negativos y para que recupere su peso normal de antes, sólo le faltaba las ganas de comer.

Stoja se puso nerviosa, lo que es absolutamente normal. Qué madre podría estar tranquila, viendo que su hija estaba perdiendo la salud. Sospechó entonces en la eficiencia del médico que atendía a su hija y enseguida buscó a otro. Por suerte, esta vez encontró a otro doctor, llamado Murat, que era de origen turco, tal como su nombre lo anuncia. Murat un hombre de cincuenta años, alto y bien simpático. Por la exigencia de su

profesión conocía todo el mundo. No existía país en la Tierra en el cual Murat no había estado una semana. Tenía mucha experiencia en curar a las personas que sufrían ilusiones y desilusiones, impresiones horribles y agradables, y todo lo que originan los desequilibrios psíquicos en las personas. Sabía, Murat, que la gente conoce, considera y examina sólo la parte buena de los sentimientos pasionales. Pero él no se dedicaba sólo a esta parte positiva y agradable del amor. Murat estudiaba aquella parte negativa del amor que nos conduce a veces a las bajezas espirituales y los trastornos nerviosos que nos obliga a querer a quien no nos quiere y odiar a quien nos está adorando.

Murat, examinó a Staka y comunicó a su madre que no se preocupara en nada por la salud de su hija. Diciéndole, que la muchacha estaba muy enamorada y que esa pasión le pasará en poco tiempo, como siempre ocurre con las jovencitas en la época de pubertad.

Stoja exigió a su hija le confiese si en verdad era lo que decía el médico, pero la chica negó la noticia con toda su fuerza.

Una noche, mientras Stoja dormía junto con su hija, al despertarse se dio con la sorpresa, viendo que su hija estaba prendida en la ventana mirando a un joven que estaba sentado en la ventana del edificio del frente. Pero, no se alarmó, decidió esperar para que su hija repitiera el caso y así se aseguraría por completo de que el diagnóstico del médico es la verdadera causa por la cual su hija estaba sufriendo.

Stoja no demoró mucho en observar el comportamiento de su hijita, como solía llamarla, y descubrió cómo Staka mandaba besos volados al joven del frente y él le correspondía de igual manera. Stoja no le dijo ni una palabra. Pero ella estaba sumamente alegre cuando se aseguró de que su hija no estaba sufriendo ninguna enfermedad maligna para el cuerpo humano y al mismo tiempo que la niña había crecido ya, para que los jóvenes de la buena sociedad se fijen en su belleza. Como todas las madres curiosas, Stoja espió algunos días más hasta que logró ver bien a Pedro; colgado de la ventana como un perezoso en las ramas del árbol. Le gusto el muchacho, alto, de anchas espaldas, cara larga, pelo rubio, ojos azules y nariz demasiada larga, eso era un solo defecto que encontró Stoja, y seguramente también aquellas mujeres que examinaban la belleza de los hombres con determinada paciencia, pero como la hija de Stoja no tenía tiempo para eso, aquel defecto a los ojos de la

chica ni lo notaba. Pedro era para ella, el hombre más correcto, más bello y más perfecto del mundo, a pesar que todo lo que conocía de él era sólo su letra, que lo leía continuamente en los papelitos.

Stoja viendo que la causa de la enfermedad de su hija era un guapo joven, no hizo más preguntas a su hija, alistó sus cosas y regresó a lado de su adorable esposo.

Así trascurrieron los meses que aún faltaban para que Staka termine su año escolar. Cuando dio los exámenes tuvo tres jalados, en matemática, geometría y religión, pero ello no le ocasionaron ningún descontento. *“Pero si este año no he aprendido las fórmulas de la raíz cuadrada, y de leer los grados de los ángulos, en el año siguiente lo dominaré por completo, porque para eso mismo repetiré el año”*, decía la buena moza, sintiéndose más que feliz por el pronto encuentro con su oficial de la ventana.

Una noche llegó el momento esperado. Era un día lunes, y las calles estaban con pocos transeúntes. De la catedral tocaron ocho campanadas. Staka abandonó su cuarto enseguida, siendo esa la hora fijada para la cita con el joven. Pedro hizo igual, corrió por las escaleras sin saludar a los jefes ni compañeros, según la regla militar, pasó la garita sin mostrar el permiso para la salida a la ciudad y corrió como loco hacia un parquecito con sólo tres bancas, a la espalda del colegio. Allí encontró a Staka, parada cerca de un pequeño rosal. Sintió la timidez, le dio la mano estirándola desde lejos con cierta desconfianza. A ella se le enrojeció la cara, sonrió ligeramente e hizo lo mismo.

El calor de los cuerpos generó una temperatura en las palmas ligeramente estrechadas y sacudió a los corazones de los jóvenes. La luna brillaba desde la bóveda celeste y el cielo lleno de estrellas parecía un hermoso buqué de flores de un brillo muy agradable. Una liviana brisa primaveral cargada con el aroma del campo y unos sonidos de flauta acariciaban el lugar. Todo eso se asoció con el agradable calor de dos cuerpos jóvenes, parados uno frente al otro, e imanados por un deseo, por una misma emoción, sintiendo deseo de placer. Se sentaron uno a lado del otro en un banco cercano.

En el principio hubo un pequeño silencio, luego tartamudeo, preguntas y respuestas entrecortadas, después las risitas, apretones de mano, acercamientos de bustos, de talles, de cuerpo entero, hasta que

los dos se confundieron en uno solo, que no se podía tan fácil distinguir quién era quién. Entonces, el juego del amor pasó la frontera prohibida y por mucha precipitación y muy poca experiencia se produjo lo que a veces sucede con los jóvenes que dejan a rienda suelta los ardientes deseos de placer en sus primeros experimentos pasionales y que suelen ocasionar un problema muy serio en toda la vida del individuo. Staka gritó desesperadamente. Pedro la sujetó algunos instantes luego la soltó, sintiendo mucha pena. Ella se desmayó, cayó como si no estuviera viva. Pedro se horrorizó de espanto, no sabía qué hacer, deseaba morir de desesperación. Pero tenía que actuar, la muchacha estaba sin sentido y él no se daba cuenta si aún estaba viviendo. Entonces, tomó una decisión de hombre maduro, un acto serio, humano y de mucho reconocimiento. Cargó a la chica en sus manos y la llevó a la asistencia militar. Los centinelas en la garita se opusieron que Pedro entre con una mujer en el cuartel, pero él no les hizo caso, siguió hasta la sala de emergencia y gritó a toda voz, auxilio. Los médicos de turno corrieron hasta la sala y se dieron con la sorpresa, viendo a una mujer moribunda en los brazos del teniente. La auxiliaron con lo que podían, pero la joven no recuperaba el conocimiento.

A la mañana siguiente, el comandante de la academia llamó a la directora de Staka y le comunicó lo ocurrido. La mujer se indignó y negó saber nada de la alumna que se había permitido cometer un escándalo tan horrible.

Cuatro semanas, Staka, permaneció en la asistencia. Luego llegaron sus padres. Pedro dio la explicación exacta del suceso sin ocultar ni un pequeño detalle. Staka lloraba sollozando, pero afirmaba la declaración de Pedro. Los padres intentaron avisar del caso a la justicia, pero Pedro se opuso firmemente. *“Yo adoro a esta joven, ella me quiere también, mi deseo es que nos casemos y formemos una familia de acuerdo a las leyes”*. Pero Staka se opuso. En la mente de la joven se había grabado una impresión terrible, ella odiaba a los hombres y tenía un aterrador miedo al matrimonio. Entonces, acordaron dejar para que el tiempo borrar las impresiones de Staka, para luego formar un hogar sin obstáculos. Pero no sucedió así. Staka había adquirido una enfermedad nerviosa que las fuertes impresiones provocan en la mente humana, sufría de ataques desagradables que le privaba de poder actuar. Permanecía llorando durante semanas y odiaba con todo su ser a los hombres. De matrimonio

no se podía ni pensar en el caso de Staka. Pedro esperó algunos años más en el ejército y viendo que Staka no se mejoraba sintió la desilusión hacia la vida. Se culpó por lo ocurrido, abandonó la carrera militar y se entregó al servicio de Dios para purgar su “horrendo pecado”, como lo consideraba. Pero nunca la abandonaba cuando ella se encontraba en su casa o en el hospital, Pedro siempre estaba a su lado.

Staka seguía igual, le golpeaba con toda su fuerza, a veces lo abrazaba y lo besaba con todo ardor, durándole esa emoción por varios días. Entonces, se ponía a cantar y no permitía que Pedro se alejara de ella ni un instante. Todos en el hospital sabían esta pequeña historia; y yo tuve la suerte que me lo contara él mismo.

ooooooooooooOoooooooooooo

A la mañana siguiente, comunicaron que en todo el país Yugoslavo las autoridades militares efectuaban una movilización general. El pacto de no agresión, que los gobiernos de Hitler y del rey Pedro II de Yugoslavia habían firmado algunos meses antes ya no tenía valor. El pueblo yugoslavo guiado por la política proletaria había presionado a su gobierno para que rompa el pacto con el eje del fasci-nazismo y se pone al lado de Rusia, Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra, que se habían aliado para combatir contra la agresión nazi. Hubo manifestaciones, luchas callejeras, ataques a las autoridades y protestas de todas clases, hasta que por fin el ministro de Yugoslavia Dragisa Cvetkovich, que había firmado el pacto con Hitler fue derogado, y con su sustitución el famoso pacto de no agresión quedó sin valor. Con esta actuación de Yugoslavia los nazi-fascistas se sintieron ofendidos y se prepararon para convertir las poblaciones yugoslavas en cenizas.

Todo eso había sucedido durante los días en que yo estaba en el hospital, y cuando Nikolo me comunicó los acontecimientos, mi sorpresa fue inexplicable. El país se encontraba en pie de guerra y yo en el hospital fingiendo. Regresar a mi unidad era imposible sin el permiso de las autoridades del hospital, además, mi comando estaba miles de kilómetros.

Se necesitaba el tiempo de una semana para poder llegar hasta mi academia y eso era un tiempo sumamente largo. El ataque de los enemigos se esperaba en cualquier momento y todos los viajes a larga distancia fueron interrumpidos de día por el temor a los bombarderos.

Los transportes de las tropas se efectuaban solamente durante la noche. Esos eran de carácter urgente a lugares determinados por los comandos, y no se podía utilizar para los pasajeros ni soldados para las diferentes ciudades de la nación.

Me encontré en un rincón sin salida, escondido como una rata bajo el techo del hospital. Mientras mi nación temblaba frente a los horrores de la guerra y exigía el deber patriótico de cada ciudadano.

—¿Qué hago ahora? —pregunté a mi amigo Nikolo, después de contarle mi situación.

—Para un hombre honrado y responsable esta situación es muy amarga —me contestó él, poniéndose pensativo—, pero yo creo que para tu caso, hay solución —agregó.

—¿Cuál es, dímelo, por favor? —le pregunté, levantándome del asiento.

—No te emociones, yo sólo te manifiesto mi opinión, pero si da o no el resultado eso tenemos que ver.

—Bueno, pero que es lo que debo de hacer —pregunté, acercándome a él.

—Tú nada. Pero yo voy a tratar de comunicarme con las autoridades que hacen la movilización en la región y luego te avisaré de su opinión —respondió Nikolo, con tono desilusionado, y que a mí me pareció que se había enterado de mi ficción que yo mantenía en el absoluto secreto.

—¿Para cuándo puedo esperar la respuesta?

—Este mismo día sabremos el resultado. Ahora hablaré por teléfono con un amigo mío que compone la comisión de movilizaciones.

—¡Entonces, vamos de una vez! —dije exigiendo, pues tenía mucha prisa de resolver un problema que me avergonzaba de él.

—Vamos pues —respondió Nikolo, se levantó, cerró la puerta de su cuarto y partimos.

Por el pasadizo transitaban las enfermeras y en sus rostros juveniles y sonrientes de ayer, se notaba una honda preocupación, como si se

preparasen para asistir a un velorio de una persona muy querida. En el patio se veían grupitos de soldados, personas vestidas de civil y uno que otro enfermo vistiendo sus batas y calzando las zapatillas de color caoba que le asignaba la autoridad sanitaria para el uso, mientras permanecían en el hospital. No se oían risas de la gente y me parecía que la atmosfera irradiaba un ambiente muy atemorizador.

Al fin llegamos al despacho, donde se encontraba el teléfono. Mi amigo marcó un número y esperó la contestación. A pocos instantes proseguía hablando y explicando, mientras tanto yo acercaba mis oídos al fono, con la intención de oír alguna palabra favorable para mí. Cuando Nikolo terminó la conversación colgó el fono, dio un suspiro y dijo mirándome:

—¡Ya está!, mañana te avisarán a dónde debes presentarte, pero, para eso, debes tener la orden de alta, expedido por el médico jefe del hospital. Sin este requisito no te pueden hacer ningún trámite, pues tú eres un hombre enfermo y esas personas no se pueden alejar del hospital antes de tener la orden —repitió, subrayando.

La noticia que acababa de darme mi amigo no me agradó en nada, yo había llegado a aquel hospital por la orden de una comisión médica especial, además pertenecía al comando de la academia militar, que era la única autoridad para disponer de mi servicio y autorizar mi traslado en otras unidades cualquiera de la nación. Los jefes del hospital tenían la orden de mi comando, controlar mi estado de salud durante tres meses y luego enviarme de nuevo a la academia, eso era inolvidable ¿Pero qué sucedería durante tres meses? ¿Resistiría el pueblo yugoslavo, casi desarmado y dividido en diferentes ideologías políticas, frente al poderoso ejército de Hitler? ¿Había lugares en los cuales se podrían ocultar las personas de la agresión enemiga o todos estaríamos molidos por los tanques nazis, que se dirigían hacia las fronteras yugoslavas a toda velocidad?

Esas y otras ideas ocupaban mi mente, destruyendo todas las esperanzas de regresar a mi comando, y renegaba de mí mismo por haber tomado la decisión de abandonar el ejército. Permanecía callado durante varios minutos. Nikolo proseguía hablándome pero yo no le escuchaba. De pronto, me dio un golpe en el hombro izquierdo.

—¿Qué te sucede? Acaso te ha acobardado la guerra —me dijo burlándose.

—No es eso —le respondí—, es que me encuentro desorientado, no sé a dónde iré. ¿Si la guerra estalla, por ejemplo, que haré?

—Nos iremos juntos a mi unidad, te daré un fusil, bastantes balas y a luchar joven —me contestó, riéndose.

—Gracias por tu consuelo —le dije, y partimos.

CAPÍTULO SEGUNDO

El primer día de la guerra

Era una mañana primaveral del día 6 de abril del año 1941. El golfo de “Boka Kotorska” permanecía aún durmiendo, a pesar que la tibia brisa penetraba en los caprichosos escondites para despertar aquel rebelde hijo del mar Adriático, que penetraba como serpiente entre los cerros y montañas.

Desde la cumbre de la Montaña “Njegos”, el sol apuntaba con sus rayos luminosos, y se apuraba para destruir la pequeña neblina que cubría todavía aquí y allá la orilla de Boka Kotorska; ansiaba de abrigar aquella hermosa novia de la gloriosa y legendaria montaña “Lovchen”, que acaricia con las olas sus abruptas y rocosas faldas durante siglos.

Algunos días antes, se comentaba la noticia que los alemanes habían ocupado Polonia y se comentaba que apuntaban con su mortífera máquina de guerra a toda la humanidad.

La misma suerte esperaba a Yugoslavia, puesto que el gobierno del rey Pedro II, bajo presión del pueblo Yugoslavo, acababa de romper el pacto de colaboración que había establecido con los nazis.

Los relojes desde las altas torres de los monasterios anunciaban las seis de la mañana. En la estación del tren Zelenika se agrupaban gentes de todas partes. Aquella pequeña ciudad, a la orilla del golfo de Kotor, es un puerto importante y céntrico para todas las clases de transportes con el cual se sirve gran parte de Montenegro.

De pronto, las sirenas de las alarmas, desde las torres de observación militar, se confundían en la atmósfera e hicieron vibrar con su voz amenazadora que daba miedo. Ellos anunciaban que los aviones enemigos se acercaban con velocidad hacia la región del golfo; enseguida los gritos de hombres, mujeres y niños también se acoplaron a aquella

desagradable música que no era otra cosa, si no gritos, protestas y exclamaciones contra la severa agresión del hombre contra su prójimo. La gente empezó a huir, corriendo, buscando donde esconderse, los débiles y sorprendidos se caían entre los rieles de fierro mientras los fuertes los pisaban sin sentir lástima.

Aquella rabiosa confusión que se había apoderado de cada persona fue interrumpida por la terrible detonación. Los aviones alemanes “Stuka” cruzaron el espacio del golfo de Kotor y arrojaron varias bombas de grandes tamaños sobre la estación, miles de cuerpos humanos fueron despedidos con los palos y fierros retorcidos en todas direcciones, sobresaliendo la densa nube de polvo levantada por la explosión.

Enseguida, otras máquinas mortíferas manejadas por el hombre sobrevolaron a poca altura por encima de la neblina, ametrallando toda la región, y así remataban a los que huían con la esperanza de salvar su vida.

Aquel ataque aéreo fue muy sorpresivo y rápido, no dio tiempo a ninguna de las baterías antiaéreas a disparar sus cañones, a pesar que había más de cincuenta en todo el golfo. Así murieron muchas miles de personas, una gran cantidad desapareció enterrada entre las ruinas de casas y calles. La desesperada gritería de la multitud, las llamadas de los heridos que pedían auxilio, conmovía al sentir humano. Mi ser se estremeció de angustia y decidí penetrar en la nube de polvo que se extendía tras de las explosiones para prestar mi colaboración a los que agonizaban.

—Vamos a ayudarlos —dije a mi jefe, que se encontraba pegado a la tierra detrás de una roca.

—No te muevas Novi —contestó él, sin levantar la cabeza.

El miedo se había apoderado de aquel hombre y pensaba no alejarse de ese lugar.

—Acá permaneceremos hasta que oscurezca, luego iremos al comando, allá acordaremos con el comandante para nuevas acciones —me ordenó decidido.

—Mientras tanto morirá mucha gente, que tal vez pueda salvarse —le contesté.

—Es tiempo de guerra, alguien tiene que morir, yo no me expondré a las dificultades. Te ordeno obedecer mi orden —me dijo colérico.

La acción de mi jefe me sorprendió demasiado, no comprendí su cobarde decisión, pero él tenía autorización superior de dictar las órdenes, tuve que obedecerlo.

—Qué pena por estar autorizado para mandar —dije, mientras me sentaba a su lado.

Como dos conejitos perseguidos por lo perros cazadores, acurrucados uno con otro, allí permanecimos durante todo el día; cuando anocheció salimos del escondite y nos dirigimos al comando.

Al llegar a la estación, acudimos para comunicarnos con algún comando superior para avisarles de los bombardeos y pedir instrucciones, pero nuestro intento no dio resultado. Sin sentir ninguna clase de molestia por los miles de seres humanos que morían despedazados a su alrededor. Aquel comportamiento del jefe me dio la expresión de un macho salvaje, que está dispuesto utilizar todas las barbaridades cuando se encuentre rodeado por los hombres para destruir a otro de su género, di media vuelta y salí sin contestarle.

El pánico se apoderó de todos los habitantes del golfo, y la gente huía entre las rocas sin saber cómo ocultarse de aquel mortífero agresor. En las posiciones militares se pusieron en alerta todas las unidades en las aguas del golfo, los destroyers se movieron para ocupar un mejor sitio de ocultarse y defenderse. Frente de Zelenika, al otro lado del golfo, en el lugar llamado Klince, se encontraba la radio emisora militar, era de alta potencia y en tiempo normal se comunicaba con todos los puertos estratégicos en el país.

Acudimos a comunicarnos con algún comando superior del ejército e informarles que la región fue atacada por los nazi-fascistas, pero nuestro intento fue sin resultado. Nadie contestaba a nuestras llamadas y eso nos alarmaba aún más. Creímos que nuestra estación había sufrido algún desperfecto, cuando la examinamos nos aseguramos que estaba en perfecto estado y que las otras unidades de transmisores no estaban en onda por alguna razón de fuerza inexplicable.

Ninguno de nosotros pudo pensar en aquel momento de que la quinta columna de Hitler y Mussolini se había apoderado casi de todas

las cadenas comunicativas en el país, y que no se podía obtener informaciones de ninguna parte.

Los comandos designados a la defensa de golfo de Kotor, exigían las noticias de la estación, pero todos recibían la misma palabra: “¡no hay novedad, la comunicación interrumpida!”

Aquel día, no recibimos otro ataque. A la mañana siguiente, nos bombardearon varias escuadrillas enemigas. Ningún objeto militar fue dañado durante los bombardeos, pero la población sufría muchas pérdidas.

La gente se alejaba de sus hogares, se dirigían en busca de los escondites entre las peñas y árboles. Familias, amigos y conocidos se agrupaban buscando alivios uno en otro, y comentaban de los sangrientos sucesos vistos en el día anterior; aquella inexperta evacuación facilitó mucho a los destructores para ametrallar uno por uno hasta acabar con todos.

El bombardeo de la estación de ferrocarril me ocasionó honda pena, deseaba acercarme al lugar e inspeccionar de cerca aquel horrible hecho. Sabía que todos los permisos de alejarse de la unidad estaban suspendidos por orden superior para soldados y oficiales, pero a pesar de todo fui donde mi comandante y le supliqué me permita visitar la zona bombardeada. Cuando entré en la oficina, el comandante estaba conversando con varias señoritas del lugar, parecía sumamente divertido. Le saludé militarmente y empecé a suplicarle por el permiso, éste me interrumpió de manera muy brusca, me botó de la oficina insultándome con todo el vocabulario de un militar malcriado. El comportamiento del comandante me sorprendió, pues nunca antes lo había visto insultar de esa forma, tal vez quería exponer su poder de mando ante las mujeres, pensé; y regresé a mi puesto muy entristecido por fracasar en mi intento.

Media hora después, llegó un soldado y me entregó la orden de presentarme lo más pronto posible en el despacho del comandante. Pensé que me castigaría por mi visita anterior, no me agradaba recibir castigos pero tenía que obedecer la orden, y me fui.

Cuando llegué a la oficina, el comandante me recibió con agrado y luego ordena que se me expida el permiso por un día. Era por la mañana y como cada minuto pasaba, disminuía mi permiso, me apuré para alistarme, y partí.

Por entre rocas y matas, alrededor del caminito que conducía al muelle llamado Rose, se encontraba mucha gente que se alojaba en la orilla del mar, donde atacaban los aviones con bombas y ametralladoras.

Por todos lados se escuchaban gritos, lamentos y la monstruosa palabra “la guerra” que interrumpía con suspiros y alarmante miedo toda conversación.

En el muelle encontré varias lanchas, abandonadas y ancladas a la orilla; las había equipadas con motores, pero la mayoría eran equipadas solo con remos. No sabía poner en marcha las maquinas, eso me indigno ante mí mismo, sentí mucha cólera y escogí una con remos. No tenía experiencia en manejar con remos pero estaba obligado a moverme de alguna forma, puesto que no tenía a nadie que me ayudara a atravesar el golfo.

Empecé a remar, los remos se desviaban entre las aguas casi sin ningún control, muchas veces me movía en un círculo sin alejarme ningún metro, otras, encaminaba par de metros adelante luego regresaba casi igual cantidad. Después de tanta lucha en la cual perdí más de dos horas, empecé a empujar la lancha en la dirección deseada. Había navegado más de dos horas; y al mismo instante cuando aprendí a dominar los remos, una escuadrilla de aviones cruzó sobre mí, pasaron a baja altura, no hicieron ningún disparo y se perdieron tras de los cerros Sutorina.

Un rato después, regresaron pero a mayor altura, dieron alguna vuelta por encima mío y luego arrojaron varias bombas a mí alrededor. Los artefactos estallaron a poca distancia de mí. Las grandes olas en forma de gigantescos chorros, altas, varias docenas de metros, se levantaron a mí alrededor. Aquella enorme cantidad de agua al regresar desde el aire cayó sobre mí; yo fui despedido de mi lancha y hundido muchos metros de profundidad. Cuando subí a la superficie vi que pedacitos de mi lancha flotaban sobre el agua. Los tremendos remolinos de agua provocados por la explosión habían destrozado mi lanchita y ahogaron toda esperanza de ser salvado de aquella catástrofe. Los aviones enemigos seguían ametrallándome, y a mi alrededor caían lluvias de balas. Las baterías antiaéreas empezaron a disparar sobre los aviones nazis, las granadas explosionaban en el aire y los pedazos de fierro caían a mí alrededor provocando un sonido estremecedor.

De pronto, un avión fascista dio una vuelta brusca en el aire, una enorme faja de humo se desprendía de la maquina mientras se dirigía de

pique hacia mí. Que horrible es mi destino, pensé en aquel momento, al ver que el avión estaba dañado por las granadas, y se acercaba a mi dirección. A pesar de que estaba maltratado por el agua, apuré con toda fuerza para alejarme de aquel sitio y evitar que la máquina cayera sobre mí. Al cabo de unos instantes, el aparato cayó a pocos metros de mí, una tremenda explosión sacudió toda la región, el agua empezó a hervir y yo fui confundido en aquel remolino sin darme cuenta perfectamente lo que sucedía conmigo.

Me encontré en la superficie, a mi lado y poca distancia, vi que un hombre luchaba entre las olas. A pesar que mi fuerza había disminuido considerablemente, me apuré para acercarme y ayudar aquel hombre, cuando me acerqué y extendí mi mano para agarrar su ropa y evitar que se hundiera, el hombre levantó la cabeza y me disparo varias veces con su revólver; el agua era demasiado perturbada y no permitía, al que me apuntaba, obtener la puntería precisa, las balas pasaron a mucha distancia de mi cuerpo, pero él proseguía disparando.

Comprendí entonces, que aquel hombre era algún miembro de la tripulación del avión nazi que acababa de caer a mi lado y que se había salvado de milagro, pero no comprendí porqué me amenazaba de quitarme la vida, cuando los dos estábamos en igual peligro de morir. Me hundí bajo la superficie y procuré desviar la dirección, así evitar que obtenga el tirador un blanco de mi cuerpo. Cuando volví a la superficie de nuevo mi agresor estaba a pocos metros de mí, noté que tenía uniforme alemán y contenía una pequeña granada en su mano derecha; rápido me sumergí sobre la superficie, pero en eso a mí costado vi la explosión de un artefacto, los pequeños trozos de fierro fueron despedidos por la explosión en todas partes a mi alrededor, cayendo uno de ellos en mi muslo izquierdo. Era de tamaño pequeño, había perdido la fuerza de impulso, y no se hundió mucho en mi cuerpo, pero de todas maneras, la herida impedía los movimientos en el agua para sostenerme en la superficie y con eso mi vida peligraba aún más. Subí de nuevo a la superficie, pero en eso sufrí una sorpresa de mucha mayor consideración. Los aviones nazis volvieron sobre nosotros y arrojaron varias bombas de nuevo, una de ellas cayó muy cerca de nosotros. La inexplicable ola de agua conmovida empujó a mí y al alemán casi a la orilla, frente de la ciudad Herceg Novi. Faltaban pocos metros para salir a la arena, cuando noté que el alemán trataba de alcanzarme con una filuda cuchilla que tenía, tal vez, treinta centímetros de largo. Yo tenía la pistola, varias cacerinas

cargadas y dos granadas de mano, pero en ningún momento pensé utilizar las armas contra aquel ser humano.

Cuando era niño, los viejos me contaban de las guerras con los turcos, me explicaban que en la primera “gran guerra”, “gran destrucción” o “gran salvajismo del hombre” como se la podía llamar, los guerreros luchaban pecho a pecho. Me contaban de muchas aventuras, heroísmos, trucos y barbaries, pero yo nunca creí en aquella conversación. En mi mente era difícil crear el pensamiento de que existen seres humanos que con una satisfacción o agrado puede hundir un cuchillo en la garganta de su semejante, o disparar el arma sobre su cuerpo. En la escuela aprendí de los curas que, todos somos hijos de Dios, y que no debemos nunca pensar de hacer daño a sus semejantes, porque nuestro Padre se enojaría y castigaría al autor de los malos hechos.

Entonces, pensé, si aquellos hombres que hablaban de la guerra, habían matado a otros hombres durante la guerra, el Todo Poderoso les había castigado hasta ahora y no gozaría de tantos privilegios por matar tantos hijos del creador; desobedecer sus reglas y denegarse de él.

Así pues, todas aquellas revelaciones escuchadas por los guerreros antiguos cuando yo era chico eran unos cuentos legendarios a los caprichos de imponer los hombres su orgullo sobre los que no habíamos participado en las batallas, pero sin fundamento ni verdad.

No tuve tiempo de pensar en esos acontecimientos aquel día en la arena, cuando el nazi atacaba con toda su fuerza para destruirme; a pesar que nunca he pensado ofenderlo ni conocía su existencia siquiera. Lo que es cierto, que yo en ningún momento pensé en atacar su vida y empezamos a luchar, bajo el sol primaveral en aquella arena, el cual arremetían miles de balas de las ametralladoras desde el aire a nuestro alrededor.

El nazi era un hombre corpulento, tenía pelo corto y le favorecía la visión, mientras mi pelo era largo y en cada instante me cubría los ojos al salir a la superficie del agua. Por fin, agradeciendo a un truco mío que aprendí en plena niñez, logré quitar el cuchillo de las manos de la bestia que cuya mente había invadido el salvaje instinto de sangre. Le di varias bofetadas cuando se privó, lo saqué a la orilla y le quité todas las armas. Allí estuve varios minutos esperando que los aviones se retiren y cesen de ametrallar.

Cuando empecé a caminar dejando al nazi en la arena, escuché pasos tras de mí, me volteé y con sorpresa vi que el alemán estaba a mi espalda, con una gran piedra en la mano, listo para tirarla en mi cabeza. Di un salto de costado y la piedra pasó muy cerca de mi cráneo. Entonces, volví a defenderme de nuevo, derribé con un golpe al nazi, lo jalé luego entre las piedras para alejarlo de la arena donde lo podían ver de todas partes y lo abandoné, cuando me alejé, tal vez cientos de metros, vi que mi agresor se levantaba, y se perdió entre las rocas.

En eso, una patrulla de soldados se dirigía a mi encuentro. Me saludaron y trataron de ayudarme, yo les agradecí, pero les informé que del avión caído en el mar no había sobrevivientes.

Mi lucha en el agua fue horrible, varias veces pensé, qué había hecho yo a Dios para que derive tanto castigo sobre mí, partí luego hacia la estación en donde el día anterior había desaparecido miles de vidas humanas.

Todo el cuerpo me dolía, no podía caminar bien, pero no quise ocupar aquellos soldados para no interrumpir su deber, me senté sobre una piedra, saqué el pedazo de la granada que se había hundido en mi pierna y vendé mi herida.

Qué triste para mí fue el comienzo de la guerra, pensé, mientras temblaba de un horrible miedo todo mi ser. Cuando empecé a caminar, las sirenas avisaron con sus silbidos de que los aviones nazis se habían alejado. Aquellas señales establecidas por las autoridades avisaban a la ciudadanía el ataque de los aviones enemigos y también cuando los bombardeos se alejaban.

Muchas veces ocasionaron un terrible error, el cual costaban cantidades de vidas humanas; pero los nazis conducían sus aviones a baja altura, se escondían detrás de las montañas y aparecían por sorpresa después de que las estaciones de observación habían anunciado que no existía peligro de bombardeos y que la gente salían de sus escondites, matando a todos los que estaban a su alcance.

CAPÍTULO TERCERO

En la estación ferroviaria de Zelenika

Aguardé algunos minutos para exprimir mi ropa, que por estar mojada pesaba bastante, y me encaminé hacia la estación. Demoré regular tiempo para llegar.

Mi cuerpo estaba maltratado por lo ocurrido en el agua, y la rodilla me dolía considerablemente. A pesar de todos los malestares que sentía me apuraba para presenciar la obra del hombre civilizado que dice ser justo, generoso y humano.

De pronto, empecé a escuchar los gritos lamentables, apuré enseguida con toda fuerza, y a manera que avanzaba, aquellos quejidos aumentaban y se convertían en una bulla que horrorizaba mi ser. Entré por un caminito que serpenteaba entre los frutales y huertos hasta que salí de repente a la línea de ferrocarril. Dirigí mi vista hacia la estación y lo primero que vi fue las paredes rajadas sin techo, entre las cuales se levantaba una nube de polvo. Apuré para acercarme y mi inesperada sorpresa fue aún más horrible. Todas las casas estaban destruidas y a sus alrededores la gente atrapada entre las paredes, exclamaba pidiendo auxilio.

Enormes huecos de terrorífica apariencia se veían unos tras otros. Entre aquella tierra removida aquí y allá se veían los vagones volteados y atrapados por la mitad, entreverados con los fierros retorcidos de los rieles, entre los trenes resaltaban partes seccionadas de cuerpos humanos. Más allá, en la pequeña pampa donde se reunían los pasajeros para esperar la llegada del tren, cientos de cadáveres se veían desparramados y amontonados uno sobre otro.

Una casa a poca distancia empezó a arder; la explosión había derrumbado su techo y una parte de pared. Entre aquellas ruinas estaban atrapadas las familias. El fuego se había detenido un poco entre la

tierra que cubría los maderos hasta apoderarse de todas y en el preciso momento cuando llegué, las llamas se desprendieron a toda fuerza. Unas voces agudas y débiles se escuchaban que pedían auxilio entre los humos. Corrí en la dirección, pero las llamas cubrieron todas las paredes y no me permitían entrar. No me rendí ante aquella horrible escena, corrí por otro lado y encontré una ventana abierta en la pared de la casa, que todavía se mantenía parada, por la cual salían llamaradas de fuego y humo. Por aquella ventana se escuchaban los gritos que pedían auxilio, y yo decidí prestarles ayuda a cualquier precio.

En el mismo instante, cuando me introducía entre humos y llamas, para acercarme a la ventana, la pared de la casa se derrumbó, las llamas se confundieron con un humo negro, las voces callaron, y yo por poco fui atrapado entre las ruinas. Me salvé por una rara casualidad, porque las partes de la pared cayó a mi alrededor, luché varios minutos, salí con la ropa quemada, pero no sufrí quemaduras graves en el cuerpo.

Cuando salí de las llamas me dirigí hacia los muertos y heridos que estaban a la vista. Las ruinas y grandes huecos provocados por las explosiones dificultaban el transitar urgente. Mientras daba vuelta entre los fierros de los vagones escuché los gritos de una criatura. Presté atención de dónde venían los llantos y descubrí que el niño estaba atrapado en el interior de un vagón. Toneladas de tierra cubría la mitad del vagón, mientras la otra parte estaba convertida en un montón de leña y fierros retorcidos. Aunque cansado y maltratado no pude pasar por alto aquellos sollozos que se ahogaban. Empecé a separar las tablas y penetrar en el vagón.

De pronto, una muchacha se presentó a mi lado. Estaba atontada por la explosión, tenía la ropa destrozada, los cabellos llenos de tierra y la pierna derecha manchada de sangre; su oreja derecha estaba partida en dos y la sangre le bañaba aquella parte del cuerpo. Me aterroricé al verla, pero no pude prestarle ayuda puesto que los llantos del niño me ocasionaban una pena inaguantable.

La joven corrió hacia mí y entre sollozos empezó a suplicarme para que le ayude a su madre que estaba muriéndose. No le pude contestar nada, yo estaba decidido auxiliar al niño, y la negación mía hundía aún más en la angustia a aquella jovencita que trataba de salvar a su madre. Por eso decidí callar.

Mientras yo separaba los fierros y tablas rotas, la joven insistía más y más, suplicándome con toda su fuerza, cuando vio que no le hacía caso, empezó a insultarme y maldecirme con todo el odio como si yo fuera el asesino de todas aquellas personas muertas allí.

¡Que Dios te castigue! —empezó a decir la chica, sollozando—, ¡maldito, inhumano, que Dios te castigue! —repetía la pobre muchacha, mientras sus lágrimas se mezclaban con la sangre que se derramaba por su cara.

Por qué Dios permite que se efectúen esos crímenes, porqué no castiga al autor de estas barbaries —pensé, mientras me introducía entre las ruinas. Después de algún buen rato la muchacha desapareció, yo proseguí separando las tablas y entré en el vagón. En la parte inferior del vagón, una ruma de cadáveres entreverados con tierra que llenaba tal vez la tercera parte del vacío. Algunos se encontraban atracados entre los asientos, cuando el vagón fue volteado; y no estaban cubiertos con tierra. Los que se encontraban entre los asientos, estaba una mujer tendida, tenía tal vez veinticinco años de edad, sus piernas estaban fracturadas y su seno derecho destrozado, con las manos sujetaba a un niño cuya edad oscilaba alrededor de un año y medio. La sangre le manaba por la boca y luchaba para respirar. El pequeño estaba ileso y luchaba con toda fuerza para desprenderse de los brazos de su madre que lo apretaban contra su pecho destrozado, bañándole de sangre.

Procuré llegar hasta aquella pobre mujer, pero las maderas cruzadas entre sí, me impedían. Cuando las separé y llegué donde el niño, su madre casi respiraba. Apuré lo más pronto posible para agarrar al niño y tratar que su madre vea que esté sano y salvo en manos de una persona; puesto que eso es lo que cada madre desea saber antes de morir. Cuando separé sus manos del niño y lo levanté, la mujer abrió los ojos. Su mirada parecía asustada, estiró la mano derecha para agarrar al bebé, luego su mano cayó, los ojos se quedaron abiertos y entre su boca empezó a coagularse la sangre; murió en aquel instante.

Rebusqué por todos lados en la ropa del chico y de su madre, para encontrar algún documento que podría servir como identificación para el bebé, pero no encontré nada, una pequeña bolsita con un par de medias y ropa para el pequeño, una foto de ella y del bebé, y nada más. Cubrí la cara de la desdichada, agarré al bebé y empecé a luchar para salir por aquel hueco construido por la destrucción.

Cuando salí del vagón me encontré con un problema, el más desagradable, el chiquito varoncito, que saqué debajo de las ruinas, lloraba interrumpidamente y yo no sabía cómo detener su llanto. Lo revisé y descubrí que su cuerpo no tenía ninguna herida, pero seguía llorando. Preocupado por el futuro de aquella criatura empecé a caminar sin saber a dónde.

En eso, apareció la muchacha que me había pedido auxiliar a su madre. Con ella iba una mujer de edad madura, tenía la cara pálida y demostraba tener el cuerpo maltratado. La muchacha me miró con odio, pero la mujer al ver al niño en mis brazos sollozando, se me acercó.

—¿Qué tiene el bebé, está herido? —preguntó la mujer.

—No está herido, acabo de sacarlo debajo de las ruinas —contesté; la mujer se interesó aún más por el bebé, y por su hablar noté que era una persona culta y de buenos sentimientos.

—¿Ella es tu mamá? —aproveché en preguntar a la muchacha. La joven no contestó nada, empezó a vendar su oreja rajada sin mirarme, pero la mujer afirmó ser la madre de la joven.

—Siento por no poder haber acudido para ayudarla señora, cuando su hija vino a pedírmelo, yo estaba apurado para salvar al chico, creo que me comprenderá, los niños siempre tienen la preferencia en la vida.

La muchacha me miró con odio, luego dijo:

—¡Vamos mamá!

—Yo fui arrojada por la bomba y estuve inconsciente, mi hija se asustó al verme inconsciente, pero de milagro no me pasó nada, ella tiene más heridas que yo. Somos de Konavle. Ella estaba estudiando en Kotor y al comenzar esta desgracia humana vine para llevarme a mi hija, es mejor estar juntas en la casa. ¿Y qué piensa usted hacer con el bebé?, señor —preguntó la mujer.

—No lo sé, señora; es un problema inesperado para mí.

—Ha hecho usted una labor humana, joven. Yo entiendo la situación suya como militar y el niño necesita cuidado y ayuda —añadió la mujer, y se puso a pensar.

De pronto, reaccionó, me miró y tomando al bebé de mis brazos, dijo:

—Déjemelo un rato, los bebés se entienden con las mujeres mejor. Acepta usted que yo lo lleve a mi casa —me preguntó sorpresivamente—, ya que usted lo salvó de la muerte, yo acepto criarlo, pues tengo tres hijos, ésta es la mayor, dos son menores, yo soy profesora, mi esposo es capitán de un barco mercantil, él estará contento con el bebé porque le gustan los chicos. ¿Qué dices Mare? —dijo, dirigiéndose a su hija. La chica miró de reojo al bebé, calló unos instantes luego dijo, sonriéndose:

—Como tú quieras, mamá. Yo acepto, llévalo, es bonito.

Creo que muy pocas veces en mi vida he sentido una alegría como aquel momento. Era algo como cantar llorando, pues mientras todo se destruía a mí alrededor me sentí alegre porque aquel ser inocente había encontrado alguien que lo quiera.

Mientras la buena mujer acariciaba al bebé, cambiándole la ropa mojada en sangre de su madre. Las sirenas nuevamente se activaron anunciando la llegada de los bombardeos. Allá, a lo largo del golfo, las bombas empezaron a destruir las aldeas, ciudades y sembrar la muerte. La mujer cogió el bebé en los brazos, su hija agarró un pequeño bulto de cosas y se perdieron entre los frutales, yo no tuve tiempo ni de preguntarle cuál era su nombre.

Era ya la tarde, los bombarderos no atacaron en aquel momento la zona de Meljine de Herceg Novi. Las baterías antiaéreas hicieron fuego y derribaron dos aparatos, yo debía pensar como regresar a mi comando, pues aquellas horribles expresiones me habían conmovido tanto que me daba asco de semejarle al hombre, capaz de hacer tanta crueldad y atacar de esta forma a la humanidad, a todo lo que existe, y a sí mismo.

Me alejé con pena de aquel lugar, lamentándome de no saber el nombre de la buena mujer que a pesar de la terrible situación brindó el cariño materno a un ser inocente castigado por la guerra. Que agradable es el encuentro con las personas llenas de humanitarismo y bondad, pensé en aquel momento y partí.

Me dirigí hacia Zelenika con la esperanza de encontrar allá alguna persona que me prestara ayuda para trasladarme a la orilla de enfrente en la cual se encontraba la transmisora Kline y mi comando.

Caminé, tal vez, doscientos metros, pasando por encima de los muertos y heridos que se encontraban desparramados y tendidos, igual como los troncos frente un aserradero.

En eso, llegó una patrulla de soldados. Eran de la división sanitaria y estaban designados para prestar los primeros auxilios a los heridos. Varios camiones esperaban estacionados entre los árboles para transportar a los dañados, mientras los soldados les trasladaban con las camillas. Había transcurrido, tal vez, media hora desde que los sanitarios auxiliaban a la gente moribunda, cuando apareció una escuadrilla de aviones italianos. A penas entraron en la zona del golfo empezaron arrojar las bombas de pesado calibre. Dos de ellas cayeron en el centro de donde se encontraban los soldados que auxiliaban y atraparon con tierra a ellos y los que habían muerto de los bombardeos anteriores. Me puse tras de una piedra para protegerme de las granadas, pero ella rodó de la explosión y por poco no me aplastó en el mismo sitio.

“Que suerte tan negra tengo en mi vida, estoy huyendo de un peligro y encuentro el otro” —dije en silencio—; me paré mientras las ametralladoras arrojaban lluvias de balas por todas partes y empecé a caminar sin hacer caso a los disparos. No tuve tiempo de participar en la ayuda de los heridos, aquel día sobreviví. Pues, en pocas horas de aquel día sobreviví la mayor parte de los horrores de la guerra y ellos habían aterrorizado mi ser por completo, sólo pensaba llegar a mi comando.

Cuando llegué a Zelenika, era casi de noche; procuré buscar a alguien que me traslade con barco a Rose, pero no encontré a nadie en la ciudad, todos los habitantes habían abandonado la ciudad durante el día para ocultarse de los bombarderos. Entonces, decidí esperar hasta que anochezca. Cuando oscureció, la gente empezó a salir de los escondites y se apuraban de llevar sus cosas, abandonando sus hogares por completo. Pedí a varios que me ayuden en mi propósito, pero mi suplica no dio resultado. Cada uno de los ciudadanos se ocupaba de sus problemas y hasta me advertían que no les molestara.

—Déjenos en paz, soldado —me dijo un hombre corpulento y barbudo que llevaba tres hijos a la vez. Dos de ellos cargaba en los brazos y el tercero estaba montado sobre su cuello. A pesar de todos los sacrificios que me agobiaban, sonreí gustosamente viendo aquel forzudo que cargaba casi toda su familia, huyendo.

Perdí la esperanza de poder solucionar mi problema y me encaminé hacia la orilla en busca de alguna lanchita abandonada que los pescadores acostumbraban tener amarrada a la orilla durante el día mientras se preparaban para salir de pesca de noche. Caminé largo rato, y por fin encontré una lanchita que estaba amarrada a una piedra. Me alegré del hallazgo y apuré alejarme de la orilla; su propietario podría venir y eso provocaría un disgusto.

Después de varias horas de lucha con los remos, cruce el golfo logrando llegar al pequeño muelle Rose. Allí encontré algunos soldados que permanecían haciendo la guardia y controlando a las personas que entraban en la zona. Les conté que la lancha que traje era de algún pescador y les supliqué que la devuelvan al otro lado, remolcándola cuando hagan traslado de material militar.

Debía caminar regular distancia hasta el sitio donde se encontraba el comando; el camino era bastante inclinado. Durante la lucha con el nazi, que había efectuado por la mañana de aquel día, había recibido varios golpes, todo el cuerpo me dolía y me dificultaba andar. No me gustaba recibir las observaciones de los jefes, y como mi permiso caducaba a media noche, decidí caminar con todas las molestias para llegar al comando a tiempo. No sé cuánto tiempo utilicé para llegar, pero no puedo olvidar que permanecí en cama dos días, después de aquel aventurero viaje. El tercer día mi comandante mando llamarme.

—Que pasó Novi, te has gozado del viaje según se comenta. Quieres que te dé permiso para mañana —me dijo, dirigiéndose con una sonrisa burlona.

—No mi comandante, gracias, he sufrido tanto aquel día que no tengo ganas de alejarme más del grupo —le contesté.

—Tan rápido te has aburrido de la guerra, que clase de soldado eres, no te da vergüenza hablar de esa forma delante de un superior. Si tus abuelos no hubieran luchado contra los turcos, estarías agachándote delante de Mahoma y su jefe religioso mahometano que te predicaría, en lugar de escuchar al pope en los monasterios. No recibirías hostias, no escucharías las campanas, no te persignarías, no estarías bautizado, vivirías como cualquier animal. Hhmm, la nueva generación, eso son los defensores de la patria y de la religión. A penas oliste la pólvora ya no quieres salir del hueco. ¿¡Eso es un suboficial de la armada yugoslava!?, ¿¡eres una gallina o un pobre conejito que teme su propia sombra!?

Me irritó tanto aquella estúpida gritería del comandante que no pude aguantar y decidí ponerme en discusión, no me importaría si me mataría después de escucharme. Recuperé toda mi fuerza para ponerle en claro mi opinión y tratar de explicarle que lo estúpido que hace el hombre es la guerra, que todos los que vivimos en la Tierra somos hijos de Dios, y según eso, todos tenemos derecho iguales a la vida y que debemos de vivir en paz.

—Mi comandante —dije—, ¿usted cree que los turcos no son hijos de Dios, también?, porque si no lo fueran, no existirían, o para ellos hay un creador especial.

El comandante levantó la cabeza y me dirigió una mirada, parecía a la de un tigre recién enjaulado, pero yo no me detuve.

—Nuestro creador —continué—, no ha repartido la Tierra entre nadie, él no autorizó hacer crueldades, matar, odiar, explotar, nuestro creador no ha fabricado el dinero, no ha fabricado las armas, no ha desigualado las razas, no ha dividido los derechos, favoreciendo blancos, negros o amarillos. Él no ha marcado las fronteras ni ha entregado fusil al primer hombre para que se defienda, ¿de quién?, de él mismo. Pues nosotros los hombres somos causa de todas las desgracias y como único medio para defender nuestros caprichos hacemos la guerra y luego salimos como vencedores, “VENCEDORES” ¿sobre quién?, sobre nosotros mismos. Si es que Dios existe, entonces no existen enemigos en el universo, puesto que todo lo que existe es obra suya, es amigo entre sí, es amigo del hombre y de todas las cosas. Dios no ha ordenado al hombre para que invente distintas religiones, las ha inventado el hombre mismo durante su desarrollo y con eso ha formado las desgracias entre la familia humana. Las guerras, las destrucciones, alejándose cada día más y más de las reglas divinas.

De pronto, el comandante se paró, golpeó con su puño en la mesa, las plumas y papeles cayeron al suelo, el viejo se agarró la cabeza y gritó histéricamente:

—¡Calla de una vez!, ¡obedéceme!

Callé, mientras la cara del comandante se enrojecía ligeramente como arrepintiéndose de su comportamiento. Me miró una y otra vez, luego me dio una señal con la mano para abandonar su oficina. Lo saludé militarmente y salí.

Al día siguiente, el comandante mandó llamarme a su despacho, pensé que me castigaría porque era un hombre muy violento. Cuando entré en su despacho me recibió muy cordialmente. Me invitó cigarros y luego una copa de licor, no había probado licor hacía mucho tiempo y no me agrado tanto su gusto. El comandante empezó a rascar sus barbas y luego de un silencio dijo:

—Sabes Novi, te llamé para que me cuentes lo de la lucha que tuviste con el nazi, según se contó.

Cuando le expliqué todo, se paró y arrugó las cejas, me miró alarmante varias veces como que no quería ofenderme de nuevo, pero luchaba por aguantar su ira.

—¿Y por qué no lo mataste?

—Me da pena quitarle la vida a un ser humano, contesté. Me han enseñado que aquel que mata es el criminal y no me agrada serlo.

—Pero el nazi no tuvo pena por ti, te disparó varias veces, yo creo en: “no hagas a nadie lo que no quieres que te lo hagan”, eso es todo —dijo—. He pensado sobre nuestra conversación de ayer —añadió el comandante, con tono agradable—. No puedo negarte la razón de opinar así, pero el hombre ha empezado hace muchos miles de años a vivir de esta manera, valiéndose de la ley de la fuerza. Después, hay cosas que no se pueden juzgar, porque muchas causas impiden hacerlo. No podemos nosotros, hoy, obligar a todos los hombres de la Tierra a que vivan de una manera, manteniendo la ideología de paz.

—Pero podemos colaborar y exigir que lo hagan —interrumpí.

—Bueno, Novi, escucha, yo quiero aconsejarte que consideres tu patria y tu religión por encima de todas las otras cosas.

—Yo creo en Dios y admiro toda su obra por igual, la Tierra la hizo para el hombre, para mí todo el planeta es mi patria —contesté.

Aquella conversación fue muy amigable y por lo tanto distinta de la que efectuamos el día anterior. Cuando nos despedimos me sugirió que no me llene de humanismo y que trate en el futuro de matar antes que lo hagan conmigo.

Lo saludé y salí de su oficina pensando en aquel mediocre consejo del comandante, que nunca antes había escuchado y cual no concordaba con mi opinión de hacer el bien al prójimo y ser enemigo de la guerra.

CAPÍTULO CUARTO

Abandono de la radioemisora - capitulación

Aquella tarde, había un movimiento raro, no agradable, y se mostraba entre todos los soldados y oficiales del golfo de Kotor. Los marineros abandonaban su buque, los centinelas se alejaban de sus puestos y toda ciudadanía circulaba en desorden.

“¡La capitulación, qué será de nosotros!”, “¡la capitulación, que vergüenza!”, “¡la capitulación, que crimen!”, “¡el enemigo, que horror!”. Aquellas palabras se escuchaban por todos lados y aterrorizaban a cada uno. Así pues, se había firmado la capitulación incondicional y se acercaba la correcta justicia del hombre, puesto que las leyes obligaban a cumplir las reglas establecidas y estaban derogadas con la capitulación.

En la radioemisora de Kline se amontonaban soldados para confirmar la desagradable noticia. Los comandos desaparecieron y con nadie se podía comunicar.

De pronto, escuchamos las propagandas fascistas ordenando a la ciudadanía que entreguen las armas y esperen en sus hogares. Confirmamos entonces que el enemigo se acercaba y la única manera de evitar para no caer preso, era alejarse de las posiciones militares y huir a cualquier otra parte.

El pánico se apoderaba poco a poco de todos y en pocas horas fueron abandonados todos los establecimientos militares. La radioemisora de Kline fue abandonada también, varios objetos del radar fueron llevados y destruidos para que no caigan en manos del enemigo.

Mi comandante ordenó que todos los soldados esperen en sus puestos para entregarse a los italianos, que se suponía se acercaban por mar, aquella orden traidora fue rechazada por todos los militares y él fue fusilado a la orilla del mar cuando trataba de escapar.

Comprendí entonces que aquel hombre de carácter violento que discutía tan patrióticamente conmigo el día anterior, había sido miembro de la quinta columna de Hitler y por eso obligaba a los soldados entregarse al ocupador con todos los objetos militares. Es difícil expresar cómo se siente el hombre cuando pierde la libertad y que todos los derechos de ciudadano estén controlados por el enemigo.

Mi casa estaba del golfo de Kotor más de quinientos kilómetros, esa distancia está compuesta por las cadenas montañosas, que es difícil de atravesarlas sin utilizar las carreteras. Las comunicaciones terrestres, que son las únicas hacia mi pueblo, estaban ocupadas por los invasores y de ningún modo podía utilizarlas para mi transporte. Las autoridades de los pueblos con la capitulación se habían desintegrado. Los policías, los jueces y toda la organización que protegía la sociedad habían desaparecido; no conocía a nadie a mi alrededor y todas las personas me daban miedo. A pesar de la desesperación y anomalía decidí arriesgarme y utilizar un camino rústico que une la ciudad de Niksich con el golfo de Kotor. Tenía que pasar a la orilla enfrente del golfo, luego seguir la ruta por la orilla hasta la ciudad Rizan, el cual desvía el camino por entre las montañas hacia el Grohoro. Muchos soldados se encontraban en una situación igual que yo, unos corrían por las arenas buscando como pasar al otro lado, mientras los otros se encaminaban en la dirección contraria, utilizando los caminos por la península hacia la montaña Lovchen, sin necesidad de pasar por el golfo.

Estaba oscuro. La brisa del mar Adriático, perfumada y suave, tocaba mi rostro alterado de miedo, como si quisiera ofrecerme su compañía y aceptar guiarme durante mi aventurado viaje por aquella región desconocida. Poco después, salió la Luna e iluminó el golfo que serpenteaba entre las puntiagudas montañas de Lovchen y Dobrota, parecía querer introducirse más allá, entre ellas, para buscar la protección, igual que yo, de aquel hijo de Dios que se presentaba como enemigo y que pronto iba a llegar. Mi ser se había apoderado de un miedo inexplicable y los minutos en aquel momento eran tristes, horribles, largos e inaguantables. No sabía a donde ir.

De pronto, vi un par de soldados que se dirigían por la orilla hacia el norte. Como esa dirección era favorable para mi camino, yo también me encamine tras de ellos. Cuando les alcance, ellos se sorprendieron de

mí, pero no me dirigieron ninguna pregunta. Noté que mi presencia les incomodaba, por eso decidí aguantarme algún rato para que ellos pasen adelante.

Unos minutos después, empecé a caminar y llegué a un pequeño muelle de pescadores, más allá, a poca distancia se encontraban algunas garitas de marineros, adelante de ellos vi bastante soldados que discutían sobre la novedad. Varias canoas militares estaban amarradas a las barandas del muelle. En una de ellas estaba un marinero arreglando la máquina, arrancó y apagó el motor varias veces, luego salió y se dirigió hacia mí, viéndome vestido de uniforme de infantería, le sorprendió mi visita.

—¿Qué desea usted, señor? —me preguntó con curiosidad.

—Quiere usted de verdad saber que deseo preguntarle.

—Eso deseo, señor.

—Entonces, lléveme al otro lado.

—Eso no puedo, señor, mí sargento comanda aquí, él está allá, pregúntele, y si me ordena, lo haré con mucho gusto.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—Soy de Niksich, señor —contestó el soldado. Esa contestación me alegró muchísimo, en el instante planeé utilizarlo como acompañante, estaba seguro de que él conocía el camino que yo había decidido utilizar y que lo necesitábamos los dos.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté.

—Me llamo Nikola Pércovich, señor.

—El mío es Vitko Novi —dije, extendiéndole la mano.

—Bien, Nikola, ¿quieres ir a tu casa?

—Sí señor, pero cuando termine la guerra.

—La guerra ha terminado —le dije—. Nuestro país está ocupado por los nazis y la capitulación fue firmada ayer. Debemos huir lo más pronto posible, mañana será muy tarde, los enemigos están en Herceg Novi, nos atraparán en cualquier momento.

—Yo no podré ir señor. Eso no es verdad. Tengo que pedir permiso a mi sargento.

Por la conversación de Nikola comprendí que aquel grupito de marineros no conocía todavía la verdadera situación. Vi que el marinero no quería obedecer mis órdenes, entonces decidí utilizar cualquier truco para poseer una lancha, y pasar al otro lado del golfo. Comprendí también, que los soldados que llegaron delante de mí, eran amigos de los compañeros de Nikola y mientras ellos estaban discutiendo frente a las garitas, yo procuré obligar a Nikola que me lleve a la orilla contraria.

—¿Quién es tu sargento? —pregunté a Nikola. En eso los marineros que discutían me rodearon.

—Dame las armas, amigo —dijo uno de ellos—, acá esperamos a los ocupadores.

—Eso son nuestros amigos, los enemigos acaban de salir del trono de este país —añadió.

—Lo que usted hace es una traición. Deje a esos jóvenes que se vayan a sus casas y se reúnan con sus familiares, usted quédese con todo lo que tiene, creo que es mejor.

—Eres gran patriota —añadió el sargento, burlándose mientras los otros me encañonaban con la metralleta.

Les entregué mis armas y presentí que allí estaba, mi vida, en peligro, uno de ellos ató mis manos mientras el otro me desvestía. —Está ropa la vamos a necesitar, es nueva —dijo, el que me desvestía. Comprendí entonces que eran traidores y que me fusilarían sin mayor explicación. Miré a Nikola, como pidiéndole ayuda. Lo conocí amigablemente y presentía que no estaba de acuerdo con sus compañeros. Él salió de la lanchita, cuyo motor estaba encendido y se dirigió hacia la barraca sin hacer caso alguno a mi mirada. Mientras tanto yo estaba desnudo, y parado sobre una piedra. Los que me amarraron se alejaron algunos metros y se preparaban para disparar sobre mí. En el mismo instante cuando iban a apretar los gatillos, una voz fuerte y amenazadora gritó:

—¡Suelten las armas, bandidos!

Era Nikola. Estaba sobre una piedra dominante, a poca distancia y encañonaba a todos con su ametralladora. Uno de los marineros hizo

un movimiento como para adelantársele a Nikola, pero no tuvo suerte, Nikola apretó el gatillo y el traidor cayó sin vida al suelo, los demás soltaron sus armas y se amontonaron a un lado, según la orden de Nikola.

—Tú, desata las manos del señor —ordenó a uno de ellos, el valiente muchacho.

Cuando me desataron procuré vestirme, pero Nikola con la misma fiereza me ordenó: —Átales a todos primero —le obedecí enseguida, con mucho gusto.

—Ahora verán, los mataré a todos —dijo Nikola.

—¡NO! —grité—, jeso no!, déjalos atados acá. Matar no es bueno, eso es crimen, no por favor.

Nikola me miró, luego dijo: —Está bien, usted responderá por ellos, ¿qué quiere que haga yo, ahora? —preguntó, entregándome su arma.

—Coge tus cosas, armas, municiones y vamos.

—¡Vamos! —dijo Nikola, luego cogió su metralleta, una bolsa con cacerinas y dos panes.

Nos embarcamos en la lancha cuyo motor estaba funcionando y partimos. Apenas nos habíamos alejado algunos cientos de metros, y las balas empezaron a caer a nuestro alrededor. Los marineros que quedaron atados se habían desatado y abrieron fuego sobre nosotros para hundirnos.

—Ojalá que no nos maten —dijo Nikola—, usted tendrá la culpa por eso, yo no quise dejarlos con vida.

—Apúrate lo más pronto —dije a Nikola—, pueden perseguirnos con las lanchas, eso nos arruinaría por seguro. —Mi compañero aceleró la máquina pero los traidores no intentaron perseguirnos.

Desembarcamos cerca de la pequeña ciudad Denovich y nos encaminamos por la carretera hacia la ciudad de Rizan, que estaba docenas de kilómetros.

CAPÍTULO QUINTO

Llegada a Rizan

Caminamos toda la noche sin descansar. Nikola se mostraba descontento y parecía que todavía no creía que la batalla de nuestra armada nacional estaba perdida. A pesar de todas las insinuaciones mías para desarrollar con él una conversación durante el camino, él solo contestaba a mis preguntas. Muchas veces pensé que se podía revelar contra mí y tuve que vigilarlo con bastante cuidado.

Mientras la oscuridad desaparecía entre los primeros rayos del sol, yo observaba a mi nuevo amigo que acababa de salvarme la vida horas antes. Era un muchacho joven, de talla delgada, alto, ojos negros, cara larga y ancha espalda. Era una persona muy agradable, parecía ser bueno, pero de educación salvaje. Me agradaba su sinceridad y me alegré de ser su amigo. Cuando amaneció, nos encontramos a poca distancia de Rizan.

En la bahía se encontraban varios buques de guerra anclados. Algunos comandantes estaban hundiendo sus buques para que el enemigo no se apoderara de ellos, mientras los otros condenaban aquel acto como antipatriótico. Varios automóviles se encontraban abandonados por la carretera y todos estaban llenos de cosas. Cerca del muelle se veía una aglomeración de gente que seguían llegando y se juntaban con el enorme grupo, amontonados casi uno sobre otros. No me agradaba participar en ninguna manifestación o asunto alternativo de las masas, pues, días anteriores me había acompañado una suerte de carácter demasiado cruel y no deseaba encontrarlo de nuevo.

Según nos acercábamos a Rizan, la multitud aumentaba más y más, hasta que cerró nuestro camino por donde teníamos que pasar. Se escuchaban gritos de protestas y las palabras groseras predominaban. Abran la puerta, desgraciados, hijos de p..., abran, déjennos entrar, por-

qué han de entregar tantos víveres a los italianos, porque beneficiar al ocupador, eso es nuestro, gritaron, y levantaron una bulla de voces que ensordecían.

De pronto, las ráfagas de metralleta prorrumpieron el muelle, a los gritos de protesta, se reunieron los lamentos y se escucharon voces que pedían auxilio.

—¿Qué sucede acá? —pregunté a uno de los que protestaba.

—Allá, están los depósitos militares de los víveres —me contó—, el pueblo quiere repartir todo para que no lo aprovechen los enemigos, pero adentro hay un par de traidores de la quinta columna, se han atrincheraron a disparar a la gente y no permiten que nadie se acerque ni entren al depósito hasta que vengan los ocupadores.

Nikola arrugó la frente y sin mirarme dijo: —¡Vamos!, ayudemos a esa gente.

—Cuidado —le dije—, los traidores están dispuesto a matar.

—Yo lo arreglaré —dijo, y se perdió entre la multitud.

Lo llamé, le supliqué que regrese, pero él no me hizo caso.

A poco rato se escucharon los disparos. La gente se asustaba y se alejaban del sitio, luego regresaban corriendo, yo procuré acercarme, pero no pude. Entonces, salí de la multitud y di vuelta alrededor de las casas. Enseguida subí a un árbol de donde pude observar los techos de los depósitos. Pensé subir sobre ellos para ayudar a Nikola.

En eso, vi que Nikola se arrastraba sobre el techo de un depósito, intenté decirle que se cuide pero él prosiguió arrastrándose, hasta llegar al borde de la pared, destapó varias tejas y arrojó dos granadas de mano hacia adentro. La explosión enseguida hizo temblar las paredes, rompiendo los vidrios de las ventanas, cuando terminó la detonación, Nikola se introdujo. Con toda seguridad creí que aquel valiente muchacho moriría en esa acción y sentí pena por él. Unos instantes después, escuché varias ráfagas de metralletas, los disparos me aterrorizaron aún más y me confirmaron la muerte de mi amigo. Bajé del árbol y me dirigí hacia la multitud, decidí esperar algunos momentos más con la esperanza de lograr saber algo sobre el destino de Nikola. La desesperación duro va-

rios minutos. De pronto, la puerta del depósito principal se abrió. Luego salió Nikola, trayendo a dos hombres con las manos en alto. Apenas salieron de la puerta, los dos fueron muertos por las pisadas de la muchedumbre, la gente saltaba uno por encima del otro igual como ovejas espantadas. Nikola regresó adentro y salió por la entrada del techo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí..., ahora sí hice con esos lo que debí hacer con los que defendiste anoche —me contestó.

Mientras la muchedumbre entraba y salían con los bultos corriendo por las calles. Mi amigo y yo empezamos a subir una pendiente de regular inclinación, tomando el camino que lleva hacia un lugar llamado Ledenice.

Cuando salimos de Rizan, Nikola cambio de carácter. Empezó a conversar con tono amigable, parecía que empezaba a confiar en mí. Nuestro viaje hasta Ledenice demoró varias horas y nos sentíamos bastante cansados. Ese lugar era casi despoblado; un par de casitas que se veían pegadas a un cerro, tenían las puertas cerradas, su construcción era muy rústica, eso nos aseguraba que en ellas los habitantes vivían solo en tiempo de verano.

Frente de nosotros estaba un angosto valle rodeado por las montañas de Orjen. A lo largo se veía la rústica carretera que conducía a la ciudad Grohoro, dividiendo casi a la pampa en dos partes iguales. En aquella región, la densidad hidrográfica es bastante elevada y a pesar de que la mayoría de días durante el año están con lluvia, ese día cuando llegamos allí, estaba con sol ardiente. No hay manantiales en esa zona, la población utiliza servicio de los pozos para proveerse de agua, y para animales recogen aguas de la lluvia por medio de varias formas, en los depósitos cavados en la tierra, donde permanece durante varias semanas. Allí, nos detuvimos algunos minutos y luego proseguimos hacia Crkorac, donde esperábamos encontrar agua, y efectuar un pequeño reposo, no habíamos dormido toda la noche, teníamos sueño y hambre. Cuando llegamos al pueblo tuvimos una sorpresa. De las pocas casitas que componen el pueblito, los habitantes se reunieron al vernos y nos cerraron el camino. Había allí hombres, ancianos, mujeres, niños y un par de jóvenes que su edad oscilaba entre quince y veinte años.

—Desertores, cobardes, a dónde están huyendo —gritaban las mujeres, mientras los ancianos y viejos se apoderaban de los palos y piedras para atacarnos.

No hay peor deshonra para los habitantes montenegrinos que abandonar la batalla. Durante varios siglos aquellos pobladores que viven en las pedregosas montañas, defendieron su libertad luchando contra la gigantesca fuerza otomana, manteniéndose así, a pesar de ser la más pequeña región cristiana en los Balcanes, fue la única de ser invencible durante la permanencia turca en los Balcanes. Allá, la cobardía del hombre es un cuento legendario y si algún caso ha existido, el desertor ha sido castigado con ahorcamiento en un lugar céntrico de las aldeas, donde permanecía hasta descomponerse y su descendencia familiar permanecía manchada con deshonra durante centenares de años sin tener ningún derecho de ciudadanía.

Era pues inútil dar explicación a esa gente que no conocían los procedimientos modernos de los mataderos y la destrucción del hombre. Nos vieron vestidos de militar y no se les podía aclarar nuestro alejamiento de la tropa. Para ellos, nosotros éramos los desertores, cobardes, y como tales deberíamos recibir el castigo: ser linchados con piedras y palos, o ahorcados. Ellos no entendían qué es la capitulación. Sin embargo, empecé a decirles gritando: —“¡La nación fue invadida por los alemanes e italianos, que el frente ya no existe y que el rey Pedro II con todo su gabinete se ha refugiado en Inglaterra!”

Esa noticia les sorprendió, algunos se desanimaron de atacarnos mientras los otros se burlaban de ellos. Nosotros aprovechamos la confusión y empezamos a correr. A pesar de estar cansados y hambrientos en pocos minutos nos alejamos de la aldea. El procedimiento de aquella gente nos ocasionaba preocupación.

—Si en las próximas aldeas nos reciben de esta manera, moriremos de hambre —dije, mientras limpiaba el sudor de mi frente.

—Pronto llegaremos a Grohoro, —contestó Nikola—. Allá hay gente instruida que tiene radio transmisor, seguro habrán escuchado las noticias.

—No creo que nos suceda lo mismo, ojalá que sea así —dije, y me apuré a caminar.

Había pasado más de medio día, cuando llegamos a Grohoro. Era entonces una pequeña ciudad situada a un costado de la pampa llamada “Grohoro Polje” y a poca distancia de un puntiagudo y elevado cerro Dzoskozica. A la entrada de la ciudad se encontraba una cafetería en cuál decidimos entrar sin vacilación. El establecimiento era de aspecto sucio, tenía varias mesas rodeadas con sillas de construcción rústica y de muy mal estado. Sobre la pared, al fondo, estaba construido un armario frente al cual se veía una mesa angosta y larga que sería como el mostrador. El armario era ocupado con las botellas llenas de licor, mientras en la mesa se encontraba algunas con el contenido por la mitad.

Una joven de aspecto campesino, delgada, de pelos largos y negros, ojos verdes y coquetos, de nariz perfecta y cara muy bonita, se hallaba inclinada apoyándose con los codos sobre la mesa. Cuando nos vio entrar se paró rápido, arregló un poco sus cabellos y contestó nuestro saludo con una sonrisa.

—Parece que aquí no nos recibirán como en Crkorac —dije a Nikola, mientras me acomodaba sobre la silla media desarmada.

Lo primero que pedimos fue agua, luego la comida y tomamos una botella de vino. Nos detuvimos tal vez una hora. El agua, la comida y la presencia de la joven nos dio ánimo para proseguir caminando enseguida. No hablamos con nadie en Grohoro. La muchacha era bastante tímida, ella solo contestaba a nuestras preguntas, parecía tener el propósito de hipnotizarnos con sus fogosas miradas que no nos hacía ningún efecto.

Nos encaminamos hacia el pueblito llamado Podbozur que distaba regular de Grohoro y en el cual planeábamos anochecer, si es que no nos recibieran a palos y pedradas.

CAPÍTULO SESTO

En Podbozur

Eran ya las primeras horas de la noche cuando llegamos a Podbozur. Nos sentíamos muy cansados, pero lo que más martirizaba era el sueño. La noche anterior la pasamos caminando sin dormir ningún instante; a ese esfuerzo se agregaba el cansancio de aquella acelerada marcha y no podíamos seguir adelante sin reposar. El pequeño pueblito Podbozur, que se componía de apenas algunas docenas de casas, demostraba sentirse tranquilo entre las montañas que lo rodeaba como los fieles guardianes. Los faroles encendidos alumbraban los patios de las casas, y por ayuda del alumbrado pudimos entender que los hogares distaban regular entre sí. Una de las casas estaba cerca del camino y decidimos entrar en ella sin vacilar. Cuando nos acercamos a la puerta sufrimos una sorpresa pero contraria a la que recibimos en Crkorac. La casa estaba llena de gente, que demostraban estar efectuando una gran fiesta. Unos bailaban danzas folclóricas, otros cantaban a toda voz, mientras algunos disparaban con revólveres por alegría.

Entré en la primera habitación y empecé a tratar de establecer la conversación con alguien, para enterarme cuál era la razón de aquella ardiente alegría, mientras toda la nación estaba entristecida bajo la invasión nazi-fascista. Mi esfuerzo no dio resultado porque al que le pregunté me abrazó apretadamente, luego empezó a saltar a mí alrededor, introduciéndome en la danza con todo mis equipajes. ¡Uh!, ¡uh!, ¡urra!, ¡urra!, ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!, gritaba mi recibidor, mientras yo procuraba de ver que estaba sucediendo con Nikola. Algunos instantes no lo pude localizar con la mirada, pero luego vi que estaba saltando en la rueda de los danzadores y lo hacía con una alegría mayor a cualquiera de los que lo acompañaban. Me sorprendí viendo bailar a mi amigo con tanto entusiasmo y comprendí que la fiesta era de su máximo agrado.

De pronto, cesó la alegría. Uno de los que danzaba con Nikola pidió que se le escuche un par de minutos. A su pedido todos callaron.

Era un hombre de estatura mediana, ancha espalda, cara larga, tenía los bigotes densos y largos que le alcanzaban casi hasta las orejas.

—¡Viva el rey Nikolás Péetrovich! —gritó el bigotudo. Luego todos exclamaron “¡que viva!”, acompañando el grito con disparos—. “¡Viva Montenegro libre!” —se repetían las vivas de todos lados, luego aplaudieron y se silenciaron.

El bigotudo tomó la mano de Nikola, lo trajo al centro de la sala y empezó a hablar gritando con emoción:

—¡Escuchad montenegrinos! Entre nosotros se encuentra un joven montenegrino, hijo del gran héroe montenegrino, mayor de la armada montenegrina, Djoko Péercovich. —Las palabras del barbudo fueron interrumpidas por los elogios a mi compañero, entonces comprendí el significado de aquella misteriosa alegría que se efectuaba en Podbozur; mientras la horrible destrucción amenazaba toda la nación yugoslava.

Antes de estallar la primera gran guerra, la nación montenegrina era independiente y gobernada por el rey Nikolás Péetrovich I, cuya dinastía procedía desde varios siglos, guiando al pueblo Montenegrino en la lucha contra los turcos. Cuando Austria y Alemania invadieron Montenegro, en el año 1915, el rey Nikolás se refugió en Italia con toda su comitiva. Al terminar la primera guerra mundial, por la política, de cual no me ocuparé, el rey Pedro I de Serbia, prohibió el retorno al rey Nikolás a Montenegro, reunió a la nación Montenegrina con los demás que formaron un reino unido llamado: Reino de Serbios, Croatas y Montenegros que luego fue transformado en “Yugoslavia”. Naturalmente hubo una gran cantidad del pueblo montenegrino que se opusieron a esa nueva política que anulaba su reinado y soberanía. En principio, ofrecieron la resistencia, pero cuando fueron aplastados por las represalias, castigos y encarcelamiento, se silenciaron, pero prosiguieron su política, manteniendo la organización oculta de las leyes del nuevo reino unido que se oponía a la independencia de Montenegro. Formaron el partido llamado Nacionalistas Montenegros y se mantenían en oposición del nuevo reino. El odio y deseo de venganza contra el rey Pedro I de Serbia mantenía una considerable cantidad de ciudadanos montenegros. Cuando el gobierno del rey Pedro II de Yugoslavia fue refugiado en Londres y su aparato gubernamental fue destruido por los italianos y alemanes, los nacionalistas montenegros gozaban con la destrucción del gobierno yugoslavo.

Comprendí entonces que aquella fiesta tan animada celebraba el fracaso de la política realista; y también entendí que Nikola era hijo de un dirigente del partido nacionalista Montenegrino. Me di cuenta entonces que el comportamiento seco y desagradable de Nikola conmigo durante el viaje se debía a mi rango de responsabilidad que había tenido en la ex armada yugoslava. Por un momento sentí miedo, pero cuando Nikola fue presentado por el orador al público se dirigió donde mí, me llevó al centro de la sala presentándome a la multitud igual como lo hicieron con él. Recién entonces hice un suspiro de alivio; “que gente tan rara para recibir a los huéspedes, mientras en un pueblo se recibe con palos y pedradas, en otro lo hacen cantando” —pensé, sonriéndome, y empecé a bailar con mi pareja anterior. En el principio, me miraban con sospecha, pero luego cuando empecé a hablar lo que les convenía me tomaron confianza. Prepararon la comida para mí y Nikola y nos designaron un cuarto para dormir. Al entrar en la habitación, Nikola, empezó a disculparse por su comportamiento anterior.

—Quiero que no me juzgue mal —dijo el muchacho—, yo no confiaba en usted, porque los jefes del ejército han destruido nuestras aldeas hace veinte años. Ahora sé que es de nuestro partido y me alegra de haberle traído conmigo. Allá en mi aldea, está noche también se festejará, me da pena por no poder asistir, pero mañana tal vez llegaremos para divertirnos. Tenemos en mi aldea buenos compatriotas, allá te podrás quedar el tiempo que quieras, tenemos casa, comida, compañeros y lindas muchachas. Agradecí a mi compañero de viaje, por su buena atención y le supliqué me dejara dormir. Nikola sonrió, luego se encaminó para salir.

—Duerma, señor Novi, yo voy a divertirme, es una noche inolvidable para mí, que duerma bien —dijo, cerrando la puerta.

Cuando amaneció, los cantos de gallos y la bulla de los animales domésticos me despertaron temprano. El sol no alumbraba todavía la aldea, pero parecía brillar por los cerros alrededor. Mi curiosidad de poder observar el lugar y la aldea, me impedía quedarme más en la cama; me levanté y vi a Nikola acostado de frente, vestido con ropa de calle sobre la cama. Comprendí que mi amigo estuvo bailando hasta las primeras horas de la madrugada y se había acostado sin tener ganas de desvestirse. Me preparé para salir procurando no hacer el menor ruido. Todavía no había terminado de vestirme por completo, cuando Nikola empezó a decirme.

—¿A dónde te vas, Novi?

Me sorprendí de su pregunta, creí que estaba dormido, y me culpé por despertarlo.

—Ah... estás despierto. Perdóname porque te haya despertado, pues. Me interesa ver el lugar y pensaba salir.

—No tienes porqué disculparte, yo me acosté vestido sólo para no quedarme dormido. Deseo llegar a mi casa pronto y para eso es necesario madrugar —dijo bostezando. Enseguida se levantó y nos alistamos para partir.

Mientras dábamos los últimos retoques para no olvidarnos alguna de las cosas, la puerta de nuestro cuarto se abrió. Una figura humana de aspecto muy agradable nos trajo una inesperada sorpresa. Aquel visitante inesperado era una lindísima muchacha, hija del honorable propietario de la casa en la cual encontramos la amabilidad y todas las clases de respeto. Aquel cuerpo admirable de la joven, moldeado por la perfecta maestría de la naturaleza, realizaba la excelente armonía con sus lindos ojos, parecidos al color de piedras preciosas, y que adornaban su admirable rostro, fresco, juvenil y de tez blanca que engalanaban en medio de sus cabellos negros y ondulados, como la luna entre las nubes, durante la noche, después de una lluvia primaveral. Era bellísima. Estoy seguro que alteraría los latidos, por la emoción, de cualquier corazón masculino por más resistente que sea.

—Ah...perdonen —dijo la muchacha, sonriéndose—, pasen por favor a desayunar, les esperamos —añadió alejándose sin mirarnos.

—Yo creo que el proverbio “Las flores silvestres son más bellas que las del jardín”, puede aplicarse con toda exactitud a la joven —dije a mi amigo.

—Es muy linda —contestó Nikola, suspirando.

Cuando salimos, entramos en una habitación de construcción rústica y sin piso, una mujer de avanzada edad nos sirvió pan, leche, nata y queso. No me preocupaba tanto comer, como volver a ver aquella linda muchacha. Pero no logramos hacerlo, caminamos, nos despedimos y partimos sin verla.

Caminamos sin descansar aquel día. Nikola ya no tenía la desconfiada imaginación para hablar conmigo como lo había hecho días anteriores. Se reía, me contaba de su vida, de su familia, de sus planes en el futuro, de su enamorada que la quería con todo su amor y de muchas cosas.

Cuando llegamos a un lugar llamado Kosine, Nikola propuso hacer la desviación de nuestro rumbo, y dirigirse hacia Gudelji, lugar que se encuentra casi a la orilla del río Zeta. En aquel lugar, Nikola tenía conocidos y tenía la esperanza de obtener ayuda para pasar el río con la balsa. Se rumoreaba que los fascistas habían ocupado la ciudad de Niksich y corría peligro transitar por los puentes y carreteras cerca del pueblo. Acepté aquella suposición sin pensar mucho. Pues no conocía los lugares, y toda la maestría para evitar el encuentro con los italianos lo confiaba a mi amigo.

Era ya de noche cuando llegamos a Gudelji, entramos en el pueblito sin ninguna prevención, y nos dirigimos hacia la orilla del río. No se veía luces en las casas, pero el ladrido de los perros nos aseguraba que el pueblito no estaba evacuado como para esconderse de los enemigos, según nosotros habíamos pensado durante el camino. Decidimos no entrar en ninguna de las casas y nos dirigimos de frente al sitio donde Nikola aseguraba encontrar la balsa.

La luna brillaba sobre la región y hacía muy agradable aquella noche primaveral. El croar de los sapos y de otros insectos que se escondían en el lodo, alrededor del río, hacía una bulla continua y tan desagradable que nos hacía más inaguantable cada minuto. Nos apuramos para acercarnos a la orilla lo más pronto posible.

CAPÍTULO SÉPTIMO

La muerte de Nikola

De pronto, Nikola corrió río abajo. Me dio la señal con la mano, asegurándome que había encontrado la pequeña nave que esperábamos utilizar. El río Zeta en aquel lugar es muy tranquilo. Aquella enorme cantidad de agua parecía empozada en el sitio y que no se movía en ninguna dirección. La Luna y las estrellas se reflejaban en la superficie del agua cristalina del río, éste parecía ser un enorme espejo, reproducía el brillo de aquellos iluminados satélites. Corrí donde mi amigo y empecé a empujar hacia el agua nuestra balsa, construida de una docena de troncos amarrado entre sí con sogas y alambres. En el mismo instante, cuando subimos sobre la balsa, la inesperada desgracia llegó a nuestro encuentro. Una ráfaga de metralletas y fusiles vomitaron su fuego haciendo caer miles de balas sobre nosotros. Nikola dio un grito de dolor, se agarró con las manos su pecho, cayó sobre la balsa, dio media vuelta rodándose y se precipitó en la corriente del río. Salté para impedir que cayera en el río, pero estaba bastante lejos de él y no lo alcancé. En eso una bala rasguñó mi cadera, la otra en el mismo instante atravesó mi pierna izquierda comprometiendo el hueso. Seguí luchando para llegar al otro extremo de la balsa, pensé tirarme al río pero no alcancé hacerlo. Varios soldados italianos que habían llegado al pueblito, antes que nosotros y patrullaban por el lugar, se lanzaron a la balsa. Como el agua estaba tranquila la balsa se mantenía en el mismo sitio y los fascistas no tuvieron la dificultad de invadirla. Varios me agarraron como si yo fuera una fiera salvaje. Mientras yo gritaba que me permitan buscar a Nikola. Las manos de los hombres civilizados, impidieron hacerlo. Mi amigo no regresó a la superficie del río, así terminó nuestra triste despedida.

Cuando los fascistas me bajaron de la balsa, me empujaron por un estrecho caminito entre la hierba y matorrales, golpeándome en cada instante. En el principio cuando me bajaron, me apoyaba con un palo

y procuré andar, hacía el esfuerzo para caminar, pero luego las heridas empezaron a dolerme demasiado y caí desmayado. Cuando desperté, me encontré en una casa que tenía sólo una habitación, no sé cuánto tiempo demoró mi inconciencia, pero cuando vine en sí, era de noche. Yo estaba echado sobre una cantidad de paja tejida de trigo en un rincón de la casa, y a mi alrededor no vi a nadie. En el centro de la casita ardía un pequeño fuego que estaba casi por apagarse, y en la puerta, un soldado Italiano que estaba extendiendo sus manos tocando el dintel de la puerta. Me asusté de mi vigilante y traté de no demostrarle señas de mi conciencia. Noté que mis heridas estaban vendadas, lo que me sorprendió. En eso entró una mujer empujando al soldado de la puerta.

—¡Déjeme entrar, idiota! —dijo, la mujer colérica, mientras el italiano repetía varias veces la palabra “qué”. Tras de la mujer llegó un hombre de edad madura y de carácter muy desagradable.

El viejo amenazó a mi vigilante con gritos e insultos de todas clases. Eran los dueños de la casa y yo esperaba ver su muerte instantánea, pero no sucedió así. El soldado no cambió de parecer, no entendía ninguna palabra del viejo y sólo se reía, viéndolo alterado. Allí estuve hasta al amanecer que no demoró gran tiempo.

Cuando salió el sol, llegaron varios soldados trayendo consigo bastantes mulas. Me cargaron sobre uno de los animales. Luego, se amontonaron más allá varias docenas de soldados, un grupo de veinte hombres se dirigieron conmigo y nos encaminamos hacia la ciudad Niksich. Mire varias veces aquel desagradable lugar, en el cual me despedí de Nikola para siempre.

Habíamos caminado algunos minutos, cuando nos alcanzó un hombre vestido de cirílico. Al pasar por mi lado me preguntó en idioma yugoslavo: “¿Cómo estás?” Ninguno de los italianos hablaba mi idioma, me sorprendí de aquel encuentro y no le contesté nada. Era un hombre de treinta y cinco años, delgado y fácil al hablar.

—¿Por qué no te has entregado sin luchar, amigo? —me dijo, al ver que yo no le contesté.

—Yo no he luchado con nadie, los soldados me dispararon cuando intentaba cruzar el río —le contesté.

—Eso mismo, joven —añadió el interrogante—, no debiste intentar pasar el río, debías haber ido a Niksich y allá presentarte al comando italiano, como lo hice yo.

Al terminar esas últimas palabras, comprendí que el hombre que hablaba conmigo era un traidor; quise preguntarle algo, pero él hizo correr a su caballo y se alejó sin darme tiempo de hablarle.

Aquella misma mañana llegamos a la ciudad de Niksich. La ciudad está situada casi al medio de una pampa que tenía bastante extensión. Era la única ciudad de Montenegro que tenía la comunicación del ferrocarril con las demás regiones de Yugoslavia, y un centro de transportes muy considerable. Su montañosa región la eleva a gran altura para ganadería, negocios de lana, queso, nata y carne. A pesar que había permanecido bajo dominio turco muchos años, su construcción se asimila a las de ciudades modernas y casi no conserva castillos y murallas de aquellos tiempos, como lo hacen la mayoría de las ciudades en los cuales han gobernado los otomanos.

Allá, me introdujeron en una casa que parecía haber sido cuartel del ex ejército yugoslavo. Adentro se encontraban como doscientas personas y todas estaban atemorizadas. Cuando los fascistas salieron de aquella cárcel, los presos se reunieron a mi alrededor ansiosos por saber las novedades que ocurrían en el mundo. Estaba maltratado y no pude contarles mucho. La muerte de Nikola me entristeció considerablemente y una desgracia demasiada rápida; parece que el alma y el espíritu abandonan el cuerpo material en las dificultades, dejándolo sin fuerza espiritual, invadido por la tristeza, por eso tiende a desaparecer con prisa.

Muy pocas preguntas pude contestar a los que me preguntaban, aquel día. Mis heridas me dolían demasiado. La muerte de Nikola había ocasionado en mí ser una pena inexplicable, no tenía ganas de hablar con nadie. Les supliqué me dejaran solo, pero ellos exigían con las preguntas, algunos amenazaban de pegarme si no les contestaba. En aquel torbellino de palabras, ideas e insultos permanecí varias horas. De pronto, me abandonaron todos, algunos me insultaban, otros escupían sobre mí, pero se alejaron todos dejándome solo en el centro de un enorme patio que antes había servido para ejercicio de los soldados.

El sol primaveral apuntaba sus poderosos rayos sobre mi ser maltratado, aumentando así mis sacrificios. Por las murallas, alrededor de la

cárcel, paseaban los centinelas, teniendo las armas en alerta, listos para disparar en cualquier instante sobre la multitud de gente encerrada. El aterrador miedo y olor de muerte se desprendía de aquellos hombres que gozaban de la desgracia del prójimo, y bajo la autorización de la guerra cometían las barbaridades. El llanto de los niños que se morían de hambre, horrorizaba, pensé luchar, así pues, aquel día, en la arena removida por las bombas y bajo el ardiente sol primaveral, empecé a luchar con el hombre, que a pesar de mis esfuerzos para colaborar en su salvación, me amenazaba con la muerte.

Me parecía que mi agresor había llegado de algún otro planeta, en el cual no existe amor, fe ni enseñanza, y semejabanse a los que durante mi niñez me describían los guerreros en sus leyendas.

Sus rostros pálidos y tristes, los cabellos despeinados, su ropa sucia y hecha tiras, daba la expresión de hambre, maltratos, sufrimientos y miseria, daban lástima. Los había de todas las edades y de ambos sexos, aunque en esa cárcel, estaban apenas algunas semanas, parecían estar alejados de la vida humana años antes. Cada uno preguntaba algo. Los humanos se consumen en el hambre, haciéndolos más salvajes aún.

Un hombre, afectado por la desesperación de ver que su hijo se moría sin alimentos, salió de la masa acurrucado, gritando a toda voz: “*¡Salven a mi hijo, denme un pan; Dios ayúdame, dónde estás, porque huyes de tus hijos, eres mal padre, porque permites las guerras; un pan para mi hijo, ¡malditos!*”. Luego empezó a correr hacia la puerta que estaba cerrada y vigilada por los soldados, pasó por mi lado, tenía las venas cortadas cerca de las muñecas y la sangre brotaba por los dedos cayendo a la tierra en hilos interrumpidos. Lo hizo para darle a su hijo y salvarle de la muerte provocada por el hambre. El hombre dio algunos pasos adelante y cayó desplomado. Una ráfaga de metralletas disparada por el centinela acabó con su vida. Tras del corte, una mujer de cabellos despeinados, cayó sobre el hombre muerto abrazándolo, era su esposa, hermana o madre; otra descarga de los fusiles acabó con su existencia, la mujer se retorció apretando al cadáver del hombre muerto, sin gritos. Ellos fueron los primeros bocaditos de la muerte desde mi llegada. “¡Qué horror!”, —exclamé retorciéndome, no tenía ganas de hablar con nadie. Me alejé de la multitud y empecé a meditar sobre lo ocurrido. “Qué había hecho Nikola a aquellos hombres para que le quiten la vida; qué provecho obtiene el hombre cuando destruye una vida humana. Tal

vez Dios hizo la Tierra pequeña para tantos hombres, luego puso la regla: *quién quiere vivir debe estar matando*; puesto que los hombres se están matando desde el principio de su existencia” —pensé, mientras aquellas ideas me aterrorizaban.

CAPÍTULO OCTAVO

En el hospital

Algunas horas después de entrar en la cárcel, llegaron dos soldados italianos, trajeron una camilla. Con ellos llegó aquel hombre que me criticaba durante el camino por no entregarme a los fascistas antes de intentar cruzar el río con Nikola.

—He hablado con el comandante —empezó, el visitante—, para que te cures en el hospital militar, pero sólo con la condición que después de ser curado te quedes en el servicio de los italianos. Si la propuesta no te agrada, rápido encontrarás descanso, pero eterno. A ver, ¡qué dices! —añadió, sonriéndose con burla.

Medité unos instantes para contestar a la bestia que me amenazaba; sabía que el hueso de mi pierna estaba comprometida, y sin cuidado de los facultativos no podría sanar; decidí entonces procurar curarme y luego tratar de escapar.

—Acepto —le contesté decidido.

—Está bien, así me gusta, sabía desde luego que eras un gran hombre y que no te importa tu grado militar ni tonterías —decía el traidor, sonriéndose como para aliviarse.

Dijo algo en italiano a los soldados. Ellos me pusieron sobre la camilla acomodándome enseguida en una ambulancia que esperaba frente a la puerta. Unos minutos después, me encontré frente al hospital provisional de la tropa fascista. Entramos luego en una sala grande amoblada con los aparatos para medicina y con las paredes pintadas en blanco. En un costado de la sala se encontraba una mesa regular angosta y larga con un aparato al medio que le hacía inclinar o nivelar según se deseara. Nunca antes había entrado en una sala de operaciones y me extrañaba todo lo que allí se encontraba.

Los soldados me pusieron sobre la mesa y empezaron a desvendar mi herida. Luego entraron dos señoritas y un hombre. Todos se pusieron bajo la orden del que llegó con las muchachas, por eso pensé que era el médico. El traidor trajo una lista y en ella empezó apuntar mis datos personales. Al terminar los tratamientos me enteré que mi herida no era de gravedad, que la bala había perforado mi hueso sin hacer rajaduras y que en pocos días podría andar. El traidor se quedó conmigo largo rato después, hablándome sobre la bondad del médico.

—Es el mejor médico de toda Italia —decía el traidor—, ha sido premiado por el mismo Duce —agregó, últimamente.

Cuando terminaron mi tratamiento, me acomodaron en una sala en la cual tenía muchos soldados italianos enfermos, trayéndome bastante comida, comí muy poco, puesto que la muerte de Nikola había provocado una alteración de todo mi ser.

Al día siguiente, me trajeron un papel lleno de escritura, exigiéndome que lo firme. Estaba escrito en idioma italiano, no lo pude leer y lo firmé sin saber de qué se trataba. Pocas horas después que firmé aquel documento en mi cuarto, entró el traidor. Me dijo que su nombre era Periso. Que trabajaba muchos años para los italianos, y que el papel el cual yo acababa de firmar era mi aceptación de colaborar con los fascistas, que él me había recomendado donde el comandante supremo y por último, me felicitó por firmarlo. No me importaba tanto qué había firmado, yo había proyectado mis planes, pero la sincera colaboración de Periso con los fascistas me irritaba.

—Y por qué hacer el trabajo tan indigno —le pregunté. Él se enfureció, me miró con odio luego empezó diciéndome:

—Escucha, Novi. En este mundo nacimos para vivirlo, para gozarlo y no para predicar la bondad, la falsa teoría que no existe. El mismo Dios —continuó Periso—, según dicen, ha hecho el mundo, puso en la Tierra muchos animales, insectos y seres vivientes. Luego con su poder dio el instinto, para que se coman entre sí todos los seres vivientes. Y te voy a decir cómo, el pez grande come al chico y de eso vive, quiere decir, creó los peces y su comida. Los carnívoros viven comiéndose entre sí; el lobo come al zorro, el zorro al gato, el gato al ratón, el ratón los pequeños insectos, etc. Lo mismo pasa con los hombres. Tú tal vez dirás que no es cierto, pero yo te probaré que sí. Desde que se conoce la

historia del hombre —prosiguió Periso, pensativo—, su mejor alimento es la carne, escucha bien, subrayo, la carne, el cuerpo de otro ser viviente. El hombre siente agrado masticando entre los dientes la carne de otro ser viviente, busca el placer en el cuerpo y en la muerte de una creación de Dios —concluyó Periso.

Me acuerdo cuando vi en un camal como los carniceros, “los hombres”, introducían el cuchillo en la nuca de un toro, el animal temblando con las rodillas se derrumbaba al suelo, mirando alrededor de sus ojos que se deslizaban unas lágrimas gruesas y cristalinas, haciendo un gruñido sordomudo, pidiendo ayuda de aquel hombre que lo conocía como protector, o tal vez renegaba de la madre naturaleza que lo entregó en el poder de aquel cruel asesino.

—Te das cuenta —añadió Periso, mientras sus ojos ardían de alegría, viendo que lo estaba escuchando—. Luego entre nosotros, los humanos, sucede igual —prosiguió—. El hombre desde su existencia, siempre el más grande y poderoso ha vivido explotando y comiendo al más chico. Este mundo, Novi, está basado en las teorías falsas que el hombre mismo lo ha hecho a su antojo y a su provecho. Yo digo así, apodérate del dinero por cualquier camino, luego con el dinero podrás viajar por todo los lugares que quieras. Haz todo lo que te conviene para vivir, eso es todo —terminó diciendo.

Me quedé sorprendido frente a aquella bestia desequilibrada, que cuya mente estaba dominada por los deseos, que renegaba de todo lo digno y actuaba como cualquier animal silvestre. Permanecí en silencio y no le contesté nada.

—Porque callas, Novi, contéstame —exigía Periso.

—Yo no he estudiado para filósofo, los antiguos lo han hecho, pero la opinión que tengo es un trastorno espiritual que algunos sufren antes de volverse locos —contesté, mientras que en mí sentía ardor de cólera.

—Acaso no digo la verdad —contéstame, Novi—, prefiero comer al otro antes que me coman a mí —dijo.

—Cuando te vas de casería, qué es lo que sientes —preguntó de nuevo, luego añadió—, llevas tu arma al hombro y el más agradable gozo que deseas entonces es que aparezca el venado, la liebre, el conejo,

el jabalí, para que le quites la vida, luego hundes tus dientes en su carne asada, ¿dì que no es así? —permanecí callado, y eso irritó más a Periso—. No te agrada lo que te cuento, pero poco a poco te acostumbrarás y verás que es así. A mí los fascistas me tratan bien, me pagan con mucho dinero y qué me importa más, si hago que maten a alguien, pues uno muere para que el otro viva ¿y qué?

De pronto, entró un enfermero, me trajo varias aspirinas para tomar y me aplicó una inyección. Periso salió con el enfermero y no regresó más por varios días.

Durante mi permanencia en el hospital, que duró tres semanas, me recuperé por completo. A pesar de estar bajo vigilancia enemiga, los médicos y el personal del nosocomio me prestaron todas las clases de atención. No sé si lo hicieron por la intervención de Periso o por su labor humanitaria, pero mi tratamiento fue correcto. Faltaban ya pocos días para abandonar mi cuarto como enfermo, cuando llegó Periso a visitarme. Empezó a suavizarme con sus cuentos de política para hacerme simpatizar con los fascistas, y me entregó una gramática del idioma italiano, diciéndome: “Que debo aprender lo más pronto posible”.

—¿Por qué, yo tengo que estudiar el italiano? —le pregunté.

—Tú has firmado un documento que es el contrato de tu trabajo, pero no podrás trabajar sin saber hablar italiano —me contestó Periso.

No había planeado todavía ninguna forma para fugarme, por eso no protesté más contra su exigencia. Tomé el libro y empecé a leerlo, mecánicamente. Cuando me dieron de alta, y abandoné la sala de cuidado, dos soldados me llevaron donde su comandante. Este era un hombre grueso y alto, tenía bigote y todo su cabello estaba canoso. Tenía el grado de general. Al entrar a su despacho, dio la señal a los soldados para que abandonen la oficina.

—Siéntate —me ordenó en yugoslavo.

—Gracias —dije, y ocupé uno de los sillones de fino tapiz con los cuales estaba amoblada la oficina.

—Periso me ha dicho que tú eres un gran soldado y amigo nuestro, ¿es cierto eso?

—Sí —contesté, aunque por mi sangre pasó una corriente fría y en mi pecho sentí algo que me ahogaba y apenas pude pronunciar la contestación.

—Entonces, debes de prepararte para nuestro servicio secreto. El gobierno italiano te agradecerá por eso, y te otorgará todos los derechos que posee un ciudadano italiano. Ya te sientes bien, te hemos curado y enseguida recibirás las instrucciones.

Traté con toda mi fuerza expresar lo contento de mi ser, sólo para que el comandante me tome confianza y yo pueda cumplir mi propósito de escapar. Al terminar de hablar conmigo el general tocó una campanita que se encontraba en su escritorio. A los sonidos entró un soldado. El comandante le habló algo en italiano que yo no entendí, luego me ordenó en yugoslavo para acompañar al soldado.

Al salir de la oficina, en el pasadizo encontré a Periso; él me abrazó, elogiándome por el triunfo, subrayando su empeño para mi bien. No le contesté nada, me sonreí y proseguí caminando tras del soldado. De pronto, Periso habló con el soldado, él se alejó dejándonos solos... El traidor me llevó a un cuarto que tenía una cama y estaba casi amoblado.

—Aquí dormirás, seré tu vecino —dijo, señalándome con su mano una ventana que daba hacia nosotros, y se alejó dejándome en mi nuevo departamento.

Allí permanecí cuarenta días, y apenas había aprendido algunas palabras de mi nuevo idioma. Periso era mi profesor de idioma italiano, tenía demasiado interés en mi progreso. Aquel día, di mi tercer examen y recibí como premio una pequeña tarjeta en la cual estaba escrito mi nombre y varios signos inteligibles para mí.

—Toma —dijo, Periso—, esa es tu identificación para poder entrar en las oficinas y salir fuera del cuartel.

Sentí mucha alegría al recibir la tarjeta. Estaba seguro de efectuar mis planes y agradecí a Periso con todo mi corazón.

—Esta noche vamos a salir juntos a la ciudad —añadió mi profesor.

—Con todo gusto, acepto su invitación —dije, mientras en mí se generaba la fuerte alegría de pensar que pronto estaría en libertad.

Los relojes desde las altas torres de los monasterios anunciaban con las melodiosas campanas las ocho de la mañana. En la estación ferroviaria de Zelenika se agrupaba gente de todas partes. Aquella pequeña ciudad situada en la orilla del golfo de Kotor, era el punto importante para todas las clases de transporte, y tenía comunicación con la gran parte de la República Federal de Montenegro. Frente a Zelenika, a la otra orilla del golfo, en el lugar llamado Klinec, estaba posicionada la radio emisora militar. Era de alta potencia y se comunicaba con todos los comandos del ejército en el país de Yugoslavia.

Dos meses antes, por orden del comando superior llegué a la unidad especial designada para protección de la emisora. El día 5 de abril, el comandante me había enviado para efectuar una misión militar en los pueblos, Herceg Novi, Melline y Zelenika, encargando el mando del grupo a un capitán apellidado Mesich. En las primeras horas de la mañana del 6 de abril, el jefe de grupo y yo salimos de Melline hacia Zelenika, para proseguir con las obligaciones. Era la hora en la cual partía el tren de la mañana hacia Bilecha, y nos precisaba presenciar el embarque de la carga, haciendo de paso una inspección de los pasajeros. Estábamos a poca distancia de la estación, cuando dos aviones con la insignia del ejército alemán cruzaron el espacio del Golfo de Kotor, y arrojaron varias bombas de grueso calibre sobre la estación. La densa nube de polvo y la pólvora quemada se levantó hacia el cielo mientras la tremenda detonación sacudía los cerros y montañas de la región. Miles de cuerpos humanos confundidos con los palos y fierros retorcidos volaron en el aire, despedidos por la terrible explosión. Los gritos de los hombres, mujeres y niños protestaban contra la severa agresión del hombre y hacían aún más desagradable aquel monstruoso espectáculo.

CAPÍTULO NOVENO

La huida del cuartel

Habían pasado varias horas después de oscurecer, cuando llegó Periso que con tanta emoción le esperaba. Nos preparamos, él puso su pistola al cinto y nos fuimos.

Al salir, en la puerta principal del cuartel, un sargento nos dijo que no tardemos. “¡Después de las diez no habrá entrada al cuartel!” —dijo—. “¡Es la nueva orden recibida en este momento!”. Contestamos haber comprendido la sugerencia, y proseguimos caminando.

Unas cuerdas más allá, entramos en una cafetería.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó Periso al sentarnos, pensé un rato y decidí pedir slivovitz, que abunda en esos lugares, con el propósito de marear a mi compañero y emprender la fuga.

—Yo prefiero slivovitz —contesté a la pregunta de Periso.

Un muchacho, desnutrido y sucio atendía a la clientela. Enseguida se acercó a nuestra mesa, preguntándonos:

—¿Qué vienen a tomar?

—Una botella de slivovitz —contestó Periso.

—Enseguida señor —contestó el mozo, y luego de un rato, apareció con dos vasos y el aguardiente.

Empezamos a tomar. Nuestra conversación aumentaba y se hacía más amistosa según se vaciaban los tragos en nuestras gargantas. Así, Periso empezó a hablarme de todo. De nuestra conversación comprendí que Periso había sido capitán de un barco en la marina yugoslava.

—Varios años han transcurrido —contaba mi profesor—, desde que estoy en el servicio secreto de la armada italiana. Mi padre era un gran militar en tiempo del rey Nicolás I. Cuando los de Serbia, prohibieron el regreso de nuestro Rey, mi papá se fue a Italia con la dinastía Péetrovich, allá murió, yo proseguí su política y acepté la traición sólo por derrotar a los reyes de Serbia que nos esclavizaron —dijo. Me contó luego, que era de Rijeka Crnojevica, que allá tenía su familia y que no había podido visitarlos todavía.

Cuando terminamos la botella de aguardiente que se nos hacía cada rato más agradable, era ya media noche y mi acompañante estaba bastante mareado. Se acostó sobre la mesa, empezando luego a roncar. Con bastante cuidado puse mis manos sobre su pistola, la saqué sin que se despierte; luego dije al mozo que regresaría enseguida y salí a la calle y empecé a caminar hacia la libertad.

Me introduje en la ciudad, la cual no conocía. No sabía a dónde andar pero tenía que alejarme de ella. En las calles angostas y rústicas, las luces no se prendían desde que llegaron los italianos. La noche era bastante oscura, las nubes se acumulaban en la atmósfera y amenazaba con llover. Había caminado varias horas saltando de un lado a otro, y dando vueltas alrededor de las manzanas de casas antiguas.

CAPÍTULO DÉCIMO

De nuevo en la cárcel

Estaba bastante cansado y por el efecto del alcohol sentía mucha sed. Los gallos con sus cantos empezaron a romper aquel silencio miedoso de la noche, al cual se agregaron de aquí y de allá ladridos de perros. Me encaminé hacia una calle que me parecía algo más ancha a las otras, a la espera de que por ella pueda salir de aquella ciudad en la cual me había perdido.

De pronto, las voces de los soldados italianos prorrumpieron el silencio, y atemorizaron mi ser. Me detuve y grité: “¡no disparen!”, a toda voz en italiano. En un instante a mi alrededor se reunieron varios militares, yo empecé a explicarles con lo que había aprendido, que me había desviado del camino de regreso al cuartel. Le mostré mi tarjeta de identificación, pero de nada me valió. Me aplicaron varios puntapiés, culatazos y puñetes hasta que me llevaron a la cárcel. El oficial de turno leyó los signos sobre mi tarjeta, y habló por teléfono con alguien. Cuando terminó la conversación, llamó a un soldado y le ordenó que me lleve a la cárcel de nuevo. Allí permanecí tres días sin que nadie me visite. El hambre me agotaba y pensé que me fusilarían al final.

En la mañana del cuarto día llegó Periso para visitarme, su cara enrojecida y ojos con la mirada amenazadora, me advirtieron que nuestra amistad había desaparecido.

—Me has puesto al filo de la muerte, desgraciado, ya lo pagarás —me dijo, apenas entró en mi celda.

—Estuve borracho y no sabía qué hacía, perdóneme —le supliqué.

—Perro del rey Pedro, yo te enseñaré como se paga la traición —dijo, amenazándome, cerró la puerta con furia y se fue.

Al poco rato entró un soldado, y me trajo una gamela con la sopa y un poco de pan. Comí en la presencia del soldado y cuando terminé, éste me ordenó que vaya con él. Noté que tenía la pistola en la mano, encañonándose cuando me levanté. En ese momento perdí toda esperanza de salvarme de la prisión y sólo esperaba la sentencia. Sabía que Periso se había convertido en mi irremediable enemigo, cuyo cambio me amenazaba mucho más que los italianos. Al final, el soldado me condujo delante de una gran puerta, frente al cual se encontraba la garita con dos centinelas. Uno de ellos abrió un canto y me empujó bruscamente. Al entrar, me encontré en una gran habitación, parecida al colegio, en la cual se encontraba un grupo de veinte hombres acurrucados en un rincón. Se alegraron con mi llegada y se notaba que permanecían allí durante bastante tiempo. En el primer momento, desconfiaron de mí, pero después de algunas horas empezaron con las preguntas. Al explicarles todo lo que había sucedido conmigo, ninguno de ellos me creyó. Algunos me dijeron, sin vacilar, que era espía. No pude discutirle su opinión, pero me dolía en el alma por las opiniones tan crueles que tenían sobre mí. Al cabo de unas horas, uno de ellos se me acercó, diciendo:

—A ver, amigo, ¿de dónde vienes?

—Del comando italiano —le repetí,

—Y que hacías tú allá.

—Me trajeron herido desde Gudelji —le contesté.

—Cómo se llama tu compañero, que dices es traidor.

—Periso —contesté.

—¿Y su apellido?

—No lo sé.

—¿Cómo? No te lo dijo.

—No, nunca lo mencionó. Decía que es de Rijeka Crnojevica y que ha sido capitán de un barco.

—Que perfecta mentira, ¿no? —agregó, uno del grupo.

—Cuál es tu nombre —continuó, el corpulento interrogador.

—Me llamo Vitko Novi.

—Dime, Vitko —añadió, el que preguntaba—, porqué te han mandado entre nosotros.

—Eso no sé, amigo —le contesté—, pero me parece que nos van a fusilar a todos.

En eso, la puerta de nuestra habitación se abrió y entró Periso con un soldado italiano.

—Ese es el traidor —dije, a toda voz.

Todos se pararon al oír mi grito. El fascista disparó varias ráfagas de su metralleta por encima de nosotros. Periso se acercó hacia mí, me dio varias cachetadas en el rostro, me escupió y se alejó. Comprendí entonces que la decisión de traidor era sumamente peligrosa para mí y que si no lograba escapar, me matarían. Pero, qué podía hacer en aquella habitación, era imposible escapar. El bigotudo cambio de carácter conmigo después de ver aquel procedimiento de Periso. No trató de disculparse, pero me preguntaba con tono suave las cosas que quería saber.

Cuando terminó la interrogación, el bigotudo me dijo que se llamaba Miras Korach, que era de Bilecha y que estaba en la cárcel por golpear a un soldado italiano, cuando éste pretendía ultrajar a su hija. También me explicó que aquel grupo de hombres fascistas los utilizaban para trabajar y que podría esperarse la oportunidad para escapar.

Al día siguiente, nos trajeron la comida temprano. Cada uno recibimos un pan militar que pesaba tal vez medio kilo, una conserva de pescado y una cebolla. Según los presos que se encontraban allí, eso era el fiambre para trabajar en el campo.

Una hora después de repartirnos el alimento, abrieron la puerta y nos ordenaron salir a la calle. Allí nos esperaban dos camiones con los motores en marcha. Nos ordenaron subir a los vehículos, golpeando con las culatas de los fusiles a todos que alcanzaban. Cuando nos embarcamos, un camión lleno de fascistas se encaminó delante de nosotros, y otro siguiéndonos. Todos los soldados tenían metralletas encañonados a nuestros cuerpos, limitándonos todos los movimientos.

Viajamos algunos kilómetros y nos detuvimos en una pampa en la cual se encontraba una zona de aterrizaje aéreo, que estaba parcialmente dañada. Se contaba que el rey Pedro de Yugoslavia había partido

a refugiarse a Inglaterra con toda su comitiva cuando se firmó la capitulación. También me dijeron los presos que en ese sitio el gobierno yugoslavo había dejado varios miles de millones de billetes monetarios por no poder cargarlos. Los cajones con barras de oro habían enterrado en una cueva llamada..., haciéndola volar luego con los explosivos a todo un cerro. Los billetes los vaciaron sobre la pampa, echaron sobre ellos gasolina y luego le prendieron fuego.

Una inmensa cantidad de billetes de cien, quinientos y mil dinares permanecían todavía en aquel sitio, la mayoría estaban dañados por el fuego, pero había una gran cantidad en buen estado. La gente de las cercanas aldeas se amontonaron el primer día para agarrar aquel dinero, en eso llegaron los fascistas y se pusieron a defenderlo. Allí murieron cientos de personas cargando costales llenos de billetes. Nos obligaron a que carguemos los billetes durante varias horas, luego nos llevaron a varios sitios más, trabajamos cargando en cada lugar hasta que por fin nos trajeron a la estación del tren, que comunica Niksich con Bilecha. Allá, recogimos cajones de municiones, ropa, pipas con mermelada y bastantes armas de todas clases.

Al regreso con los camiones cargados, por el camino, uno de los prisioneros procuró escapar. Apenas saltó del camión, los fascistas abrieron fuego con sus armas sobre él, destrozándole el cráneo. Dispararon algunas balas más en el cadáver y se alejaron dejándolo en el camino.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Sentencia de muerte

Cuando llegamos a la cárcel nos golpearon con toda crueldad. Al oscurecer, los guardianes de la cárcel eligieron diez de los que habíamos trabajado aquel día y nos ordenaron separarse de los demás. Unos instantes después, llegó un pelotón de los fascistas. Nos ataron las manos de espalda y nos ordenaron subir en un camión cuyas barandas estaban cerradas con una tela negra. Nos dimos cuenta que nos fusilarían enseguida y empezamos a gritar a toda voz, insultando a los invasores: “¡Muera Mussolini! ¡Muera el traidor Periso! ¡Muera el fascismo! ¡Viva la libertad!”. Se levantaba la confusión de las voces y el ego se extendía por toda la ciudad. Un camión con los fascistas se dirigió adelante nuestro, el otro detrás, y partimos.

Mientras mis compañeros gritaban, insultaban y cantaban, haciendo el último capricho a la vida y al hombre que nos amenazaba, yo empecé a pensar: “*Porqué suceden aquellas desgracias entre los hombres*”. Sabía que en pocos minutos no existiría en la vida terrestre y me propuse analizarla por última vez, preguntándome: “*¿por qué tengo que morir de esa manera? ¿Acaso en la Tierra no hay sitios para que vivan todos los hombres?, ¿O tal vez el oxígeno está limitado y yo había gastado mi parte? ¿Por qué nuestro creador nos trae a esta vida para hacernos sufrir? ¿Cómo mi padre puede permanecer tranquilo y no acudir a apaciguar a sus hijos, viéndolos pelear, pudiendo hacerlo?*” Si yo hubiera obedecido las instrucciones de Periso para espiar, amenazar y matar a los humanos, aquellos hombres que me conducían a la muerte, me respetarían, no pensarían en matarme y me defenderían de cualquier dificultad. Por un instante pensé en la opinión de Periso. Pensé en sus afirmaciones guiadas por el demonio, sufrí una gran desesperación que por poco no aprobé sus pensamientos. Una corriente rara entró en mi cuerpo, e hizo vibrar mi ser de manera más extraña. Pues, sabía que la

muerte está presente, y quería recuperar el resto de la vida, para vivirla todo en una hora. Por un momento interrumpí mis pensamientos, no pensaba en nada. Enseguida, mi mente empezó a revelar los recuerdos como para despedirme de ellos. Me acordé de mi madre, de sus caricias, de los días infantiles, de mi hermana, de nuestros juegos; luego me acordé de la lucha con el nazi en el golfo de Kotor, de Nikola, del sargento, de la muerte de Nikola y de la muchacha que nos invitó desayuno. Me acordé, cuando por primera vez fui al colegio. Aquel día, me acompañó mi madre, mientras caminábamos por un angosto caminito por entre los jardines y frutales, los pájaros con sus cantos, armonizaban con las flores y aroma del campo, que hacían aún más linda aquella mañana primaveral. Entonces, en mi pecho palpitaba un corazón puro e inocente, sin conocer la maldad ni sufrimiento; me gustaba la vida, adoraba la naturaleza y tenía mucha fe en el creador. “*¡Qué bueno es Dios, por hacer todo esto, dije suspirando!*”. Mi madre me acarició, tomó mi mano, suspiró, diciéndome: “*Sí, hijo, sí, nuestro Dios es bueno y misericordioso*”... Ahora, veinte años después, me encuentro también en una noche primaveral, está todo a mi alrededor floreado ¿y yo? Andando hacia la muerte, encañonado por las mortíferas máquinas hechas por el hombre. No me acompaña mi madre. Siento amargura, no hay felicidad tal vez, y Dios me ha abandonado —pensé.

La luna brillaba como siempre y reflejaba los rayos solares hacia la Tierra. Las estrellas pestañeaban desde el firmamento coqueteando a la luna, apoyándola en el alumbramiento. “Allá entre ellas, tal vez estará mi madre, ella me protegerá” —dije en silencio, pensando en sus caricias que tanto ansiaba.

De pronto, los vehículos se detuvieron. Mis pensamientos fueron interrumpidos por los insultos de los fascistas que nos ordenaban bajarnos del camión. Los soldados abrieron las barandas del vehículo que nos conducía, luego bajamos uno tras otro. Frente a nosotros y a pocos metros se encontraba una larga, ancha y honda zanja, de allí se desprendía un olor nauseabundo que asfixiaba. No se notaba tierra fresca a su alrededor, lo que nos aseguraba que servía como fosa común, donde los fascistas fusilaban a los ciudadanos y que estaba construida varios días antes. Uno de los fascistas ordenó en idioma yugoslavo que caminemos hacia la fosa. Cuando llegamos al extremo, ordenó que nos volteemos hacia ellos.

—¡Voltéense, no nos agrada matar por la espalda! —dijo, sonriéndose con burla.

Al voltearnos nos encontramos con varias decenas de cañones que nos apuntaban. Nadie puede describir lo que se siente en el momento de morir fusilado. Cuando se muere agonizando, tal vez se tiene tiempo para pensar en algunas cosas, pero encontrarse frente a los cañones que solo esperan la orden para disparar, es sumamente distinto. No sé cómo lo hicieron los otros, pero yo no pensé en aquel momento en nada, dirigí la mirada hacia el cielo como para despedirme de la vida. En eso resonó la palabra “¡fuego!”. Los cañones vomitaron una pequeña llama delgadita y corta, despidiendo cientos de balas sobre nosotros. Sentí un rasguño corto y caliente en el lado derecho de mi cadera, uno de mis compañeros cayó derribado por las balas sobre mí y me empujó a la zanja, haciéndome caer de espalda. Sobre mí cayeron otros hombres. La sangre empezó a bañarme la cara, el chorro principal daba en mis labios, llenando mi boca, amenazando de ahogarme. Mi cuerpo se hundía más y más en la profundidad, y empecé a sentir unos hincones raros, semejantes a los que ocasionaban los clavos. Los hediondos olores aumentaban mi sacrificio y la falta de aire me asfixiaba. De repente, escuché otros disparos sobre nuestros cuerpos, acompañados con las carcajadas. Luego resonó la bulla de los motores, y el silencio se apoderó de aquel desagradable lugar. Pensé que tenía las heridas horribles, que todavía no se manifestaban y que luego me ocasionarían martirios, sentí pena por no haber muerto como los demás. Mis manos estaban atadas de espalda y la ruma de cadáveres me presionaba hundiéndome entre los esqueletos. Los huesos empezaron a hincar mi cuerpo y me parecía que me atravesarían enseguida. La sangre de los que se encontraban sobre mí llenaba mi boca y me dificultaba la respiración aún más.

Era imposible para mí creer que podría salir debajo de esa ruma de muertos que me aplastaban. Poco a poco, según transcurrían los minutos, utilicé toda mi fuerza para levantarme. Después de una lucha inexplicable, que duró casi hasta la madrugada, logré salir debajo de los que me aplastaban, y respiré el aire necesario. Cuando me paré, mi desilusión fue tan grande que perdí la esperanza de poder aprovechar aquel caso increíble que me había ocurrido; mientras mis pies se hundían entre los esqueletos humanos, descubrí que las paredes de la fosa tenían más de dos metros de altura. Era imposible subirlas con las manos atadas. Mi

herida sangraba y eso aumentaba aún más mi creencia de que allí había llegado mi fin. Empecé a rebuscar los bolsillos de los fusilados con la esperanza de encontrar un cuchillo y cortar la soga que ataban mis manos, pero fue en vano. Mi lucha se arruinaba de fracaso en fracaso, y el alba ya empezaba a enrojecer al este en color de fuego. Dicen, que en los casos difíciles, acostumbran aparecer los acontecimientos increíbles llamados milagros. Yo no creo en aquellas afirmaciones, pero es cierto que alguna fuerza inexplicable me acompañó aquella noche. Mientras estaba rebuscando los bolsillos de los muertos y de allí esperaba encontrar mi salvación. Escuché unos pasos rápidos y cortos que se acercaban hacia la fosa. Mis nervios estaban adormecido frente de las balas y el miedo para mí no existía. Me levanté para observar qué era lo que caminaba por aquel lugar solitario y por sorpresa descubrí que la sombra de un hombre pasaba por el lado de la fosa, alejándose de mí, corriendo.

—¡Auxilio! —grité, sin pensar en nada—, sálveme de aquí por favor, ¡no me deje morir, ayúdeme! —repetía con desesperación.

La sombra se detuvo con mi primer grito, y retrocedió, acercándose. Llegó al borde de la fosa y se aclaró, transformándose en un forzudo joven correctamente formado en toda su contextura.

—¡Sálveme! —le repetía—, estoy herido, tengo las manos atadas, no puedo soportar más.

El joven bajó a la fosa, me alzó sobre sus hombros y me sacó del hueco. Enseguida desató mis manos, preguntándome por lo sucedido. Al terminar de contarle mi rara y triste historia el joven me ofreció su colaboración.

—Mi nombre es Masan Zvicer —dijo—. Mi aldea dista regular de acá, si usted desea le llevaré a mi casa hasta que se recupere.

Acepté la colaboración de mi salvador, le di las gracias y le dije como me llamo y partimos.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

La amistad con Masan

Mientras amanecía poco a poco, yo andaba apoyándome de un palo y con curiosidad esperaba la luz del día para conocer a mi nuevo amigo. Sobre mi cuerpo se había coagulado una enorme cantidad de sangre y me estorbaba al andar. Mis cabellos estaban empapados con la sangre, parecía tener una gruesa capa de barro sobre la cabeza, Masan se horrorizó al verme manchado en sangre y se apresuró para llevarme a un puquial, el mismo que me aseguraba se encontraba lejos. Todo mi ser estaba dominado por una rara sensación. Una corriente inexplicable sacudía mi cuerpo a menudo, y me hacía tiritar. De pronto, mi fuerza empezó a debilitarse, mis piernas también, perdiendo el equilibrio. Un frío sudor invadió mi rostro y una fiebre que provocaba náuseas se apoderó de mí. Recuperé toda mi fuerza para proseguir caminando, pero en pocos minutos la energía me abandonó, como si alguien la extrajera de mis nervios. Los ojos se cubrieron de una densa oscuridad y caí sobre las piedras, sin acordarme de nada más.

Cuando desperté, el sol abrigaba toda la región. Me encontraba tendido sobre la hierba y mi buen amigo estaba inclinado sobre mi pecho esperando ansioso mi reacción. A pocos metros de nosotros se encontraba un pequeño pozo cuya superficie parecía estar hirviendo, comprendí entonces que eso era el puquial anunciado y que mi amigo me había cargado sobre su espalda varios kilómetros hasta aquel lugar. Viéndome despertar se alegró y trajo un puño de agua y me echó en la cara, el agua era fría y me agradaba sumamente, quise levantarme para sumergir mi cabeza en el pozo, pero la fuerza no me apoyaba.

—No hagas esfuerzo, amigo —suplicó Masan—. Yo te traeré agua, poco a poco, y pronto, te pasará el mareo.

Mientras yo me esforzaba para agradecer a mi amigo por aquella inolvidable ayuda, él se apuraba en traer agua entre puños para lavar mi

cara que estaba empapada con sangre; tomé luego algunos tragos y sentí una pequeña mejoría. “Estás en la casa de un amigo”, me decía Masan. Cuando oscureció, recibimos la noticia de que los fascistas vendrían al día siguiente a la aldea para tomarnos presos, fuimos obligados a escondernos, mi amigo se iría a Bilecha y yo me dirigiría a mi casa.

—Cuando pasé por el matadero ese, escuché tu voz y me di cuenta que algún herido pedía auxilio. Tuve miedo al principio, pensé que podía ser alguna trampa —decía Masan, con seriedad—, pero al repetirse los gritos, decidí ver qué pasaba. Allá, han muerto muchas personas —continuó mi amigo, mientras yo hacía el mayor esfuerzo para poder conversar.

—¿Está lejos tu casa? —le pregunté.

—Cuatro horas de camino —contestó—; está cerca de la aldea Ozziniche, vivo con mis padres.

Allí permanecemos varias horas, pero mi cuerpo no se mejoraba. Masan me alzó sobre sus hombros y empezó a caminar cargándome.

Cuando llegamos a su casa, eran las ocho de la noche. Un hombre de edad madura abrió la puerta y se encontró con nosotros. Era de baja estatura, canoso y usaba bigotes largos, sus ojos brillaban como de un gato, arrugó las cejas de sorpresa al ver que Masan me apoyaba y empezó a preguntar intercalando las palabras.

—¿Qué..., qué es eso?! ¿Qué sucede?! —repetía el viejo, sorprendido—. ¿Quién es ese hombre?!

—No te asustes papá —contestó Masan—, es un amigo mío, está herido, necesita cuidado, luego te explicaré todo.

—Cuidado hijo con traerme problemas, yo soy viejo y quiero vivir tranquilo, no me gustaría ir a la cárcel.

—No pasará nada papá, no temas, no hemos hecho ningún mal a nadie —contestó Masan, mientras me acomodaba sobre una cama de madera sin colchón, cubierta con las frazadas.

La casa era de construcción antigua. Su primer piso estaba hecho de piedra labrada. El segundo piso, de tallados gruesos labrados en fino oregón, que era la costumbre del lugar para construir las casas en el

campo. Su techo estaba entarimado con las tablitas trabajadas de pino, acomodadas una sobre otra en filas. El interior de la casa estaba dividido en dos partes iguales, en una parte se encontraba la hoguera, que al mismo tiempo servía para la cocina. Cerca de la hoguera se encontraba la cama sobre la cual me tendió mi amigo. Frente a la cama estaba un túnel de capacidad mediana y un baúl de gran capacidad, construido de maderas talladas; sobre la pared estaba un armario lleno de platos, botellas y otros enseres de cocina. Un par de banquetas alrededor de una mesa preparada rústicamente se encontraba al medio, entre mi cama y el armario. Un gran espejo prendido en la pared frente de la mesa, y una lámpara a petróleo a lado del espejo. Aquel mobiliario me daba la impresión de una familia pobre, pero que mantenía las costumbres típicas con toda exactitud.

En eso, de la otra mitad de la casa salió una mujer, tenía tal vez cincuenta años de edad, era alta, delgada y parecía poseer un carácter muy agradable. Se asustó al verme, sonreía ocultando la sorpresa. Masan corrió a ella con los brazos abiertos y en un instante se encontraron los dos unidos en un abrazo, por aquel caluroso encuentro me di cuenta que la mujer era la madre de mi amigo. Hacía muchos años que yo no veía a mi madre y me agradaba presenciar un encuentro entre madre e hijo.

—Es un amigo, mamá —dijo Masan, estirando su mano hacia mí—. Lo encontré herido en el camino —añadió, prosiguiendo a contarle lo ocurrido—. Tú no te enojas porque lo traje, ¿verdad mamá? —preguntó Masan, con la dulzura de un niño.

—No hijo, yo no me opongo, ayudar a un semejante es la obra más digna, pero temo que los fascistas lograrán saber de su suerte y lo buscarán, entonces quemarán nuestra casa y te matarán a ti y a tu padre.

—¡No lograrán su propósito!, ¿qué sabes tú de la guerra? —interrumpió el papá de Masan, mirando a la señora—. Ahora mismo nos vamos a la montaña, allá tienes la cabaña que nos protegerá de la lluvia, llevaremos los víveres y permaneceremos allá hasta que veamos lo que pase —añadió el viejo, mientras llenaba la pipa con tabaco.

—Bueno pues, lucharemos juntos —agregó la mamá de Masan, saludándome cariñosamente.

Mi amigo no tenía más hermanos, había estudiado en la Facultad de Derecho en la Universidad de Belgrado. Cuando comenzó la guerra, Masan huyó de la ciudad, caminando la mayor parte del camino, hasta llegar a su casa. Días antes, Masan había ido a la casa de un compañero suyo, con el cual estudiaba junto en la Universidad. Allí, pensó permanecer varias semanas, pero al oír que los fascistas entraban en las aldeas, arrestaban y fusilaban a toda la juventud, decidió regresar con sus padres para evitar que se preocupen por él. Así fue el casual e inolvidable encuentro con él, en la fosa sobre cientos de cadáveres.

CAPÍTULO SEGUNDO

En la montaña

Mi ropa estaba empapada en sangre, desprendía un olor a podrido y muy desagradable. Después de curar mi herida, la madre de Masan me trajo un terno de su hijo para cambiarme, y yo acepté con agrado.

Durante la noche, Masan y sus padres trabajaron preparándose para la evacuación. Cuando amaneció, el papá de mi amigo trajo cinco caballos prestados de sus vecinos, cuatro cargados con las cosas y víveres, y decidieron uno para mi transporte; me pusieron sobre mi caballo y partimos. Masan y sus padres caminaban cargando bultos a sus espaldas y eso me preocupaba por no poder ayudarlos. ¿Pero qué podía hacer? Me sentía tan enfermo que apenas podía guiar el caballo y todos mis deseos para ayudar a mis nuevos amigos eran inútiles.

Todo el día caminamos sin parar, era casi noche cuando nos encontrábamos en un claro entre los bosques, cuyo final y frente a nosotros se veían tres cabañas. Estaban construidas con tablas labradas, techadas igual que la casa y daban la impresión de podernos prestar la protección necesaria.

—Aquí es nuestro nuevo hogar —me dijo Masan, cuando salimos del bosque.

El claro estaba poblado de hierbas que alcanzaban hasta la rodilla y tenía muchas flores de color amarillo. Estaba rodeado por un tupido manto de pinos y hayas que daba una magnífica expresión y agrado de permanecer allí. Una de las cabañas ocupamos Masan y yo, la otra, sus padres, y en la tercera depositaron todas las cosas. Me acomodaron sobre una cama de muy rústica construcción, llena de hierba. Era la primera noche después de aquel horrible suceso, el haber sobrevivido en la fosa; y esperaba descargar mi cansancio con el sueño, pero no sucedió así. Aquella noche fue una de las que más me martirizó y la que nunca olvidaré.

Apenas procuré cerrar los párpados, miles de imágenes, retratos y escenas pasaban frente a mis ojos y se reflejaban en mi mente. En el primer instante me pareció ver a Periso rodeado de muchos soldados italianos. Lo veía gritando contra mí, insultándome con las palabras más groseras, amenazándome de muerte. Me asusté de aquel ser inhumano y por poco grito; abrí los ojos procurando permanecer sin dormir. Unos minutos luego, el sueño venció mi decisión, cerré los ojos sin saber cuándo, y los terribles hechos del hombre empezaron a horrorizar mi mente de nuevo; vi que muchos soldados italianos me rodeaban encañonándome con sus armas. Luego empezaron a golpearme con toda fuerza, uno de ellos cogió su bayoneta y la acercó a mi cuello poco a poco hasta que dejó descansar el filo del cuchillo sobre mi piel, grité de espanto y desperté a sobre salto sentado en la cama. Masan escuchó mi grito, se levantó, preguntándome lo que me sucedía. Le contesté que era una expresión del sueño y que no se preocupara. Al poco rato cerré los ojos de nuevo y me encontré con las escenas más horribles aún, varios fascistas me pusieron de pie al borde de un enorme pozo cuadrado y hondo. Me ataron mis manos a la espalda y empezaron a disparar sobre mí, la llama salía de los cañones y las balas atravesaron mi cuerpo, en el pozo había gran cantidad de sangre, sobre el cual flotaba una que otra cabeza decapitada, abriendo la boca llamándome hacia adentro. En eso, mis pies aflojaron y caí en el pozo, me sumergí en la sangre y estaba ahogándome en ella. Grité de nuevo y me paré, pero mis pies no me obedecieron y caí al suelo. Masan saltó asustado, me levantó poniéndome sobre la cama, prendió la lámpara y trató de tranquilizarme. El cansancio se había apoderado por completo de mi cuerpo y no duró mucho para que cierre mis ojos de nuevo y otra vez empecé a sufrir los tempestuosos recuerdos ocasionados por los hijos de Dios sobre mi ser. Me encontré sobre la balsa junto con Nikola, me sentí muy satisfecho de estar con él. De pronto, unos hombres vestidos con las armaduras que espantaban, nos rodearon, desenvainados sus sables pulidos y largos nos atacaron, decapitaron a Nikola, a mí me ocasionaron varios cortes y caí en el agua, mientras la cabeza de Nikola proseguía pidiéndome auxilio, luego los atacantes echaron gasolina sobre el río y lo prendieron, el fuego embargó la cabeza de Nikola y escuché claro sus gritos, me levanté gritando de nuevo y no cerré los ojos hasta amanecer.

Cuando amaneció, mi cuerpo empezó a sentir las nuevas torturas, a pesar de que me encontraba en el jardín de aquella belleza natural.

Descubrí que mi herida había empezado a infectarse, estaba hinchada, un color rojo invadía toda la parte derecha y los dolores aumentaban sumamente. Mis amigos se sorprendieron al ver que mi estado empeoraba y se apuraron para ayudarme. El papá de Masan regresó a la aldea en busca de medicamentos, mientras los demás me ayudaban en todo lo que podían. El viejo demoró dos días en el pueblo. Mientras tanto, yo había perdido todas las esperanzas en mi salvación. Todo mi cuerpo estaba hinchado e invadido por un color parecido al carbón, que daba miedo. No podía hablar y respiraba con dificultad y la alta fiebre me ahogaba. En varias ocasiones escuché a la madre de Masan diciéndome: “que no podré vivir muchos días”, y me apenaba saber que había llegado a mi fin.

Al amanecer del tercer día, apareció el Padre de Masan, trayendo consigo a un muchacho llamado Bozo, que apenas tenía dieciocho años. Era estudiante de Medicina y el único entendido en las infecciones que aceptó venir a la montaña para curarme.

En las aldeas cercanas, según me contó mi amigo, se encontraban tres médicos, refugiados de los fascistas, pero ninguno accedió ante la súplica del viejo para intentar de salvarme. El muchacho no poseía mucha preparación en la medicina, pero su valor de salvar a un semejante de la muerte, le daba mucha fe y arriesgaba tomar la responsabilidad de sus actos.

Apenas llegó me aplicó varias inyecciones y yo empecé a sentir una ligera mejoría. Mis amigos le suplicaron que no me abandone por algunos días, ofreciéndole buena recompensa. El estudiante aceptó las exigencias, y me controlaba sin interrupción. Al término del tercer día, empecé a sentirme mejor de la herida, pero mi más grave problema era el sueño. A las terribles escenas que yo había sobrevivido en los últimos meses no se alejaban de mi mente, pensé que perdería la razón. El cuarto día, Bozo habló largo rato con Masan. Al terminar la conversación preparó su maletín y se fue al pueblo. A pesar de su pequeña experiencia yo mejoraba poco a poco y confiaba en sus conocimientos. Me aseguró de regresar cuando se despidió de mí, pero yo no creía en sus ofrecimientos, su alejamiento me apenaba mucho y perdí la esperanza en mi recuperación. El joven se había enterado de la alteración que sufría por mis sueños, de las terribles impresiones grabadas en mi mente. Los trastornos aumentaban cada día con su manifestación y amenazaban

con quitarme la razón. Bozo se dio cuenta de lo que ocurría, y decidió ir al pueblo para buscar la medicina adecuada y auxiliar a mis nervios trastornados. De su decisión comunicó a mi amigo Masan, manteniendo mi estado verdadero en secreto de los demás, para no alarmar mi débil ánimo.

Acabo del tercer día, el estudiante regresó y empezó con el tratamiento. En principio me parecía que la medicina no hacía efecto, pero después de algunos días, logré dormir sin molestias. Bozo proseguía con la curación y al cabo de algunas semanas logré dormir normalmente.

Treinta días permanecí bajo la curación, mi nueva familia utilizaba todo su esfuerzo para ayudar mi recuperación. La madre de mi amigo era una mujer de inigualable bondad, su cariño me acordaba a la de mi madre, me agradaba vivir en su compañía, y el pensar que algún día tenía que alejarme de ella, me apenaba. Que hermoso es encontrarse entre las personas llenas de bondad y de espíritu humanista, pensé en aquellos momentos. La humana y sincera colaboración de las buenas personas, destruye por completo las torturas que agobiaban el alma. Es el único remedio eficaz para recuperar la fuerza y seguir luchando para no ahogarse en las angustias.

Así pues, las cariñosas palabras y tratos de la madre de Masan revivieron mi angustiada alma que las barbaridades de la guerra y las crueldades del hombre habían sentenciado a la destrucción, sin que yo sepa porqué.

El padre de Masan era un hombre sin mucha instrucción, pero de alma generosa, bueno y muy justo. Era uno de aquellos hombres de manera antigua que culpaba a las escuelas de no enseñar a los hombres que se quieran como hermanos, y que se limitaran a un principio, de no hacer a los demás lo que no desean que le hagan. “...*Cada fin del día, el hombre debe hacer los cálculos de los hechos buenos y malos cometidos en su transcurso, analizar los resultados y así saber corregirse para el día siguiente, eliminando los hechos no correctos. Cómo sabrá uno si procede con la corrección, sin hacer la suma de sus hechos diarios. Así evitará de no hacer errores con el prójimo. Si los humanos no nos ayudamos entre nosotros, Dios tampoco nos ayudará. El más horrible enemigo del hombre es el hombre mismo, pues el hombre goza satisfactoriamente cuando ocasiona la desgracia a sus semejantes...*”, decía

el viejo durante una de las conversaciones, pensando profundamente, como si buscara apoyo de alguna nueva fuerza divina capaz de poner fin a las destrucciones, guerras y barbaridades entre los hijos de Dios.

En aquella familia, digna de aprecio, sobreviví los crueles sacrificios que la naturaleza dirigió sobre mi ser. Comprendí entonces que yo había nacido bajo el más cruel signo del horóscopo, si es de creer en esa teoría, y que alguna fuerza superior había decidido acabar conmigo poniéndome a las más severas pruebas, casi desconocidas hasta entonces.

De vez en cuando, me acordaba de aquella tormentosa palabra: “¡fuego!”, que escuché cuando me encontraba frente a las ametralladoras, manejadas por el hombre, al borde de la fosa. Luego, volvían aparecer en mi memoria las delgadas y cortas llamitas de fuego que aparecían al final de los cañones, seguidos por los agudos y lastimosos gritos de los hombres, con sus cuerpos perforados por las balas, y que caían en aquel monstruoso hueco lleno de cadáveres descompuestos. Las otras escenas, horribles también, se presentaban ante mis ojos, pero todas pasaban con la rapidez del relámpago, no se detenían casi nada, no dejándome dormir con tranquilidad.

Mi herida había cicatrizado por completo y yo sentía la recuperación total. Salí con Masan entre los bosques, tratando de olvidar, entre los cantos de los pájaros, mis angustiosos episodios sobrevividos en tan corto tiempo.

Un día, Bozo se alistó, recogió todas sus cosas, se despidió de nosotros y se fue a su casa. Una semana después de que nos abandonó y en una mañana lluviosa, Bozo regresó a nuestra cabaña. Su visita era inesperada y la noticia que nos comunicó después de llegar era alarmante.

CAPÍTULO TERCERO

La guerrilla

Nuestro visitante llegó apurado. Tenía un carácter seco y nada agradable.

—He venido —dijo, después de saludarnos—, para decirles que deben hacer la vigilancia permanente, pues, los soldados fascistas acuden por todas partes en busca de la juventud. Cientos de jóvenes, mujeres y hombres los han tomado presos por las cercanas aldeas a la ciudad de Niksich. Muchos de ellos han sido fusilados, mientras que a otros lo llevaron al campo de concentración en Italia. Ayer han llegado a nuestra aldea, no pudieron atrapar a ninguna persona, puesto que todos los aldeanos se habían alejado durante la noche de sus hogares. Los fascistas se pusieron coléricos y prendieron fuego en algunas casas antes de alejarse. Se logró saber por intermedio de los amigos —continuó Bozo—, que el enemigo está preparando una gran ofensiva en Danilov Grad, para de allí hacer la operación por la región de Piperi y Bjelopavlichi. Los aldeanos de las regiones decidieron reunirse y formar una defensa con las armas; no se puede estar mirando con los brazos cruzados —agregó Bozo—, que los fascistas quemen nuestros hogares, lleven a nuestros hermanos y hermanas al paredón sin que nadie les haya hecho ningún daño. ¿Qué opinan ustedes? —preguntó, mirando con curiosidad—. ¿Nos enfrentamos a los fascistas o permitiremos que pisoteen con las torturas a nuestra gente?

—¡Cuenta con nosotros! —contestó Masan, con afirmación, mientras dirigía una interrogativa mirada hacia mí, como preguntándome si estoy de acuerdo.

—¡Está bien, yo también voy! —contesté.

—¿Tienen armas? —preguntó Bozo.

—Yo no, Masan tiene su fusil.

—Entonces, trataremos de conseguirte algún fusil, pero, ¿te sientes bien?, ¿podrás ayudar?, tal vez tendremos que correr, la lucha será dura —me advirtió.

—De todas maneras tendré que defenderme, una vez me salvé, no me agradaría que me lleven al borde del pozo, otra vez —contesté, mientras en mi interior se generaba la silenciosa pregunta: ¿Por qué tantos odios existen entre los humanos? ¿Por qué matarse entre sí? ¿Por qué no vivir en paz? ¿Qué conseguiremos con la guerra?, me pregunté en silencio.

Nuestro visitante demoró buen rato, nos explicó algunas formas como cuidarnos. —Regresaré tan pronto como les necesitemos —dijo, se despidió y se alejó con apuro.

—¿Habrá sangre Novi, tú qué dices? —me preguntó Masan.

—La habrá siempre, mientras el hombre no proscriba la guerra y no se decida ser amigo de la paz —le contesté.

Los padres de Masan se preocupaban mucho por lo que podría pasar con nosotros, eso me apenaba demasiado. Eran buenos y no podía verlos llorar.

Pasaron cuatro días desde que Bozo nos avisó para la sublevación. El quinto día, nuestro visitante regresó.

—Prepárense para salir conmigo —nos dijo al llegar.

—¿A dónde vamos? —le pregunté con curiosidad, mientras Masan preparaba las cosas para llevar consigo.

—Llegó la hora amigo, tenemos que defendernos, sino aceptamos de ser llevados al borde de la fosa —contestó Bozo.

—¿En qué sitio será la reunión? —preguntó Masan, interrumpiendo.

—En Ostrog —contestó Bozo.

—¿Habrán avisado a todas las aldeas?

—Hemos avisado a todos —contestó el visitante.

—¿Avisaron a la ciudad también?

—Sí, anoche.

—¿Quién dirige la organización?

—Milos Popovich.

—No me gusta en nada ese hombre.

—Ni a mí tampoco, pero lo escogieron.

—En dónde fue la reunión en la cual, Popovich, fue escogido.

—Cerca de Stubica, hace dos días, hubo bastantes participantes, como no tenemos otro hombre que comience las maniobras militares, escogimos al practicante ese.

—Crees tú que servirá con honradez —preguntó Masan, poniéndose pensativo, luego.

—Yo no creo en su justicia, sabrá matar y hacer torturas, pero guiar la lucha con honradez, eso no lo creo —contestó Bozo.

—Entonces, porqué lo escogieron, cualquier otro hombre podría dar órdenes.

—No te dije, que no hemos tenido ningún otro, además, los viejos confían en él y ellos son los que votaron por él, mayormente.

Yo no conocía aquel nuevo comandante, pero por la conversación de mis amigos comprendí que se dudaba en su corrección y eso me aumentaba la inseguridad en los resultados. Cuando un comandante no está al agrado de los combatientes, los finales siempre resultan turbios. Nada me agradaba aquel comienzo de la lucha, dirigida por un hombre en cual no se confiaba por completo.

En eso, entró el papá de Masan, al ver que nos estamos preparando, el viejo arrugó la frente y con tono imperativo preguntó:

—¿Adónde van, qué les pasa?!

—Vamos a la reunión papá —le respondió Masan.

—¿Cuál reunión, de qué estás hablando?

—Hay una reunión en Ostrog, en la cual se invitan a todos los ciudadanos de las regiones para decidir qué medidas tomar contra los saqueos que los fascistas están haciendo.

—Eso es una locura, qué les pasa. Ustedes, “dos pollos” se van a enfrentar a la fuerza del ejército italiano. Están locos o piensan excitar a los fascistas para que destruyan todas las aldeas.

—De todas maneras están quemando las casas y tomando presos y fusilando a la juventud, yo creo que es mejor morir peleando que con las manos atadas; ellos han comenzado, tenemos que defendernos. Tú, ¿qué opinas, Novi? —preguntó Masan, mirándome con la esperanza de encontrar el apoyo en mi contestación.

—Desgraciadamente, no se puede remediar pacíficamente. Hoy los hombres no desean paz, parecen estar cansados de vivir bajo las reglas sociales, es como unas vacaciones para los chiquitos del colegio, y desean aprovecharla actuando contrario de lo que ha acostumbrado, desean hacer errores, quemar y matar.

—¿Cómo? Tú también, Novi, estás de acuerdo con esos mocosos para aventuras, yo te creía un hombre serio y de responsabilidad; qué conseguirán con las batallas. Acaso podrán detener a los fascistas para que no nos maten a todos.

—Eso es papá, les vamos a detener para que no nos maten más —contestó Masan afirmativo. Mientras el viejo andaba de una a otra pared, por la casa, agarrándose la cabeza, con cólera.

—No me agrada lo que pensamos hacer, señor Zvicer —dije, interrumpiendo a Masan—, todas las violencias son la ley del salvajismo; no es normal ni ofrece nada bueno. Hace pocas semanas yo fui sentenciado a muerte, aquella noche me encontré frente al hombre que sentía gozo en mi muerte, que le agradaba escuchar los sollozos, ver ahogarme en sangre, por ninguno pensé en la venganza, le aseguro, tampoco pienso ahora, pero tenemos nuestros seres queridos, nuestros hogares, nosotros mismos; nos duele perder todo eso, estamos obligados a defendernos.

—¡¡Yo no tengo pena por los fascistas!! —gritó el papá de Masan, poniéndose frente a mí con violencia, mirándome colérico. Les mataría a todos con un cartucho, si eso me sería posible, pero temo que se

enfurezcan y acabarán con todos, ¡oh Dios, qué va a suceder? —dijo el viejo, riéndose, vencido por la desgracia que había envenenado la mente del hombre.

En eso llegó la madre de Masan. Ella no sabía que nos preparábamos para participar en la batalla, pero al oír la discusión a voz alta del viejo, entró en el cuarto para enterarse de qué se trataba. Cuando nos vio preparándonos, corrió hacia su hijo, abrazándolo con furia. En pocos instantes la madre de mi amigo había comprendido que Masan se dirigía a pelear con el enemigo y a toda fuerza quería impedirlo.

—No me dejes hijo, quédate con nosotros, no te vayas —sollozaba la buena mujer, besando el rostro de Masan.

Perdimos regular tiempo hasta tranquilizar a la madre de mi amigo. Nos costó bastante trabajo, puesto que Masan era su único hijo y era difícil separarse de él. Por fin lo conseguimos, nos despedimos de ella y partimos. Aquel día viajamos hasta las once de la noche. El lugar al cual nos dirigimos estaba mucho y mi cuerpo no estaba recuperado todavía por completo. Entonces, decidimos anochecer en el bosque y allí esperar la presencia del alba. Nos acostamos sobre las hojas secas, debajo de un alto pino que parecía tocaba con su punta el cielo. La luna con sus rayos pálidos y blancos penetraba entre las tupidas ramas del árbol, parecía querer llegar hasta nosotros para acompañarnos y destruir la intranquilidad que nos alteraba. Ninguno habló. Los amargos pensamientos de: “¿qué sucederá al día siguiente?”, se apoderaban de nosotros. De vez en cuando la aguda voz del búho prorrumpía aquel tenebroso silencio. Allá en las alturas, las estrellas parpadeaban, parecían estar apuradas de llegar hasta nosotros y avisarnos de la existencia de un nuevo planeta, en el cual sus habitantes viven en paz sin guerras ni destrucciones. Por fin amaneció, el sol con sus rayos cálidos y luminosos empezó abrigar las cumbres de las montañas y colinas a nuestro alrededor.

—Vámonos —dijo Masan, mientras yo y Bozo permanecimos callados.

Después de algunas horas de camino, llegamos a un lugar sin muchos árboles y casi despoblado, una sola casa se encontraba en toda la región que nuestras vistas alcanzaban a ver. La casa no estaba mucho y se veían bastantes hombres a su alrededor.

—Parece que llegamos —dijo Masan, mientras observaba el pedregoso valle sin árboles.

Cuando nos acercamos, varios hombres salieron a nuestro encuentro unos saludaron a Masan y Bozo, mientras los otros observaban con curiosidad nuestra llegada. Entre los que vinieron a saludarnos, reconocí con sorpresa a un joven apellidado Koritich.

Años antes, cuando estudiaba en la academia militar, Koritich estaba en las clases superiores, en la misma escuela. Era un buen tirador, y esa común característica nos hizo amigos durante todos los estudios.

—¡¡Novi!! —gritó Koritich, sorprendido, abrazándome. ¿Por qué estás tú aquí? —me preguntó.

—Acaso no tengo derecho de venir a tu provincia —dije, sonriéndome.

—Sí... pero... que sucedió. ¿Por qué no estás con tu familia?

Cuando le conté mi amarga historia, Koritich se apenó profundamente, me contó luego las barbaridades que los fascistas cometían con la ciudadanía y me comentó brevemente la razón por la cual se efectuaba aquella reunión.

Apenas empezamos, pronosticaron resultados de la lucha, Koritich me advirtió que nuestro comandante es de carácter raro y desagradable y que no prestaba garantía para guiar aquellos delicados asuntos. A nuestra conversación se unieron Masan y Bozo, acordando todas las insuficiencias técnicas y humanas del comandante. Pocas horas después, el valle estaba lleno de hombres. Algunos de ellos portaban fusiles, pero la mayoría se encontraban sin armas.

Allá en aquel pintoresco y agradable lugar, bajo el despejado cielo y con sol veraneante, aquellos hombres se habían reunido para planear y escoger la forma más favorable que les permitiera matar a la mayor cantidad posible de hombres. Todos afirmaban creer en Dios, deseaban vivir, apreciar lo bueno, lo humano y honrado. Entre aquella multitud no se podía encontrar ninguno que no se horrorizara de la muerte. Sin embargo, todos se preparaban para efectuar la destrucción y trataban de acelerar la llegada de la muerte a sus semejantes por todos los medios que estuvieran a sus alcances.

Mientras eso sucedía en la montaña de Ostrog, allá en las ciudades de Danilov Grad y Niksich, los italianos fascistas, los hombres efectuaban igual preparación para matar a los seres humanos, lo mismo hacían los otros hombres por todas partes del continente. “Cuándo terminará esta brutalidad del hombre”, pensé en varias oportunidades. Mientras a mi alrededor, se comentaban, destacando los heroísmos conseguidos matando a algunos guerreros del lugar.

A las doce del día, más o menos, salió de la casa un grupito de cinco hombres y se dirigieron al centro de la muchedumbre. Uno de ellos, que era robusto y usaba barbas, subió sobre una piedra que tenía tal vez un metro de altura; de aquel sitio podía ver a toda la gente y dirigir su discurso con claridad; eso es lo que todo orador necesita.

Koritich me codeó. —Eso es el comandante —dijo, como burlándose.

—Vamos a escuchar que dirá —añadió Masan.

—Ya verán que bestia es —agregó Bozo, sonriéndose.

—Amigos, guerreros —empezó el comandante, con la voz ronca y aguda—, nos hemos reunido para decidir de una vez si vamos a defender nuestros hogares de los fascistas. Las bestias negras, que así les podemos llamar, piensan acabar con la ciudadanía, piensan destruir nuestros hogares que nuestros abuelos y padres han levantado a base de la sangre derramada contra los turcos durante más de cinco siglos. Nadie les ha llamado para que vengan a nuestra tierra, nosotros no hemos declarado la guerra a nadie ni hemos pensado entrar por la fuerza en Italia, entonces, ¿quién tiene la culpa de lo que sucederá, ellos o nosotros?

—“*¡Ellos son culpables!*”, “*¡Ellos!*” —gritó la muchedumbre en conjunto. *¡Pelearnos, lucharemos, ojo por ojo!*

Se entreveraban las voces, irritadas por todos lados. El barbudo orgulloso porque su oración afirmaba éxito, levantó su mano en alto, con la palma abierta moviéndola hacia adelante, como para interrumpir los griteríos y proseguir con su discurso.

—Entonces, mis amigos —continuó el comandante—, debemos formar los grupos y los comandos, no se puede luchar sin tener disciplina y orden. Ahora es necesario hacer la lista. Les ruego que cada uno pase por acá, para apuntar sus datos.

Un pequeño murmullo se escuchó entre la gente que empezaba a formar la fila. El barbudo se sentó en la misma piedra, abrió unas hojas de papel y empezó apuntar los nombres de los que pasaban. Al otro lado, dos jóvenes hacían lo mismo. Mazan, Bozo y yo pasamos frente al comandante, entonces pude observar con toda curiosidad aquel nuevo jefe, tenía ojos verdes, frente ancha, la cara larga, la nariz recta y corta, varias muelas de oro reflejaba debajo de sus densos bigotes que le alcanzaban casi a lo ancho de la cara. Tenía una mirada llena de salvajismo que con sus arrugadas cejas daba el aspecto de un hombre muy malicioso. Su concurso no me impresionó pues cualquiera de los hombres que se encontraban presente lo haría de igual forma, pero su personalidad me desagradó y empecé a creer las afirmaciones de Bozo y Koritich que opinaban de aquel hombre. Cuando pasé por su lado, le di mi nombre, él lo apuntó apuradamente, luego dijo:

—Usted, no es de acá, verdad.

—No soy de acá, señor —le contesté.

—¿De dónde eres?

—Soy de Kolasin.

—¿Y qué haces acá?

—Estuve herido hace un mes, me quedé en la casa de mi amigo Zvicer, ya que estoy sano deseo participar con mis amigos.

—Muy bien lo dices, pero no se sabe cómo lo piensas. Tal vez nos traiciones.

En eso Masan y Koritich saltaron hasta él como los tigres, agarrándole los hombros y sacudiéndolo, dijeron:

—Mide las palabras sargento, acá no es el cuartel y no ofendas a nuestros amigos, antes que conozcas su valor. Ahora esperamos que no se repita tu calificación, porque de lo contrario lo verás con nosotros.

—Tengan paciencia muchachos, yo solo bromeo, qué les pasa, ¡ah! que duro son sus sentimientos, suéltame y quédense tranquilos, ¿no puede uno soltar las bromas?

—Prosigue apuntando —dijo Koritich, tratando de controlar su ira.

Cuando terminaron de apuntarnos a todos, el barbudo se levantó diciendo:

—Somos noventa y cuatro, dieciocho tienen fusiles, doce revólveres, cuatro una granada de mano cada uno, siete tienen las escopetas y dos poseen las ametralladoras. Esos son los hombres que pueden actuar mañana frente a los fascistas, los demás podrán ayudarnos en otros asuntos mientras les quitemos las armas a los soldados italianos.

Masan, Bozo y Koritich tenían fusiles cada uno, a mí me dieron un revolver de fabricación montenegrina de los tiempos del siglo dieciocho. Se cargaba con cinco balas, era de tambor grueso y tenía su cañón como sesenta centímetros de largo. Los cuatro acordamos de no separarnos, y nuestra decisión comunicamos al comandante. Él nos miró largo rato, luego aceptó.

—Van a luchar juntos —preguntó, medio burlándose.

—Sí —contestó, Koritich.

—Ustedes no tienen práctica muchachos, los fascistas tendrán el blanco perfecto de sus cuerpos —nos reímos a toda voz y casi asustamos al barbudo; el comandante se mostró incómodo por nuestra risa despreciable, pero no hizo más comentarios.

—Formarán un grupo —dijo, poniendo la cara seria—, y espero que cumplirán las órdenes.

—De acuerdo, señor —contesté. Mis amigos contestaron lo mismo y nos pusimos a esperar las órdenes.

Aquel día pasamos formando grupos y unidades. Era sumamente difícil llegar a un acuerdo con los presentes. Ninguno quería separarse de sus familiares, amigos y compañeros. Resultaba pues, que un amigo tenía treinta hombres mientras otro estaba compuesto por tres. Casi al atardecer se terminó la formación, y las órdenes estaban listas para entregar.

CAPÍTULO CUARTO

La batalla

El día siguiente, amaneció nublado y las densas nubes negras se acumulaban en las alturas y amenazaba precipitar en lluvia.

El comandante mandó a un muchacho, avisando que cada jefe de los grupos se acercara a su despacho para planear las operaciones de la batalla.

Se sabía que los fascistas de Danilov Grad se preparaban para pasar el río Zeta y penetrar en las regiones cercanas de Piperi y Bjelopavli-chi. Nuestra misión era esconderse entre las peñas y pedregales, tratar de sorprender a los soldados enemigos y dañarlos con toda la fuerza posible. El jefe de mi grupo era mi amigo Masan y se dirigió con apuro donde el comandante mientras nosotros esperábamos las órdenes. Masan demoró tal vez media hora donde el comandante. Cuando regresó trajo un papelito en el cual estaba escrito lo que debería hacer el grupo. Unos minutos después, todos empezamos a caminar uno tras otro, todos cantaban con gozo y alegría, como si fuéramos a edificar una obra de extraordinario valor para la humanidad, parecía que nos dirigíamos hacia la paz y sentíamos gozo en la felicidad humana. Pero no era así. Nos había reunido, en aquel valle, el odio contra nuestro semejante, allí acordamos de luchar, a defendernos, a matar para no ser matados por los hombres. *“Que agradable estaría la vida si los hombres cultivasen la fraternidad”* —pensé en aquel instante.

Nos dirigimos por la parte montañosa de Ostrog. Al medio día empezó a llover, la densa neblina se extendía desde el río Zeta y se levantaba cubriendo todos los cerros y altura a su alrededor. Eso nos permitió ocupar las posiciones entre las aldeas Sekulichy y Brestoro sin ser descubierto por las observaciones italianas que vigilaban la región desde Danilov Grad. Nos ocultamos entre las piedras, cubiertos por la

hierba para esperar la llegada de los fascistas. Aquel día, ninguna unidad Italiana salió fuera de la ciudad. La lluvia prosiguió corriendo durante el día, pero apenas oscureció, cesó de caer; y mientras todos dormían a nuestro alrededor, nosotros esperábamos, sacrificando nuestros cuerpos, solamente para matar. Allí permanecimos atrincherados durante toda la noche.

Cuando amaneció, nuestra sorpresa fue inexplicable y torturadora. Largas colonias de soldados fascistas avanzaban hacia nosotros, los primeros que pasaron a nuestra orilla prendieron fuego a una casita vieja y abandonada que sólo servía para los pastores en primavera y otoño para protegerse de la lluvia y en invierno hacían hogueras en ella para protegerse del frío invernal.

Cuando entraron en las aldeas empezaron apresar y matar gente sin compasión, nunca antes imaginé que entre los humanos existieran seres tan crueles y sanguinarios; los fascistas encerraban en las casas a las familias enteras, las incendiaban luego, escuchando con todo placer los gritos de niños, mujeres y hombres que perecían quemados.

Mientras los soldados aplicaban las barbaridades a los aldeanos, la artillería de grueso calibre de las fortificaciones de Danilov Grad disparaba cientos de balas por minuto sobre nosotros. Koritich y yo habíamos acordado esperar para que los fascistas se acerquen lo más posible, para así sorprenderlos, desmoralizarlos y obligar que abandonen las aldeas.

Pasaron varias horas de horror que los fascistas cometían a la gente, pero no se alejaban todavía de la zona dominada por ellos totalmente. De pronto, la gruesa cantidad de soldados, que hasta entonces actuaban juntos, se dividieron en dos grupos, una parte se dirigió hacia nosotros, la otra se alejaba en la dirección donde se encontraba nuestro comandante Popovich. Masan y yo nos encontrábamos en las peñas, escondidos perfectamente, mientras Koritich y Bozo estaban alejados de nosotros y no tenían tanta posibilidad dominante, por el terreno, como nosotros. Ellos esperaban escuchar que nosotros empezáramos a luchar para luego acudir en nuestra ayuda, puesto que los enemigos deberían pasar cerca de nosotros.

Cuando los fascistas entraron en las aldeas, después de dividir su fuerza, los dos grupos se dispersaron en pequeños grupitos que se

componían en tres hasta diez hombres y empezaron a entrar en distintas direcciones. Dos de aquellos grupitos se dirigían hacia nosotros, Masan y yo decidimos esperarlos hasta que lleguen lo más cerca, luego procurar de tomarles preso, puesto que no nos agradaba la muerte de nadie.

Mientras los cañones bombardeaban por toda la región, las casas ardían y los seres humanos morían sin dar lástima ni piedad a los hombres que efectuaban todo eso. Los grupitos llegaron cerca de nosotros. Eran diez hombres en total y estaban armados con metralletas. Entre Koritich y yo se encontraba una suave quebradita, por la cual atravesaba un pequeño caminito. Dos lomas se elevaban a los lados de la quebradita, uno estaba ocupado por mí, otro por Koritich. Cuando los fascistas entraron entre nosotros, Koritich empezó a disparar, mientras yo gritaba que suelten las armas. Sucedió un milagro, ninguno de los soldados intento disparar, botaron las armas, levantaron las manos en alto y se agruparon en el centro del valle. Nos reunimos Masan, Bozo, Koritich y yo, rebuscamos los bolsillos de los prisioneros, por si escondían armas que luego podrían sorprendernos, y les ordenamos que caminen alejándose de la región.

El combate se efectuaba por toda la región y los bombardeos de artillería no permitían dar un paso libre. Estábamos obligados a proseguir caminando a cualquier precio. Los enemigos se acercaban por todos lados, estábamos en peligro de que nos acorralasen. La batalla duró todo el día, cuando oscureció se calmó un poco, pero nadie estaba seguro de que podríamos estar seguidos por la mira de un fusil. No teníamos comunicaciones con el comandante, para saber cuáles eran sus órdenes. Temíamos que los traidores ayuden a los fascistas y lleguen en silencio hasta nosotros, por eso decidimos alejarnos hacia la montaña Prekórnică para comunicarnos con nuestro jefe, atamos las manos de nuestros presos y empezamos alejarnos.

Cuando amaneció, nos encontrábamos pasando la montaña de Ostrog y alejados bastante de la región afectada por los combates. Al medio día, vimos un hombre que pasaba apuradamente cerca de nosotros, Koritich lo detuvo, lo interrogó y descubrió que era el mensajero de nuestro comandante. Nuestro jefe había abandonado los combates muchos antes que nosotros y se había alejado al centro de la montaña Prekórnică. Se acomodó en las cabañas de veraneo y envió aquel mensajero para que investigue y tenga noticias sobre nuestro destino.

—Si nos hubiéramos confiado para que nos guie Popovich, estaríamos ya en las cárceles o muertos, tal vez —dijo Koritich, mientras escribía una información.

—No nos confiaremos de él nunca —añadió Masan.

—Trabajaremos bajo nuestra responsabilidad, que eso es lo mejor —agregó Bozo.

—¡Escuchen!, les voy a leer los informes para nuestro jefe —dijo Koritich, cuando terminó de escribir—: *“Señor comandante, durante el día de ayer hemos efectuado los deberes según las órdenes dadas por usted; hemos detenido durante varias horas toda la fuerza de los fascistas que han cruzado el Rio Zeta hacia nuestro lado. No hemos tenido tiempo para comunicarle antes de lo ocurrido. Durante los combates, hemos tomado diez prisioneros que los tenemos con nosotros ahora. No tenemos bajas ni heridos. Nosotros y los prisioneros sentimos hambre, urge encontrarnos para solucionar el problema”*.

—No te parece muy suavecito ese informe Koritich —preguntó Masan.

—Es bastante ligero, pero mejor será hablar en persona con el imbécil ese, nunca con él se conseguirá nada bueno.

—Pero, ¿por qué lo odias tanto? —interrumpí yo la conversación de Koritich.

—Huumm ¿Por qué?... Pues, tanto me exiges que te lo diré..., les voy a contar para que todos sepan la historia de nuestro jefe. ¡Escuchen!, durante la primera guerra mundial, el comandante, aún joven se incorporó a las filas de los austriacos y alemanes, que en ese entonces ocupaban nuestro país. Todo el tiempo mientras permanecieron los ocupadores, el comandante les siguió espionando a los vecinos, y vendiendo a los ciudadanos que expresaban deseo de ser libres. Más de una docena de nuestros aldeanos fueron ahorcados por culpa de nuestro actual comandante. Cuando la guerra terminó y nuestro pueblo fue obligado para unirse con Serbia, el comandante, para evitar de ser juzgado por los crímenes cometidos, se presentó al servicio de la dinastía Karadjordjevich, donde el rey Pedro Primero le dio un servicio secreto: el espiar al pueblo Montenegrino de nuevo. Así, nuestro comandante consiguió su grado de

sargento de policía Real y la confianza en el gobierno de Serbia. Se casó dos veces. Con la primera esposa no tuvo hijos, vivió con ella cuatro años, siempre peleando, hasta que una noche la pobre desapareció del hogar. Entre los vecinos se cree que la ha matado, escondiendo su cadáver luego. Pero nunca nadie supo su destino, ni las investigaciones, ni el juez logró esclarecer el caso. El comandante dice que su esposa había salido de compras hacia la ciudad aquella noche, cuando desapareció, pero eso no fue confirmado. Los viejos campesinos le temen, por eso le han escogido para jefe de operación, pero no lo vamos a soportar.

—Antes que se vaya con los fascistas, debemos darle una lección —interrumpió, Bozo.

—¡No!, eso no. A nadie se le debe quitar la vida; pero debemos escoger algún otro hombre para que nos guíe —dije, mientras observaba la tristeza que agobiaba a los prisioneros.

En eso uno de los fascistas empezó a gritar y sollozar, ninguno de nosotros sabía hablar italiano y no entendíamos la queja del fascista.

—Está suplicando que le perdonen la vida, tiene esposa y cinco hijos, dice —pronunció en idioma yugoslavo, uno de los fascistas.

Me sorprendí sumamente de escuchar que uno de ellos entienda nuestro idioma, y también me alegré, puesto que me gustaría mucho conversar con aquellos soldados.

—Por qué usted no habló antes con nosotros, amigo —le pregunté.

—Los amigos no se tratan así, señor —contestó—, no tenía necesidad de hablar de nada —añadió.

—Ustedes como tratan a los prisioneros —pregunté.

—Los matamos al instante, antes que la Cruz Roja sepa de ellos y los defienda.

—¿Y por qué hacen eso, les gusta matar?

—A mí, no, pero a los demás, veo que sí.

—Entonces, por qué no te vas a otra parte, a trabajar en la fábrica, en depósitos, cargar cosas, para no estar en las filas donde uno está expuesto para matar.

—Y usted, ¿por qué no hace eso señor?

—Pero a mí me gusta matar —le contesté.

—No es cierto, si le gustaría matar, usted pudo matarnos a todos ayer, ¿por qué no lo hizo?

—Los quería vivos para conversar con vosotros, para preguntarles: ¿por qué queman nuestras aldeas, qué conseguirán con eso?

—Mi opinión es que con eso aumentamos más muertos, pero no todos opinan así —contestó el preso.

—¿Tiene usted familia? —le pregunté.

—Si tengo dos hijos, esposa, madre y una hermana, viven en Pola.

—No te agradecería que los maten, ¿verdad, ah?

—No diga usted eso. Qué quiere que haga. Los que se satisfacen con las matanzas, ordenan a efectuar esa destrucción humana, y, ¿qué se puede hacer? Si hubiera algún otro planeta para vivir, abandonarían la Tierra una cantidad de habitantes sólo por escapar del hombre.

—¿Por qué viste camisa negra? —le pregunté.

—Así me han ordenado, señor, yo no lo sé. Dicen que es signo de fascismo, y que el fascismo quiere la paz, yo también deseo la paz, por eso lo acepté, ahora cuando es ya tarde veo que no hay paz, nadie lo desea, nos satisface matar. Si yo devolviera esa camisa, me matarían los otros —dijo el soldado, mientras su compañero proseguía sollozando como un niño, permaneciendo arrodillado.

Tanta lástima sentí por aquel hombre que lloraba que conmovió todo mi ser. Me levanté, corté la soga que amarraba sus manos y le dije: —¡váyase, anda vete! —. Mis compañeros se sorprendieron pero no dijeron nada. El soldado tomó mis manos, empezó a besarlas bañando con lágrimas. Luego miró a sus compañeros como despidiéndose de ellos y partió. Nunca supe si llegó o no a Danilov Grad donde se encontraba el comando superior italiano, y que distaba varias horas de camino.

—Es usted buen hombre, gracias —dijo el italiano que hablaba mi idioma.

No le contesté, mi ser se conmovió de tristeza al pensar por qué no se puede vivir en paz. Qué se gana con las peleas. Acaso no existe una forma agradable de vivir en la Tierra, o tal vez, no les agrada la paz a los humanos. Proseguí pensando, preguntándome.

—Tal vez has hecho mal de soltar a ese hombre —dijo Masan, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Los otros morirán de pena al ver que se quedan.

—Tal vez mañana liberemos a todos, tenemos que hablar con ellos y convencerlos de que no salgan fuera de la ciudad, que no martiricen nuestra gente y que traten de no aumentar más víctimas. Ellos al regresar a sus comandos deben hablar con sus superiores, explicarles que nosotros no deseamos las peleas, pueden vivir en la ciudad sin que salgan a los alrededores para quemar las aldeas.

—El más fuerte arreglará la guerra, amigo, y mientras tanto es inútil toda filosofía por más sana y buena que sea, nosotros estaremos luchando hasta entonces, no hay otro remedio —interrumpió, Masan.

La noche se acercaba a cada instante. En aquellas montañas el frío nunca escasea, por eso nos pusimos a recoger leña y preparar un par de fogatas para abrigarse durante la noche, puesto que la tierra estaba húmeda de la lluvia que acababa de cesar. Mientras acomodábamos la leña de aquí a allá, el cielo se despejó. Estaba lleno de estrellas que brillaban, parecía no incomodarse por los remolinos sangrientos que los hombres estaban efectuando en la Tierra.

Así pues, formamos dos grandes montañas de leña y le prendimos fuego. Una de las hogueras designamos para los prisioneros, la otra utilizamos nosotros. Dos de nosotros permanecemos despiertos haciendo la guardia, mientras los otros dos dormían, nos turnábamos cada dos horas.

CAPÍTULO QUINTO

El comandante

Cuando amaneció el cielo estaba ligeramente nublado. Era el principio de otoño y las pintorescas alturas y valles cambiaban su color verde agradable por un amarillo pálido que provocaba tristeza.

La naturaleza aplicaba su invariable ley sobre ellos, por el cual todo lo que existe está condenado a ascender hasta un determinado límite, descendiendo luego enseguida hasta desaparecer. Me desagradó bastante aquel cambio, pero acordándome de que nada es invariable y que nosotros mismos sufrimos las variaciones durante la existencia y que muchas veces odiamos el mañana, lo que hoy estamos apreciando o al contrario; me apacigüé y proseguí a prepararme para partir enseguida a reunirnos con el comandante.

Eran las ocho de la mañana cuando empezamos a introducirnos en la pedregosa región de la montaña Prekórnic. Caminamos casi todo el día sin descansar. Al oscurecer, llegamos a un valle pedregoso, poco poblado con árboles y rodeado por los altos cerros poblados mayormente con pinos rojos y arbustos. Casi en el centro de la pampa, entre las peñas que blanqueaban, se encontraban algunas cabañas por cuyos techos salía el humo en columna, torciéndose al salir por la presión del viento, desapareciendo luego entre las nubes que se acumulaban en la atmósfera.

—Será el campamento del comandante —preguntó Koritich.

—Habrá que averiguarlo —contestó Masan.

—De acuerdo —interrumpí las ganas de Bozo que se preparaba para discutir.

—Que vaya uno, y averigüe de cerca, y si el comandante ocupa las cabañas que dispare una vez al aire, pero si algunos otros soldados

son huéspedes del valle, que nuestro espía regrese enseguida para tomar las medidas necesarias.

—Yo voy —dijo Bozo, levantándose.

—¡De acuerdo! —contestamos, casi entonando la palabra.

—Esperamos tus señales de regreso —agregué, mientras mi compañero se alejaba de nosotros.

Media hora después, oímos un disparo de fusil. Era la señal acordada con Bozo, asegurándonos que el comandante ocupaba las cabañas. Estábamos regular cansados, pero la señal favorita nos dio bastante ánimo, y proseguimos el viaje con ganas. Cuando llegamos entre las cabañas ya era de noche. Las densas nubes cubrían el cielo y cumbres de las montañas haciendo aún más oscura aquella noche otoñal. Los soldados que vigilaban el campamento nos ayudaron a acomodarnos, decidieron una de las cabañas para los prisioneros, nosotros nos repartimos con los demás compañeros que allí se encontraban. Masan y yo nos acomodamos en una cabaña, mientras Koritich y Bozo en la otra; organizamos la vigilancia de los prisioneros y nos pusimos a descansar. De pronto, entró un joven de aspecto alterado en nuestra cabaña.

—¿Quién es Novi? —dijo, mirando con interrogación a su alrededor.

—Yo soy —contesté, levantándome de mi reposo.

—El comandante desea verlo señor —agregó el muchacho.

—Voy enseguida —dije, y empecé a prepararme.

Cuando me acerqué a la cabaña del comandante varios soldados me rodearon. Me enseñaban por donde debo caminar, controlando todos mis movimientos; uno de ellos abrió la puerta y casi me empujó adentro. Mientras caminaba entre los soldados me di cuenta que nuestro comandante no proseguía con honradez y por eso se aseguraba utilizando un grupo de soldados como guardaespaldas. *“Por qué tanta vigilancia encontrándose en un lugar tan apartado y entre los compañeros con los cuales luchaban por la libertad”*, pensé, mientras cruzaba el dintel de la puerta. Otro vigilante me recibió al entrar en la cabaña y me señaló un banquito en el cual debía sentarme. Al fondo se encontraba nuestro jefe.

A su lado derecho estaba sentado un hombre de edad, madura y corpulento. Entre ellos, sobre un banquito rústico y sucio estaba una botella que contenía aguardiente y una copa. Al otro lado estaba Koritich parado, y junto a él un vigilante. Me extrañó tanta censura, quise protestar pero como me encontraba como huésped entre los hombres desconocidos, me sentí sin derecho de hacer amonestaciones de ninguna clase. El comandante me extendió su mano.

—El señor es el general Blazo —me dijo, enseñándome con la mirada al hombre que estaba sentado a su lado. Yo les saludé militarmente y proseguí parado.

Unos minutos después, el comandante dio señal a los vigilantes, ellos salieron de la cabaña cerrando la puerta tras de sí. En el interior de la cabaña quedamos Koritich, el comandante, el general y yo.

—Siéntense, ordenó Popovich —nosotros obedecemos enseguida. Por el proceder del comandante sospeché que algún desagrado sentía nuestro jefe y que se preparaba para descargar toda su ira sobre mí. No sabía de qué se trataba, analicé todas mis actuaciones desde que entré bajo sus órdenes y a mi parecer no encontraba nada malo.

—Éste es nuestro nuevo colaborador —dijo el comandante, dirigiéndose a su compañero sentado a su lado—. Es oficial de alto grado y yo deseo entregarles mis obligaciones, pero antes quiero agradecerles por la buena actuación de los combates del día pasado. El general nos ha obsequiado dos medallas de honor y quiero repartirlas entre ustedes.

Sacó luego un pequeño maletín, lo abrió y extrajo dos medallas designadas por méritos mayores en el ejército. Las medallas estaban acompañadas por un papel en el cual estaba escrito la designación, nuestros nombres y el mérito por el cual se merece la condecoración. Aquellas palabras traspasaron mi mente, alterando con un sentir amargo hasta la última célula de mi ser. Durante mi niñez y luego en las escuelas, en mi familia y de los maestros aprendí que matar, odiar y hacer daño al prójimo es pecado, es un acto despreciable por Dios y por el hombre, que merece castigos y reparación espiritual, pero mi comandante esos actos elogia, los estima, los declara honorables y quiere premiarlos. Si matar, destruir y dañar al prójimo no es crimen, entonces para qué sirven las leyes, las Biblias y las reglas sociales. Son bultos de papeles que el hombre escribió para ensayar como deberíamos portarnos durante la

vida terrestre pero no para realizarlas. Me estremecí de espanto y sentí miedo.

—Yo no quiero la medalla, le agradezco por su atención, pero eso no me agrada —contesté, con voz casi temblante.

—¿Qué dices? —preguntó el comandante sorprendido.

—No acepto la condecoración mi comandante —le repetí.

—¿Por qué?

—La condecoración es insignia honorífica, yo no he hecho nada honorable ni bueno.

—Tú estás loco Novi, ¿qué te sucede?

—Gracias, mi comandante, pero no necesito elogios por matar.

—Entonces, ¿desobedeces las órdenes de tu superior?

—Mi familia y la religión me han enseñado que dañar a los humanos es crimen, es pecado. Yo respeto aquella educación.

—Acá se trata de heroísmo, los abuelos están rezando, pero si nosotros los hombres no defendemos esta libertad, los enemigos destruirán todos nuestros derechos.

—Está bien. Estamos defendiendo pero estamos conscientes que hacemos mal al mismo tiempo.

—¡Déjese usted de predicar tanto! Si Dios se opondría contra quien mata en defensa, todos los guerreros hubieran desaparecido hace miles de años.

—¡Que bien si lo haría!, entonces ahí viviríamos en paz —contesté.

—Con eso nada tiene que ver la religión hijo, todos nuestros abuelos y padres vivieron así, es deber del hombre —añadió, aquel hombre que mi comandante lo presentó como general.

—Considero que la religión es la base de la sociedad, es la fe de existir, y aquel que daña a los humanos no es digno de elogios, más bien debería padecer del sentir humano. ¡Si yo hubiera hecho alguna obra que es útil para la humanidad, con todo agrado recibiría toda clase de honorificaciones, pero, recibirlas por matar, por quemar, por tomar

presos y quitar la libertad a mis prójimos, no, eso es indigno! —contesté colérico.

—Entonces, tome usted Koritich su medalla y le felicito, ya que su amigo es un hombre incapaz de llevar la condecoración.

—Yo no la quiero tampoco, mi comandante.

—¿Cómo, tú también?

—Sí, señor, no hacemos nada humano para recibir medallas.

—Ayer ustedes tomaron presos a diez soldados enemigos, ¿eso merece un elogio!

—Por capturar diez hombres nos ofrece usted una medalla. ¡Cuántos hombres debemos matar para recibir una cruz, tal vez cien o mil!

—Dígame mi comandante —preguntó Koritich, con tono de burla—, ¿cuántas medallas nos daría por destruir una nación con las vidas humanas...?

El comandante enrojeció de ira, tiró las insignias en el maletín, cerró la tapa y colérico dijo: —¡Nunca antes vi dos imbéciles, semejantes, son como dos magdalenas, sirven para llorar y predicar los evangelios, no valen para nada más! Creen mucho en Dios, pero si nosotros con la lucha no defendemos nuestros hogares, los fascistas los quemarán con mayor satisfacción; ustedes no se dan cuenta de que Dios de vez en cuando se va de vacaciones, entonces los hombres aprovechan para hacer la guerra, ja, ja, ja, ja —se rió Popovich, a carcajadas.

—¿¿Dónde están los prisioneros?! —preguntó luego, poniéndose serio.

—Están en una cabaña —contesté.

—Eso ya es falta grave, Novi. Nuestros compañeros permanecen afuera con tanto frío, mientras tanto los fascistas en la cabaña, como huéspedes de honor. ¡Sáquelos inmediatamente, que desocupen la cabaña en este momento! —repitió el comandante varias veces.

—¿Cuántos son? —preguntó al tranquilizarse.

—Nueve en total —le contesté.

—¿Cómo, pero en su informe dice diez?!

—Sí, mi comandante, habían diez, uno solté anoche para que se vaya, lloraba demasiado no pude escuchar tantos llantos y lo solté, los demás están aquí.

—Sabe usted Novi, que su hecho es crimen y que debe ser juzgado por el juez de guerra. ¡Ningún preso puede ser liberado sin ser juzgado!! ¿Sabes? —dijo con voz alta.

—Hace rato, usted quiso condecorarme por haber matado y tomado presos a los humanos, ayer, y ahora, quiere castigarme porque he salvado una vida. ¿Qué clase de hombre es usted, señor?! —dije colérico; pues aquella acusación y burla de los hechos que favorece a la humanidad me hirieron en el alma, no pude aguantar más y empecé hablar con voz fuerte—: ¡Lo solté, porque deseaba vivir, los guerreros le habían obligado a tomar el arma y aprender a disparar, apuntar en el cuerpo de los humanos y matar!! ¡Yo no traje a esos hombres para quitarles la vida! Los fascistas tienen cientos de nuestros jóvenes encarcelados. Entonces, haremos cambios, les daremos nueve de sus hombres a cambio de veinte nuestros. Así haremos doble bien, habremos salvado las vidas de nuestros jóvenes, y al mismo tiempo perdonaremos a los que tenemos prisioneros.

—¡Buena idea! —interrumpió el general. Así haremos, joven, ahora usted piensa en serio.

—Mañana veremos —agregó el comandante, dándome señal con la mano para abandonar la cabaña.

Koritich me miró con el propósito de entender mi decisión, no di ninguna señal a mi amigo. La conversación con el comandante me encolerizó, porque descubrí que aquel hombre que llevaba la confianza del pueblo no era nada más que un bandido que trata de satisfacer su deseo a cualquier precio y de cualquier modo.

Salí de la cabaña sin saludar ni interesarme por la corrección. Koritich me siguió. Cuando nos alejamos de los guardianes que estaban en la puerta Koritich empezó a conversar.

—¿Qué opinas Novi? —dijo—, por qué el comandante Popovich nos ha ofrecido condecoraciones.

—Porque se encuentra solo y no confía en sí mismo, entonces piensa ganarse nuestra simpatía ofreciéndonos las medallas.

—Logré saber que ha mandado una patrulla a las aldeas, pidiendo que los aldeanos traigan los alimentos, amenazando con pena de muerte a aquel que no cumpla.

—¿Y por qué tú no has discutido con él, ahora, o estás de acuerdo con esas brutalidades?

—No estoy de acuerdo, pero si quieres regresaremos para advertirle que no lo haga.

Cuando llegamos a nuestra cabaña, allí encontramos a Masan y Bozo, que esperaban saber las novedades ocurridas en la cita con el comandante.

—¿Qué hay de bueno? —preguntó Masan, sonriéndose, parecía haber escuchado toda la conversación—. Seguramente quiere fusilar a los presos —continuó Masan.

—Sí —contesté—, quiere eso y muchas barbaridades más, parece que ha enviado algunos compañeros a las aldeas pidiendo que los aldeanos traigan comida y bebida, y lo que es peor, amenazó a cada aquel que no traiga víveres con ahorcarlo; creo que un hombre, amigo de la humanidad, no procede así.

Mientras mis amigos discutían los acontecimientos, yo me acosté sobre unas tablas con el propósito de descansar. El sueño se apoderó de mí enseguida y permanecí durmiendo hasta el día siguiente. Cuando me desperté era de mañana. Una bulla rara, parecida a la del mercado llegó primero a mis oídos. Me levanté y salí a la puerta para investigar que sucedía. Al salir encontré varias mujeres, muchachas y muchachos reunidos en un círculo en el centro de la calle. Aquella gente cumplía la orden del comandante Popovich trayendo los víveres, sufriendo varias clases de sacrificios. Corrí para entrevistarme con ellos, pedirles perdón y decirles que en el futuro no harán caso a las estúpidas órdenes de esta clase, pero, no me dejaron hacerlo. Toda la muchedumbre estaba enojada, me miraban con desprecio; dejaban lo que habían traído y se

regresaban enseguida. Quise conversar con mi amigo Masan pero no le pude encontrar.

—Tus amigos están en el despacho del comandante —me dijo un hombre que yo no conocía su nombre, le agradecí y salí para encontrarme con ellos, con el propósito de advertir al comandante que no torturara más a la población que esperaba de nosotros la protección.

Cuando me acerqué a la cabaña, donde se encontraba el comandante, escuché discutir a voz alta:

—¡¡Una vez más, si se repite algo así, reuniré a toda la población y te ahorcaremos!! ¡¡El pueblo es una cosa sagrada, nosotros podemos aguantar hambre, sed y frío porque estamos luchando y decididos defender a nuestra gente, pero no quitarles los únicos bocaditos de comida!! —decía Koritich, casi gritando.

—A mí eso no me interesa, si quieren que los defendamos que nos den de comer, sino, ¿cómo viviremos?

—Por eso, debemos proceder con otra forma, sin amenazas. Entonces, los aldeanos se encuentran entre dos enemigos, sin saber cuál es peor, nosotros o los fascistas —agregó Masan.

—Amenazar es la mejor manera para que todos obedezcan las órdenes, no hay otra con mayor eficacia —dijo el comandante.

—¡Procure no hacer más cosas semejantes!, señor comandante, recuerde que el pueblo es la causa sagrada por la cual estamos luchando —advirtió Koritich al comandante, mientras salía de la cabaña.

—¿Qué sucede? —le pregunté cuando salió.

—Vine a dar una lección a nuestro jefe, pues si procediera así, tendrá que vérselas con el pueblo.

La repartición de aquel alimento no se efectuó, ningún hombre se acercó para recibir su porción. El comandante se llevó lo mejor posible y el resto permaneció varios días pudriéndose en el mismo sitio.

Dos días después, los aviones fascistas volaron sobre nosotros a baja altura, debía de esperarse la llegada de la tropa enemiga para ata-

caros, pero no pasó así. Al día siguiente, los fascistas llegaron con los aviones arrojando todas las clases de alimentos en la quebrada. Botaron, luego, miles de volantes en el cual el comandante de la tropa italiana solicitaba que no matemos a sus soldados capturados; que le demos de comer y que tratemos de llegar a un acuerdo, efectuando las conversaciones en el lugar y hora que nosotros decidamos con los representantes fascistas. Al ver que los bombarderos fascistas nos habían ubicado, corríamos el peligro que en cualquier hora pudieran atacarnos por tierra o desde el aire, entonces decidimos abandonar aquel lugar, dirigiéndonos al norte de la montaña Prekórnic.

Aquel mismo día, cargamos todos los alimentos que podíamos llevar y partimos. Durante el camino encontramos un puquial en un lugar poblado de bosques que nos protegía de ser descubiertos por la aviación. Decidimos una delegación para negociar con los italianos, presidida por el mismo comandante Popovich y su compañero Blazo. Allí decidimos acampar, esperando el regreso de la delegación, la cual debía regresar en el curso de dos días. Tres días esperamos el regreso de nuestros negociadores sin obtener noticias de ninguna clase.

En la mañana del cuarto día, llegó un joven trayendo una carta cerrada en sobre sellado y dirigido a nombre de Masan. Examinamos el sobre con la máxima precaución, pues los fascistas acostumbraban enviar bombas de tiempo en formas de lapicero, y otros objetos de bolsillo que ocasionaban daños considerables. Abrimos la carta y empezamos a leer el contenido: “Señor Zvicer” —empezaba el escrito—, “*Les comunico que he llegado a un acuerdo muy favorable con el comando italiano. Nos van a devolver veinticinco jóvenes que nosotros nombremos a cambio de los soldados que tenemos presos. Además, nos prometen no saquear en el futuro ninguna aldea en la región. En base de lo acordado, les ordeno que me envíen los fascistas apresados, asegurándole la garantía de los aldeanos con nuestros compañeros. Designe entonces a todos hombres, ya que ahora tienen armas que cuidan a los presos, hasta traerlos al puente sobre el río Zeta, frente a Danilov Grad. Allí esperaremos, yo y Blazo, con los soldados italianos desarmados. No tengan miedo, las cosas van bien y espero arreglar muchas cosas más favorables*”.

—Qué habrán planeado —dijo Masan, terminando de leer.

—Algo favorable para ellos —contestó Koritich—. Que nos devuelvan nuestros compañeros que se encuentran en la cárcel, luego que hagan lo que quieran. De ellos no se puede esperar nada bueno, están acostumbrados a vivir dañando a otros.

Designamos veinte compañeros. Koritich se ofreció dirigirlos. Les entregamos los prisioneros, y se fueron. Al cabo de tres días regresó Koritich solo. Me sorprendió su llegada de esa forma, y corrí a entrevistarlo apenas me avisaron de su llegada.

Lo encontré sentado, apoyándose de espalda sobre una roca. Tenía la cara pálida, fumaba y demostraba sentir una tortura horrible en su alma. Mi llegada no le causó ninguna impresión. —Hola —dijo, y prosiguió fumando.

Era la tarde de ese día, el sol se ocultaba detrás de las montañas acercándose al horizonte, abandonándonos en la oscuridad nocturna. La honda preocupación de Koritich aumentaba aún la tristeza en la despedida de aquel día.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunté—. ¿Por qué estás así?

—¿Y cómo quieres que esté?

—Cuenta lo que ha sucedido, para remediarlo si es posible.

—No hay remedio, Novi. ¡Hemos sido traicionados!

—¿Traicionados?! ¿Por quién? ¿Acaso Popovich nos engañó a todos?

—Es increíble, pero es cierto. Nuestro comandante se acopló a los fascistas, en lucha contra nosotros. Dice que lo hace para ayudarnos y proporcionarnos datos favorables para la lucha, pero eso son sólo cuentos de consuelo, nada hará. Cuando llegamos al puente —continúo Koritich—, allí no había gente. Después de un rato llegó un camión al otro lado del Río y un automóvil, en el centro estaban, Popovich, Blazo, un comandante fascista, dos soldados y el chofer. Todos se reían en perfecta armonía. Cuando les entregué a los prisioneros, pensé que me matarían, me miraban con los ojos llenos de odio. El comandante luego me dijo: “Vete joven, acuérdate bien, no intentes de atacar a los italianos, hoy te perdono la vida, pero si empiezas a fastidiar con tus luchas, les aseguro que ajustarás cuentas conmigo mismo”. El proseguía hablando,

pero yo no le escuché más, me alejé corriendo antes que reaccionara tal vez de otra manera.

—Entonces, no liberaron a los muchachos que hemos esperado recuperar.

—No creo, porque los hubieran traído al recoger a los suyos.

—Qué te parece, reunimos a la gente para discutir con ellos el caso, alguna vez resulta bien escuchar opiniones de la mayoría. Además deben saber la verdad.

—Estoy de acuerdo —contestó Koritich, mientras encendió su cigarro.

CAPÍTULO SEXTO

El desorden

En pocos minutos todas las guerrilleras de hombres estaban reunidas. Había tal vez cincuenta hombres en total y todos estaban muy preocupados. Koritich llegó entre nosotros y empezó hablar, diciendo:

—La actitud del señor Popovich ha sorprendido a todos, puede ser que nos equivoquemos, pero es sumamente difícil de creer. Puesto que él no tenía porqué quedarse entre los fascistas. Hemos sufrido un engaño y traición, pero tal vez es mejor que así haya sucedido, creo que en el futuro analizaremos mejor a los candidatos antes de elegir a los dirigentes.

—Yo, desde el primer momento noté que Popovich no era capaz de respetar la fe del pueblo, en varias ocasiones ha demostrado no poseer nada del sentir humano, pues, aquel que carece de pensar y actuar en bien al género humano, es capaz de cometer todo lo que cualquier animal silvestre. Nada conseguiremos de calificarlo, Milos Popovich es como es, no lo conocemos desde sus primeras acciones en la sociedad, le gusta ser deshonrado y sucio, él no cambiará, nos traicionó sin meditar mucho, entregó a los presos sin remplazo, los muchachos que acompañaron a los presos también los entregó a los fascistas y se quedó asegurado con el enemigo. Urge pues compañeros tomar las medidas para salvarnos de las represalias que el enemigo tomará contra el pueblo, eso vosotros decidirán cómo. Vámonos a las casas, que se esconda cada uno como pueda.

“¡¡No vale la pena de luchar!!”, gritaron varios hombres, repitiendo varias veces lo mismo. En pocos minutos se originó un desorden completo entre los hombres presentes. Se dividieron en grupitos, familiares, conocidos y amistades, y empezaron a irse en distintas direcciones.

Una hora después, sólo se encontraban diez hombres con nosotros, Masan, Bozo y Koritich, decidimos tener comunicaciones a diario y observar para evitar cada saqueo y entrada de los fascistas en las aldeas. Acordamos entonces mantener guardia permanente en las colinas que dominan y prestan posibilidad de observación de los movimientos fascistas de Niksich y de Danilov Grad.

Nos dirigimos luego hacia Stubica, pensando en reunir a los lugareños de nuevo y organizar la vigilancia permanente para evitar que nos sorprendan las patrullas fascistas, antes que nos alejemos de los hogares.

Viajamos toda la noche, los hombres se dirigían a sus casas, se alejaban de la colonia sin despedirse de nadie. Cuando amaneció nos encontrábamos cerca de Stubica pero nuestro grupo estaba reducido a mis compañeros Masan, Bozo, Koritich y cuatro hombres más. Comprendí entonces que en aquella región nadie se decidía a luchar, me agradaba aquella decisión, pero en ese entonces era muy necesario.

Nos encontrábamos en un caos que alteraban los hogares humanos y todos estábamos obligados a participar en la turba. “*¿Por qué no hay algún lugar en la tierra donde se pueda vivir en paz?*”, pensé en aquel instante.

Nos dirigimos hacia una casa que se encontraba en nuestro camino, decidimos allí descansar toda la tarde y luego hablar con los aldeanos para reunirnos. Las casas en aquellos lugares distan entre sí bastante y la comunicación no se puede tan pronto efectuar. El dueño de la casa, (siento no recordar su nombre), era un hombre muy comprensivo. No demostraba poseer la instrucción intelectual pero era bastante astuto y razonaba mucho antes de hacer una cosa. Tenía su esposa y tres hijos de pequeña edad. Nos ofreció la casa y procuró ayudarnos en todo lo que estuviera a su alcance. Se preocupó por avisar a los pocos aldeanos que había y les explicó el motivo de la reunión.

Cuando anocheció la casa se llenó de gente, había allí mujeres, hombres y niños, todos les interesaba vivir en paz y no dañar a nadie, pero como eso era imposible en aquel tiempo se preparaban para luchar contra el invasor que destruía su tranquilidad, amenazando con la destrucción de sus hogares.

En la reunión hablaron Koritich y Masan. Los presentes aceptaron participar en la vigilancia de las aldeas pero no se comprometieron de atacar a ninguna unidad enemiga mientras permanecían sin represalias.

Se organizó la autoridad de la aldea, el comando de los vigilantes y se fijaron las reglas que deberían respetarse durante el servicio. En aquella organización yo no acepté ocupar ningún puesto de responsabilidad, mis heridas habían sanado y pensaba viajar a mi pueblo al amanecer, a pesar que Masan y Bozo se oponían a mi decisión. Tanto nos habíamos encariñado durante pocos días, que parecíamos haber crecido juntos desde el nacimiento.

A la media noche terminó la reunión, ya todos sabían las obligaciones y se dirigieron a sus hogares. Nosotros decidimos permanecer durante el resto de la noche en la casa de nuestro amigo y en la mañana temprano partir para Ozziniche. Me agradaba descansar en la casa de mi amigo Masan, donde había recibido tanto cariño durante mis torturas, después de ser sentenciado a muerte. Cuando amaneció, la mañana nos trajo una sorpresa inolvidable y honrosa.

CAPÍTULO SÉPTIMO

En la cárcel

Durante la noche, mientras nosotros discutíamos la difícil situación que amenazaba cada día más y más destruir nuestras familias y hogares, los fascistas, con la ayuda de algún traidor perseguían nuestros pasos.

En las primeras horas del día, llegaron a la aldea y sitiaron la casa en la cual nosotros estábamos descansando. Cuando apareció el alba, los severos golpes en la puerta fueron nuestro despertar, por las ventanas, los cañones de metralletas dispararon lluvias de balas, estremeciendo nuestro ser, que pasaban por encima de nosotros perforando la pared hasta el otro lado.

¡¡Quietos, no se muevan!!, gritaban los soldados fascistas en idioma Yugoslavo. Toda la familia y nosotros nos pegamos al suelo sin movernos, cuatro fascistas golpeaban a cada uno con las culatas de sus fusiles, nos hicieron levantarnos con las manos en alto y nos agruparon en un rincón de la casa. Los niños empezaron a llorar asustados pero pronto los golpes y maltratos les hicieron callar, su madre gritó, defendiendo a sus hijos, un fascista la golpeó en la nuca, le hizo derrumbar al suelo, privándola de conocimiento. Nadie podía auxiliar a aquellos desdichados. El hombre se había convertido en bestia olvidándose de Dios, borrando de su mente el sentir humano y todas las reglas sociales. El que inventaba las más terribles y atroces torturas a los humanos, recibía por eso, los mejores reconocimientos y elogios por el hombre. Era una competencia en dañar a la humanidad, y los hombres tendían de ocupar el mejor puesto entre los elogiados, nadie allá podía ser auxiliado. Ninguno de nosotros pronunciaba palabra, nos empujaban hacia afuera aplicándonos golpes en todo momento. La mujer se quedó tendida en el suelo, la sangre salía de sus narices y sus tres hijos trataban de hacerle levantar, la débil fuerza de las criaturas no era suficiente para levantar el inconsciente cuerpo de su madre; apenas le alzaron algunos centímetros

del suelo, la soltaron de sus manitas, haciéndola caer de nuevo. Su padre fue arrestado con nosotros, y los niños se quedaron solos a lado de su madre ensangrentada e inconsciente.

Cuando salimos de la casa nos amarraron las manos a cada uno. Luego con una larga soga amarraron a todos entre sí, dejándonos un pequeño tramo de la soga que apenas permitía dar un paso sin pisar a su compañero. Estábamos en ropa interior, nadie tuvo tiempo de vestirse. En aquella vergonzosa y torturadora cadena nos ordenaron caminar, mientras varios de los fascistas apuntaban los cañones de sus metralletas sobre nosotros. A cada paso nos aplicaban los golpes de la manera más salvaje. La sangre estaba en nuestras narices, nos dificultaba la respiración y amenazaba de ahogarnos. Así cayendo y levantándose entre las piedras, tierra y arbusto llegamos hasta la carretera que une Niksich con Danilov Grad.

Allá se encontraban estacionados una fila de camiones pintados de color tierra. Sus motores estaban apagados, eso nos aseguraba que los vehículos habían traído a los fascistas a aquel lugar por algún espía que sabía perfectamente sobre nuestra reunión. Nos obligaron a subir en uno de los camiones, tapándonos luego con una carpa preparada especialmente para cubrir las carrozas de los camiones. Acomodaron nuestro camión en el centro de la colonia para mejor vigilancia, luego partimos en la dirección de Danilov Grad. El sol con sus pálidos rayos otoñales se presentó tras de las puntiagudas montañas invadiendo las quebradas y valles poco a poco.

Nuestro vehículo avanzaba por la rústica carretera, tropezando con las ruedas sobre las piedras y entre los huecos, sacudiéndonos tan fuerte que nos daba náuseas. Desde los camiones que marchaban adelante y atrás de nosotros, se escuchaban cantos de las voces bien armoniosas, produciendo una melodía muy agradable. Aquellos hombres expresaban los sentimientos de alegría por haber conseguido la victoria sobre nosotros, sentían gozo por haber quitado la libertad a su prójimo, habían cumplido sus deseos de vernos enjaulados y se alegraban como si hubieran casado a cientos de osos o lobos en la montaña Prekórnic.

A mi lado, en la carrocería del camión, se encontraba una tabla rota que ocasionaba una pequeña abertura. Sabía que se acercaba el fin de mi vida y todo lo que veía y escuchaba no me interesaba. Acomodé

los ojos cerca del huequito y me puse a observar la región por donde viajábamos como si tuviera el propósito de despedirme para siempre de los cerros y praderas que se quedaban tras de nosotros.

De pronto, un recuerdo de la niñez pasó por mi mente cuando estaba en primaria: *Un día de primavera, el profesor llevó al campo a toda la clase, en la cual yo pertenecía. Allí, entre los bosques y con brillante sol primaveral, el maestro nos propuso jugar a los soldados. Nos dividió en dos grupos y nombró los oficiales, comandantes y suboficiales, entregando luego a cada uno de nosotros un palo como de un metro de largo. “Esos palos reemplazarán los fusiles”, dijo el maestro, antes de ponernos en acción. Aquel hombre era de aspecto serio, no reía mucho pero sabía hablar las palabras que agradaban y para hacer llorar también. Aunque apenas tenía yo ocho años de edad, entonces muchas veces pensé, porqué no puedo aprender hablar tan bonito como mi profesor. Tenía por él mucha simpatía y trataba de obedecerlo en todo lo que me ordenaba. Aquel día, mi maestro me dijo que le ayude a llevar su maletín, no sé qué encerraba entre aquella bolsa pero acepté llevarlo con mucha satisfacción solo por estar cerca de él y escuchar como hablaba de la naturaleza. Cuando nos entregó los palitos, nos reunió al centro de un prado cuya densa hierba alcanzaba mi rodilla. Ordenó, entonces, que uno de los grupos, al cual no pertenecía yo, se aleje a unos cientos de metros, que se escondan en la hierba y que comiencen a disparar, haciendo decir: “ta, ta, ta, ta”. “Tú te quedas conmigo”, me dijo, y me acomodó a su lado. Tras del profesor se quedaron el pope, su ayudante y un hombre que me parecía estaba muy enterado de las leyes y reglas de acomodar las disputas que sucedían a menudo entre los aldeanos y que habían venido a pasear con nosotros. Los tres hombres estaban parados y se reían por las ocurrencias de nuestro profesor que efectuaba con los alumnos. La señal de empezar la lucha era un pitazo que el maestro debería de lanzar. De pronto, sonó el pitazo, por todos lados empezaron a repetirse las voces “tan, tan, tan”, otros “ta, ta, ta, ta” que imitaban a metralletas y “BUUUM, BUUUM”, que eran los grandes cañones de largo alcance. El maestro se volteó hacia mí, ... “dispara a aquellos hombres”, dijo sonriéndose, yo me paré, apunté con mi palo hacia el pope y sus acompañantes, ametrallándoles con “ta, ta, ta, ta”. “No, a ellos no,” dijo el profesor, corrigiendo mi error, “esos son nuestros soldados”. “Perdóneme profesor”, dije, “pero son hombres y como están más cerca y más grandotes que los de allá, prefie-*

ro matar a ellos”. *“Los de allá son enemigos, esos son amigos”, agregó el profesor. “¿Acaso hay hombres enemigos, profesor?”, pregunté, mirándole con sorpresa. Allá, por primera vez escuché que el hombre es enemigo del hombre, que hay que matar, pero no entendí que diferencia existía entre los hombres, si todos son la obra de Dios, según afirman. “Entonces, vamos amistar para no matar”, dije, mientras me venían ganas de llorar; “el pope me dijo el otro día que Dios no quiere aquellos que matan, roban y mienten; yo no quiero ser malo”, tiré mi palo y corrí en brazos del pope. Todos me miraron con curiosidad, el pope me besó la frente y me estrechó fuertemente en sus brazos. Cuando terminó la batalla contaron a los que se hacían los muertos y que estaban tirados en la hierba. El profesor dijo: “en ese lado hay más muertos, nosotros somos los vencedores, ustedes son los héroes”, decía a los chicos que estaban a su alrededor; “aquí tienen las medallas, bravo, bravo, hurra...hurra”. Allá también, por primera vez en mi vida escuché que aquel que mata al mayor número de hombres deberá ser condecorado y elogiado. “Entonces, matar no es pecado, señor pope, porqué me dijo el otro día que Dios no quiere a los que matan”, dije mirando al pope. “Ahh, hijo, no hables así, tú no entiendes todavía las cosas. Matar es pecado, pero..., pues...”, se detuvo el pope tartamudeando, buscando la palabra precisa para contestar a mi babosa pero difícil pregunta.*

De pronto, un grito interrumpió mis pensamientos, en cuyos recuerdos había el perfume de la inocencia y pureza infantil, que luego, aprendiendo la forma de vivir, modificamos, cambiándolas por los odios, egoísmo y el deseo de matar.

La amontonada gente se balanceaba de uno a otro lado en el camión, cayéndose, aplastaron a uno de los compañeros quebrándole la pierna, nadie podía auxiliar al desdichado, sus lamentos apenaban estremeciendo de lástima.

Cuando llegamos a la ciudad, nos descargaron en el patio de la antigua cárcel construida en tiempo del gobierno yugoslavo. Nos entregaron unas viejas pijamas parecidas a la camisa de fuerza que se usan en los manicomios. Era todavía clima otoñal, la temperatura era aguantable y los pijamas no nos interesaban tanto a pesar que la mayoría estaban sólo en ropa interior. En aquellas celdas vivieron los más grandes asesinos durante el anterior régimen y varios fueron ahorcados en la plaza mayor de la ciudad. Me daba asco el saber que sería encerrado en las

mismas, y me parecía haber cometido crímenes horribles. Nuestro compañero que tenía la pierna fracturada se lamentaba pidiendo auxilio; los fascistas lo bajaron del camión aventándolo al suelo igual como costal lleno de papas, uno de ellos sacó luego su pistola y le disparo varios tiros en la sien. El cráneo del aquel desdichado se rajó y sus sesos se derramaron, mezclándose con la tierra polvorizada por las pisadas.

Aquel procedimiento estremeció mi ser, miré a mi amigo Masan para expresarle el espanto que sentí, pero no alcancé verlo, los fascistas lo empujaron a golpes en una celda y lo encerraron. Por qué los maestros divinos no detienen al hombre para que no efectúe aquellas barbaridades con sus prójimos, o no les interesa lo que ocurre entre sus hijos, pensé. Mientras los fascistas me aplicaban los severos golpes, encerrándome en una de las celdas.

Mi nuevo aposento era de especial apariencia. Estaba construido de cemento y en forma de bóveda, no tenía ventanas ni alumbrado y su piso lo cubría el agua que tenía varios centímetros de hondo y desprendía un olor nauseabundo que asfixiaba. Ningún mueble se encontraba en la celda y el frio se apoderaba de mí con rapidez. En la puerta se encontraba una pequeña ventanita, tenía tal vez quince centímetros cuadrados y estaba tapada con reja de fierro de regular grosor y oxidado.

De pronto, escuché la conversación en idioma yugoslavo, entre las voces que hablaban en el pasadizo, por sorpresa reconocí la voz de Periso. Tanto me desagradaba aquel hombre que con toda mi fe, prefería morir antes que verlo. Me apegué a la pared redonda de mi celda, creyendo en hundirme en el cemento para esconderme del traidor. Por suerte Periso no entró en la celda y mis nervios volvieron a luchar contra el frio, el agua y el fétido olor que amenazaban de ahogarme.

A la prisión habíamos entrado, más o menos a medio día, nadie visitó mi nuevo hogar hasta que oscureció. Cuando llegó la noche, empezaron las torturas que sólo el hombre es capaz de aplicar sobre el prójimo y que ningún otro ser viviente no lo hace de esta forma. Los hijos de Dios entraron en mi celda con ganas de aplicar los sacrificios a los humanos. Tres fascistas penetraron en mi celda. Tenían botas puestas y el agua no les molestaba, me cogieron de los hombros y del cuello, tirándome por la puerta en el pasadizo, caí al suelo y cuando empecé a levantarme un puntapié golpeó mi nariz que me cegó de dolor, tapé con

las manos mi cara para protegerme de los golpes, pero una mano fuerte me destapo la cara golpeándome con los puñetes varias veces. Ya no me importaba la vida, sabía que mis horas estaban contadas y prefería morir lo más pronto posible evitando los sacrificios. Me arrastraron por el pasadizo y me introdujeron en una sala grande y con bastantes aparatos que yo no conocía pero que servían. A un lado de la sala vi a Masan, Koritich y Bozo. Estaban sentados sobre las sillas, con las manos atadas de espalda. Dos potentes lámparas a corriente eléctrica se encontraban frente de cada uno enfocándolos con la luz. A continuación, se veían tres de nuestros compañeros colgados de los pies y levantados a medio metro del suelo. Tenía la boca abierta y sus ojos estaban sobresalidos de las ojeras, se sobreentendía que permanecían varias horas en aquella horrible posición. Un fascista con látigo, de vez en cuando golpeaba sus pechos desnudos. La piel se rajaba de golpes y la sangre brotaba de las heridas bañándoles la cara, espesándose luego en el suelo formando los charcos. A la entrada se encontraban varios soldados y oficiales fascistas que se divertían riéndose a carcajadas por la satisfacción que les ocasionaba las torturas.

Allá el hombre, hijos de Dios y guía de la civilización, sometía a torturas a sus hermanos espirituales, sin miedo de las leyes ni respeto a su creador. La monstruosa palabra “guerra” que indignaba el diccionario humano, había autorizado al hombre, a matar, torturar y efectuar los más terribles actos sobre la humanidad, anulando todas las reglas sociales, y leyes establecidos por él mismo. La guerra destruía iglesias, quemaba altares, hacía desaparecer las biblias, evangelios, mataba a los hombres, mujeres y niños, perseguía la paz, la fraternidad, arruinaba la familia, la fe, y todo lo que antes de su aparición eran lo más sagrado para los humanos. La guerra en cuyo servicio el hombre consiente y humano había entregado toda su fuerza, destruirse a sí mismo y derrumbaba en aquel remolino sangriento todo lo que existe en la vida terrestre.

Miré a mis amigos, me agradaba avisarles que estábamos juntos en aquel calvario, pero no logré mi propósito. Dos fascistas me arrancaron como bestias, me tiraron sobre una silla de madera, luego me ataron a ella con las manos atrás. Acercaron una de las lámparas que vi frente de la caras de mis amigos, la encendieron y la pusieron a pocos centímetros de mi cara. Uno de los soldados sostenía el látigo en la mano, abrió la camiseta que cubría mi pecho y empezó a golpearme, la curtida

cuerda de cuero se enredaba alrededor de mi cuerpo, hundiendo su punta en mi carne abriendo heridas que provocaban dolores horribles.

—¡Díganos, dónde se encuentran los comandos guerrilleros! —decía uno de ellos en yugoslavo. Yo no sabía de ningún comando más que el nuestro, que ellos ya conocían.

—No conozco ninguno —le contesté.

—Ahora veras, hijo de perra. Ahora verás..., —decía el fascista, mientras se acomodaban en la posición más apropiada para golpear.

La brillante luz del foco enceguecía mis ojos, calentaba mi frente, haciéndome imposible de pensar. Cada vez cuando cerraba los párpados recibía un latigazo donde me hacía abrir los ojos y vibrar todo el cuerpo de dolor. De pronto, se detuvieron con los látigos. Uno de los fascistas llevaba un puño lleno de astillas preparados de madera, se acercó a mí y empezó a introducir los clavillos debajo de mis uñas. Grité a toda voz de dolor, no había a quién pedir auxilio, allá sólo la muerte auxiliaba a los desdichados.

—Qué quieres que te diga —pregunté, mientras las lágrimas salían de mis ojos sin que yo quiera.

—¿Dónde están los bandidos del rey Pedro? —preguntó el fascista.

—Por todas partes —contesté. El verdugo clavó otra astilla.

—Entonces, dónde quieres que te diga que estén, el fascista se encolerizó aún más y me clavó dos astillas de nuevo.

Entonces, empecé a inventar las mentiras, nombrando montañas cercanas diciendo que en ellas existe soldados del ejército yugoslavo; pero el fascista no se satisfacía con mis relatos, seguía clavando las astillas hasta que llenó mis uñas de las manos.

—¡Mátame de una vez salvaje! —dije colérico, mientras mis fuerzas disminuían aceleradamente. Unos minutos después, me ataron los pies juntos con una gruesa soga, me alzaron del suelo y amarraron la soga de una viga, dejándome con la cabeza abajo. Me parecía que una sustancia caliente corría por mis venas en lugar de sangre y se acumulaba en mi cabeza. Unos minutos estuve consciente, luego no me acuerdo de nada.

Cuando desperté estaba en mi celda, echado en el agua que cubría casi todo mi cuerpo. Es inexplicable mi salvación de no ahogarme, puesto que allí había permanecido largo tiempo inconsciente, pero así fue. La muerte no me recibía en sus garras y yo quedé con vida. Por la pequeña ventanita de la puerta, penetraban rayos de luz diurna, no sé qué hora marcaban los relojes, pero era de día. Quise levantarme, sentarme apoyándome a la pared, sacar la cabeza de aquella agua pestilente, pero no lo logré, mi fuerza se había agotado casi por completo y sólo lograba levantar la cabeza algunos segundos del agua, volviéndome a caer de nuevo. Mientras yo luchaba de salvarme y no morir ahogado, la puerta se abrió bruscamente. Entonces, dos soldados me cogieron arrastrándome por el pasadizo hasta introducirme en una sala grande, allí se encontraban bastantes personas y todas estaban sentenciadas a muerte. Me alegré al saber que pronto iba a morir, pues hay momentos cuando el hombre desea la muerte con toda sinceridad, a mí me había tocado aquel día por primera vez. Masan estaba en el centro de la sala, tendido en el suelo e inconsciente. Me acerqué a él arrastrándome, noté que respiraba y me alegré de encontrarlo con vida. Le llamé, no me contestó, pero abrió los ojos que estaban llenos de lágrimas. Cuando los fascistas cerraron la puerta abandonando nuestro cuarto, algunos presos se acercaron a mí, levantaron a Masan, y procuraron de hacerlo tomar un poco de agua; varias horas después logramos recuperarnos un poco, para poder hablar y levantarnos.

Al día siguiente nos trajeron un poco de polenta, sin sal ni queso, esa comida era acostumbrada sólo para los sentenciados a muerte, varios días habíamos pasado sin probar alimentos pero no pudimos comer mucho. Allí permanecimos cuatro días, nadie se acercó a nuestra puerta durante esos días ni tampoco nos aplicó tortura alguna. El quinto día amanecía con un sabor sumamente distinto.

CAPÍTULO OCTAVO

Una religiosa

A las diez de la mañana, en nuestro cuarto, entró un sacerdote acompañado por una monja. El aspecto de la religiosa era agradable y aliviador, pero el sacerdote se parecía a uno de los fascistas que nos aplicaban torturas. A pesar de que tanta falta nos hacía un religioso en aquel momento, aceptaríamos recibir otras torturas con más agrado que aquel cura con la apariencia de bandido, con la frente arrugada y la mirada amenazadora. Esos eran pues, los representantes del creador que bendecían a los humanos sentenciados de morir al día siguiente. El cura nos hizo agruparnos en el centro de la sala, sacó su Biblia y empezó a leer bendiciones. Yo estaba tan entristecido por la desgracia humana que no hice ningún caso a los visitantes. Mientras el religioso proseguía bendiciendo parecía tener sumo apuro y con mala gana daba último adiós a sus semejantes; la madre se acercó a mí y con tono dulce y casi católico me dijo:

—Anda, recibe la bendición, hijo. La muerte es de todos, unos mueren antes otros después, es la ley de Dios.

—Usted cree que Dios existe, madre —le pregunté, pero con el propósito de herirla y alejarla de mi lado.

La madre en lugar de alejarse se sentó a mi lado y como buena humanista empezó de aliviar mis angustias. Los fascistas estaban mezclados entre nosotros y noté que la religiosa conversaba con mucho cuidado utilizando palabras que no se puedan interpretar en dos sentidos, miraba de reojo a los guardianes como si algo tenía que decirme de mucha importancia.

—No digas eso hijo, Dios está en todas partes, acá en esta sala como en el cielo, en esta pared como en esa chimenea —procuró con-

solarme—, la vida terrestre es sacrificio, allá en la eternidad gozaremos junto a Dios y Jesucristo.

—Ah!, Madre —dije—, como negar creer en todo eso.

—Medita un poco hijo mío y acuérdate que Dios está en todas partes, en esta sala también está el salvador, en la chimenea también —dijo, poniendo su mano sobre mi hombro apretando fuertemente. En ese momento, reaccioné al ajuste de la mano, que la madre efectuó a mi hombro, me hizo pensar. Miré de frente y mi vista se estrelló contra una chimenea de regular tamaño y que antes no le prestaba ninguna importancia.

En aquel momento una idea a velocidad de rayo atravesó mi mente, anunciándome que aquella chimenea, la cual la madre acababa de mencionar repetidas veces, podía servir para escaparme de la muerte. Me levanté, fui donde la religiosa, tomé su mano blanca de piel suave y la besé varias veces, agradeciéndole por su anuncio; la religiosa acarició mi cabeza —te deseo mucha suerte, que Dios te ayude—, dijo y se fue.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó Masan, sorprendido por mi acción.

—Aquella mujer acaba de aconsejarme para procurar escaparnos de la muerte.

—Anda tonto, ya estás por enloquecer —me amenazó Masan, burlándose.

—Es cierto amigo —le repetí con firmeza.

—Y cómo se puede escapar de aquí, cuando tanta vigilancia está rodeándonos.

—Por esa chimenea, esta noche, amigo Masan —contesté con orgullo, teniendo la fe que sería así.

—¿Pero cómo?

—Sí señor, la madre acaba de inspirarme para pensar en eso.

—¿Y si nos matan ahora? —preguntó mi amigo.

—Eso es otro asunto, pero si nos dejan para mañana no nos encontrarán acá. Vamos a observarla de cerca —dije, y nos fuimos.

La chimenea estaba construida de ladrillos, pegados entre sí con una mezcla de poco de cemento. Aquella sala, donde nos encontrábamos esperando la muerte, había servido antes de la guerra como la cocina para encarcelados y la chimenea conducía el humo a dos metros sobre el techo de la casa. En su interior tenía un vacío cuadrado de setenta centímetros por lado y estaba casi lleno de tizno. Las paredes de la cocina estaban hechas de ladrillos, tenía en su interior dos grandes hornos y en la superficie tenía una gruesa plancha, con bastantes hornillas que se acompañan de anillos de tamaño descendente hasta cerrar la abertura en la plancha por completo y abrir según se desea cuando la cocina está en funcionamiento. Durante la observación descubrimos que si se levantaba la plancha de fierro que estaba sobre los ladrillos se presentaba el hueco que era la entrada en la chimenea. Esa maniobra se podía efectuar sin ninguna dificultad y nosotros decidimos esperar la noche para actuar.

—¿Es posible escapar por acá? —me preguntó Masan, sonriéndose.

—Veremos, yo creo que sí —contesté, aunque no tenía mucha seguridad en las medidas favorables del espacio interior de la chimenea.

En aquel momento el ingreso de tres soldados fascistas interrumpió nuestra conversación y nos aseguró el fracaso en los intentos también. Los tres fascistas estaban designados a permanecer con nosotros en la sala, tal vez hasta que nos fusilen. Miré a Masan, el hizo una mirada moviendo la cabeza, tenía la cara arrugada y estaba muy triste, con su parecer daba la expresión que todo lo que habíamos pensado había dado un vuelco, a la vez anunciando el fracaso de la fuga y la seguridad de morir.

—Esta vez no me salvarás, amigo —dije a Masan, mientras los soldados se sentaban cerca de la puerta encañonándonos con sus armas.

—Moriremos juntos, no te asustes —agregó él, aunque con mala gana.

Los fascistas nos ordenaron que nos juntáramos en un rincón para dejar el resto de la sala desocupada. Cuando nos agrupamos en el indicado lugar, entraron dos soldados más y se dedicaron de inmediato a perforar una ventanilla en la puerta que hasta entonces no estaba construida. Una vez abierto el hueco cuadrado de tal vez treinta centímetros por lado, pusieron una rejilla de fierro grueso, tomaron ciertos datos de los recién llegados y se fueron. En la sala no se quedó ninguno de los

fascistas, pero tras de la puerta, en el pasadizo, pusieron un guardián permanente, el cual, por la ventanita construida en la puerta, controlaba todos nuestros movimientos. Masan y yo perdimos todas las esperanzas en la salvación, puesto que la vigilancia continua nos impedía actuar en la cocina y penetrar en la chimenea. La plancha de fierro sobre la cocina estaba pegada por el costado con cemento, eso exigía buenos ratos de trabajo para destruirlo, además provocaría ruido. Al ver que por todos lados la fuerza divina se unía al hombre y lo apoyaba en nuestra destrucción, decidimos esperar la llegada de la muerte.

—Esta vez me han preparado para la muerte, la recibiré con más ánimo —dije, mientras observaba al soldado que andaba a paso lento y continuo delante de nuestra puerta.

En eso escuché una conversación. Un grupito de cinco presos discutían con voz fuerte y uno de ellos sobresalía diciendo: —No señores, eso de Dios es puro cuento, los mismos curas, sacerdotes y todos los religiosos se dan cuenta que nada existe sobrenatural. Epicuro, un filósofo griego que vivió trecientos años antes de Cristo y luego Demócrito afirmaban que la vida y la existencia son cosas casuales que se mantiene con las vibraciones de los átomos y que no existe otra vida después de la muerte; yo estoy completamente de acuerdo y he comprobado conmigo mismo.

—Cállate demonio —gritó uno entre ellos, amenazando al otro para destrozarlo.

—¡No!, Iván, no le pegues, está demente, pobrecito... ha sufrido muchas torturas, él no sabe lo que dice —se interrumpieron los otros para evitar la pelea.

—¡¡Anda bruto!! —gritó el ateo, tú no sabes lo que crees—, hace más de dos mil cuatrocientos años el sabio y primer humanista, Protágoras, ha dicho: “El hombre es la medida de todas las cosas”, pues, yo soy mi guía sin ninguna otra fuerza, y yo agrego sobre las opiniones de Protágoras lo siguiente —dijo el ateo, con voz suave y lenta como si deseara añadir forzosamente sus opiniones en las mentes de los que escuchaban—. Escuchen bien: —añadió—, “que el hombre es imperfecto eso lo sé, pero que el Dios es perfecto, pues no lo sé; ja, ja, ja, ja —se reía el pobre a carcajadas.

—Ya tenemos un filósofo —dije a mi amigo.

—Y gran naturalista —añadió él.

Mientras tanto, el demente empezó a gritar de nuevo.

—¡Vosotros que creen en los Dioses y en los santos, les pregunto!: ¿a qué clase pertenecen los santos? Ahh... ¡no saben! —contestose él mismo—, yo les diré: los santos, según Augusto Comte, son los que pensaron en el progreso humano. El hombre debe partir de sí mismo, analizarse así mismo. Vosotros que creen en la religión, se van a la iglesia y para hacer las oraciones y dirigir sus sinceros sentimientos a juicio de aquel ser supremo que lo llaman Dios, deben pagar primero al sacerdote, que él hable por ustedes; entonces el cura les dice: “¿de cuánto quiere usted la misa, hijo?”. En base a eso, el que tiene dinero, paga más, y el que no tiene, no puede rogar. ¿Ustedes creen que Dios aprecia más a aquellos que tienen dinero y aquel que paga más al cura por sus palabras que serán recibidas por Dios en un instante, pero el que no paga bien su solicitud será archivada o tal vez deba esperar su turno para llegar ante Dios? Ja, ja, ja —se reía el pobre, llorando—. Pero, ¿saben ustedes cómo yo hago mi oración?, muy fácil —se contestó—, cada día tomo un papelito, luego apunto durante el día mis actos buenos y malos, al llegar la noche lo sumo, cuando veo que hay malos más que buenos, trato de que cada día aumente la suma de los buenos y disminuya de los malos. Mi victoria es obtener cada día un acto bueno más a mi suma de corrección. Entonces, no hago a mis prójimos lo que no deseo que me lo hagan, esa es mi religión, porque si el hombre o ser humano le gusta la felicidad, entonces, por qué no lo hace, por qué no tratamos de colaborar para que todo a nuestro alrededor sea feliz, en esa felicidad seremos felices nosotros también. Si al hombre le gusta la felicidad, él mismo lo puede construir. Así como la está destruyendo —luego, se quedó un rato pensando como buscando un nuevo tema para reanudar su discurso al que nadie le hacía caso—. A ver, contéstenme a esta pregunta: ¿por qué Dios hizo al hombre con malas ideas, él es todopoderoso y hacer un hijo malo, por qué? ¡Nada de eso señores! El gran Lucrecio humanista y naturalista, en tiempos romanos, dijo: “En el plano celestial existen dioses, pero gozan de un placer ininterrumpido y se han olvidado de los humanos, entonces los humanos deben vivir libres sin preocuparse y creer en los que gozan”. ¡He dicho señores! —terminó diciendo el orador.

Me daba mucha pena aquel hombre, y me puse a investigar su pasado. Descubrí que nuestro orador se llamaba Vuko Urosevich, era ex profesor de filosofía de la Universidad de Belgrado. La guerra lo encontró en la pequeña ciudad de Bilecha. Vuko entonces cumplía una misión especial; cuando cayó prisionero, los fascistas hicieron todas las clases de torturas sobre Urosevich hasta que el pobre perdió el razonamiento. Estaba despeinado, semidesnudo, tenía barba, entre la cual se veía un rostro medio amarillento, sus ojos color pardo se encontraban hundidos en las ojeras que daban expresión cadavérica y miedosa. No contestaba ninguna pregunta, pero cuando empezaba a hablar no terminaba en horas enteras, hasta cuando el cansancio lo vencía y se derrumbaba al suelo, igual como cualquier bulto, entonces empezaba a llorar que estremecía profundamente. Nunca olvidaré aquella tristeza y tormentosa apariencia de aquella víctima del hombre.

—Que cosas tan dolorosas de increíble realidad acabo de sobrevivir en el curso de tan corto tiempo, desde el comienzo de la guerra —dije, a mi amigo Masan.

—No eres el único de esta suerte, amigo Novi, así que ten ánimo hasta que amanezca, creo que no sufriremos más. Eso es el resultado de la guerra —añadió con la expresión triste.

Aquella noche permanecimos sin dormir, pensábamos que era la última de nuestras vidas y no pudimos dormir. Tampoco hablamos de nada más, permanecimos callados. Cuando apareció el alba, el profesor Perisich empezó a cantar, tenía la voz bastante melódica y afinaba las notas con conocimiento, lo que demostraba haber cantado bastante bien en su juventud.

Cuando salió el sol y alumbró por una de nuestras ventanas, en la puerta aparecieron el cura y la monja de nuevo; llegaron con el propósito de consolarnos y bendecir a aquel que acepte confesarse. El profesor se acercó al cura y empezó a dirigirle preguntas que desagradaban a todos.

—¿Por qué vosotros, curas, ponen varios precios a las misas, acaso a Dios le interesa el pago de aquel que quiere tener fe en él o rogarle que le perdone algún pecado? —preguntaba Urosevich, baboseando de cansancio e inferioridad.

El cura le acarició la cabeza, el profesor calló y empezó a llorar. La madre de nuevo habló con mi amigo Masan y le anunció secreta-

mente que había llegado una comisión religiosa del Vaticano, enviada especialmente por la reina Elena para Montenegro, su patria de nacimiento, y que había la posibilidad de que no nos fusilen mientras ella permaneciera en la ciudad. Aquella mañana no había soldados fascistas entre nosotros y la buena religiosa pudo hablar sin miedo con nosotros.

—El día está nublado —nos contó la madre—, y si de noche empezara a llover, piensen que Dios ayuda a los perseguidos por la justicia, vosotros no tenéis culpa alguna, acuérdense, tengan fe e intenten.

Después del medio día empezó a llover a baldazos. Los truenos despedían las descargas magnéticas ocasionando la luz brillante durante varios instantes. Cuando anocheció un grupo de los hombres vestido de civil entraron en la cárcel.

—¿Han almorzado hoy? —preguntó uno de los visitantes al profesor, en yugoslavo.

—Sí, señor —afirmó el profesor, seriamente.

—¿Tiene hambre? —preguntó el visitante de nuevo.

—Yo no —contestó el profesor—, mientras nosotros permanecemos callados.

—¿Tienen por algo de quejarse o solicitar algún servicio postal? —preguntó de nuevo el visitante. Nadie contestó. El profesor empezó a llorar.

—¿Qué le pasa a este hombre?—preguntó el visitante a uno de los presos.

—Está demente, señor —contestó el preso.

—¿Ha llegado acá enfermo, a enloquecer en la cárcel?

—No sé, señor, yo aquí llegué ayer.

—¿Quién lo conoce de antes? —preguntó de nuevo el visitante.

—Yo —contestó un joven.

—¿Quién es el señor?

—Se llama Vuko Urosevich, es el profesor de filosofía, cayó preso al comenzar la guerra, fue torturado y a causa de los sacrificios

enloqueció; y nada es cierto lo que le ha contado, nosotros estamos sentenciados a muerte, no nos dan nada de comer y hemos recibido tratos terribles.

Uno de ellos gritó enseguida: —Ellos son dementes, todos en esta sala, estamos separando a los que enloquecen, así que no les tema.

Hablaron algo en francés entre el grupo de visitantes. Uno de ellos tomó a Vuko bajo el brazo y lo sacó fuera del cuarto, nadie de nosotros supo dónde lo llevaron.

Cuando la madre regresó al día siguiente, nos contó que los visitantes eran de la Cruz Roja. Eso nos ocasionó una pena terrible, pues nadie supo quejarse y reclamar por la injusta sentencia que se iba a ejecutar sobre nuestras vidas en cualquier momento. Pensábamos que los visitantes eran comandantes fascistas y nadie intentó decir la verdad, teníamos miedo.

CAPÍTULO NOVENO

La fuga

Al anochecer, la lluvia seguía corriendo, un fuerte viento juntaba las gotas en su trayectoria y las invertía en ráfagas. Masan se acercó a la puerta y con sorpresa descubrió que el guardián no se encontraba en el pasadizo. Entonces, se quitó su camiseta y la puso sobre la reja, tapando así la pequeña ventanita por la cual el guardián observaba nuestros movimientos.

Decidimos esperar hasta las doce de la noche para empezar a actuar. Las noches anteriores después de aquella hora no se escuchaba pasar a los centinelas por ningún lado, eso nos afirmaba que esa hora era favorable para nuestro trabajo y nos pusimos a esperar, observando.

Por fin llegó la media noche; la lluvia y el viento hacían una armonía de bulla y golpes, muy favorables para nuestro intento. Los presos estaban acostados casi todos, unos cuatros muchachos que estaban con deseos de escapar a la muerte se ofrecieron en nuestra ayuda, no había alumbrado en nuestra sala y el único peligro que nos amenazaba era el vigilante en el pasadizo que todavía no se encontraba en su servicio. Su llegada podría ser repentina y nos descubriría en plena actuación.

—¿Empezamos a actuar? —preguntó Masan.

—Estamos sentenciados a muerte de todas maneras y creo que es mejor intentar escapar que morir sin hacerlo, ¿qué dicen ustedes? —pregunté a los muchachos que estaban decididos igual que nosotros.

—¡Vamos!, de una vez —dijo uno de los compañeros.

Vamos entonces —dije, y me acerqué a la plancha de fierro que componía la cocina, y el primer trabajo sería sacarla de su sitio.

Afuera, la lluvia y el viento sacudían los árboles y ventanas de las casas. En la habitación varias decenas de personas estaban tendidas en el suelo, maltratados por las torturas, y casi moribundos de hambre.

Masan fue el primero en salir sobre las paredes de lo que era la cocina y sacó las argollas con la cual se reducían las aberturas de las hornillas sobre la cocina, introdujo su mano en la abertura y jaló con toda su fuerza hacia arriba. El intento de mi amigo no demostró dar buen resultado pero como no teníamos ninguna herramienta, jalar con las manos era la única solución. Me subí a un lado, introduje mis manos en la abertura igual como lo hacía Masan y le dije que debemos poner mucha atención de sincronizar la fuerza para jalar. Lo hicimos con perfecta armonía y del primer jalón la tapa de la cocina estaba suelta.

Un gran hueco lleno de carbón y tizno se presentó ante nosotros, que conducía a la chimenea. Me introduje en la abertura y llegué hasta la chimenea. Sufrí una inexplicable desilusión al descubrir que la chimenea se reducía, por el tizno, a un pequeño hueco por el cual apenas podía pasar un pericote. Regresé y comuniqué del fracaso a mis compañeros. La noticia cayó como baldazo de agua hervida sobre todos y casi paralizando la respiración nos pusimos a meditar sobre el fracaso.

Mientras los demás meditaban, Masan subió sobre la cocina y empezó a empujar la chimenea, nadie dio importancia al intento de mi amigo, además, los presos que se encontraban acostados empezaron a protestar.

—Déjenos en paz, vosotros pensáis escapar. Nosotros no queremos más líos. Estamos seguros que nos perdonarán las vidas; ¡no hagan ruido! —nos gritó uno de los que no estaban de acuerdo de escapar.

De pronto, Masan me dio la señal con la mano llamándome, me acerqué a él y con sorpresa descubrimos que la chimenea tenía muy poca estabilidad, y que era bastante fácil tumbarla toda, escapándonos después por la abertura que quedaría en el techo.

—¡Empujemos! —dijo Masan—, no te preocupes que dicen esos tontos.

Empezamos entonces a mover aquel conductor de humo construido de ladrillos, algunos minutos después, la chimenea se derrumbó al suelo provocando un ruido bastante alarmante. Los presos se in-

tranquilizaron pero por suerte, el fuerte viento y la lluvia evitaron a los centinelas escuchar el golpe ocurrido en nuestra habitación. Uno de los compañeros se paró en la pared, Masan subió a sus hombros, yo subí sobre los hombros de Masan y salí al techo sin mucha dificultad. De la misma manera salieron todos los que aceptaron escapar aquella noche, los que confiaban en los fascistas empezaron a pedir auxilio, gritar a toda voz, pero nadie les escuchó en aquel instante.

Al techo de la cárcel subimos nueve hombres en total. La lluvia corrida por el fuerte viento chapaleaba nuestras caras y casi no nos permitía abrir los ojos. La oscuridad era sumamente densa, de vez en cuando los truenos acompañados por sus luminosos rayos prorrumpían aquella confusión, nos alumbraban por un instante y posibilitaba nuestro movimiento. Al final del largo de la casa logramos notar algunos árboles, la pared de la casa era de regular altura y nos dificultaba bajar a tierra. Aproveché la luz de un rayo y extendí la mano hacia el rincón donde se veían los árboles, luego me dirigí en esa dirección, y los otros llegaron también. Cuando llegamos al borde del techo, descubrimos que un gran árbol se encontraba a pocos metros de la pared y sus ramas tocaban tal vez dos metros sobre el techo. Pegado al tronco del árbol notamos a un centinela que se acurrucaba de aquel fuerte aguacero. Antes que tome la decisión, qué de hacer, uno de los prófugos se abalanzó al guardián, le tapó la boca, le tiró al suelo y le hundió la bayoneta en el vientre. Aquel caso terrible me conmovió profundamente que por poco no grité avisando al soldado para que escapara. Bajamos luego uno tras otro por el árbol y prendimos la fuga entre las casas de la ciudad, con aquella loca rapidez que entra en todos los nervios cuando uno está huyendo de la muerte.

El aguacero y el viento aumentaban con su furia, parecía que las fuerzas naturales que producen vientos y lluvias habían acordado para ayudarnos en aquella increíble y horrible aventura. Apenas nos alejamos algunas cuadras, escuchamos disparos de las ametralladoras, casi en el instante los vehículos blindados salieron alumbrando todas las calles de la ciudad. Uno de los tanques pasó a pocos metros de nosotros, enfocaba con sus potentes faros por todas partes y disparaba sobre cualquier objeto sospechoso posible de ocultar. Nuestra única defensa era echarse al suelo y ahí permanecer tendidos en el barro hasta que disminuya la búsqueda, varias horas permanecemos en aquel sitio, las patrullas pasaban

uno tras otro, parecía que todo el ejército fascista se había movilizado para perseguirnos.

Faltaban pocas horas para el amanecer, cuando la búsqueda disminuyó un poco. Aprovechamos un intermedio y nos alejamos de aquel expuesto lugar introduciéndonos entre los pedregales que conducían a las rocosas faldas de la montaña Velji Garac.

Unos minutos después, nos encontramos entre los huertos y chacritas cercadas con los muros levantados de piedra posicionalmente. En aquellas regiones de madera escasa, y por ser lugares muy pedregosos, sus habitantes están amaestrados a utilizar las piedras de muchas maneras que en otros sitios que se hacen de maderas. Los mejores labradores de piedra y albañiles de toda Europa, nacen en aquellos lugares. Ellos construyen sus casas de dos y tres pisos solo de piedra labrada y sin utilizar mezcla de cemento que las unan y acomodan de tal manera que duran siglos sin sufrir ningún desequilibrio.

Era pues para nosotros difícil trepar aquellos muros, además por nuestra insuficiente práctica de caminar por las piedras, derrumbábamos cantidades de piedras. Eso ocasionaba un ruido desagradable que se escuchaba a la distancia y podía orientar al perseguidor de nuestra fuga. Entonces, decidimos pegarnos a tierra detrás de un muro y esperar al amanecer.

Algunos minutos después, la naturaleza cambio de parecer. La lluvia cesó de caer, el cielo se despejó por completo y la luna que estaba casi por ocultarse tras de las montañas alumbró las chacritas y muros que durante la oscuridad eran difíciles de atravesar. Salimos tras del muro y encontramos un pequeño caminito que tal vez sólo utilizaban los aldeanos para ir a trabajar a sus chacritas.

—¿Seguimos por este caminito? —me preguntaron.

—Sí, apúrense —contesté, mientras en mi mente se generaba la incógnita, por qué mis compañeros me preguntaban a mí la decisión, cuando en el grupo había hombres de más madurez y experiencia que prestaban más garantía en sus actos y seriedad de meditación sobre las cosas.

Nos encaminamos por fin y partimos uno tras de otro en fila. Ninguno de nosotros sabía a dónde nos llevaba aquel pedregoso cami-

nito, solo veíamos que nos alejábamos de la ciudad y eso nos satisfacía a todos.

Cuando amaneció, la madrugada de aquel día nos encontró bien abajo, en las faldas de la montaña Velji Garac, y frente de la única casa que se veía en todo el lugar. Dos pequeños perritos salieron a nuestro encuentro corriendo y espantaron a las gallinas que habían madrugado en busca de sus alimentos. La casita era construida de piedra pero de una forma muy rústica. Su poseedor habrá mucho abusado de la naturaleza, aprovechándose de una cueva, construyendo sólo una pared, encontrando las tres restantes construidas por la naturaleza, de una roca lisa y bastante alta. A los ladridos de los perros de la casita salió un hombre de bastante avanzada edad, estaba vestido en ropa bastante usada, andaba descalzo y no usaba gorra. El hombre se incomodó al vernos, y con muchas ganas, seguro regresaría a su choza para encerrarse en ella y no tener que hablar con nadie; pero como ya estábamos pisando el dintel de su puerta, el viejo no rebajó su orgullo de montenegrino, arrugó la frente haciéndonos pasar a su casa, luego.

—Estoy solo —dijo— nadie vive conmigo, mi familia se ha ido a las alturas, allá dicen que no existe peligro de que esos fascistas los encuentren. Desde el levantamiento ese, que se produjo hace algunas semanas, los fascistas están quemando con las balas de cañones toda la región. Eso ocasionó el pánico y casi toda la gente se retiró de sus casas con el propósito de salvar sus vidas.

—Díganme, ¿de dónde vienen ustedes?

—Somos mensajeros —contesté— tenemos mucha hambre y estamos bien cansados. Si algo nos puede proporcionar de comida, le agradeceremos con todo corazón, le pagaremos cuanto quiera, tenemos mucha hambre.

—Yo soy viejo, hijos míos, apenas puedo preparar para mí, lo hago una vez al día, acá tienen harina de maíz, hay sal y tengo un poco de queso. Si desean comer, prepárense polenta, otra clase de comida exige mucho tiempo y otras cosas.

Uno de nuestro grupo que afirmaba saber cocinar, se encargó de preparar polenta mientras los otros se recostaron vencidos por el sueño.

—¿Por qué ustedes jóvenes están fastidiando a los italianos?
—preguntó el viejo, mirándome.

—Ellos son los que atacan, nosotros sólo estamos defendiéndonos —contesté, aunque con mala gana, pues el sueño y el cansancio, los dolores de la tortura me mortificaba mucho, tenía deseo de dormir.

—Ustedes están locos —añadió el viejo— piensan luchar contra el invencible imperio romano. Acaso tenéis armas, aviones y tanques. Los italianos lo tienen todo. Además no se portan muy mal con nosotros, si ustedes los diablos no les molestarían, con ellos pasaríamos buena vida.

Noté que cualquier discusión razonable con el viejo amargaría; estábamos en su casa, el deber de huésped me obligaba aguantar todas sus amenazas, críticas y opiniones. No le contesté nada, el viejo proseguía hablando, luego se puso en silencio.

Cuando la polenta estuvo lista, cogimos las cucharas y empezamos a comer. Aquella clase de comida es sumamente popular en esos lugares, pero a mí no me agradaba en nada. Comí un poco para no caer de hambre y agradecí al buen viejo por su comportamiento.

Al terminar de comer, los compañeros decidieron separarse. Todos eran de las cercanas regiones y se dirigieron a sus casas, quedando Masan y yo solos.

Nos encaminamos por las abruptas y pedregosas faldas de la montaña Kopitnik. Esa era la ruta por la cual deberíamos atravesar para dirigirse a la casa de Masan. La única carretera que unía entonces Danilov Grad con Niksich se hallaba vigilada por los fascistas a todo lo largo. Era peligroso arriesgarse utilizando la carretera, por eso decidimos caminar por la montaña. Todo aquel día caminamos sin descansar.

Al anochecer, nos encontramos cerca de la aldea Dolori. No conocíamos a nadie en el lugar y por el temor que podrían estar los fascistas en él, decidimos permanecer la noche en el campo. Escogimos, entonces, un pequeño cuarto que se encontraba rodeado por las peñas y arbustos para nuestro aposentamiento. No dormimos nada aquella noche, aquel lugar se encontraba cerca del río Zeta y los zancudos abundan excesivamente en él. A pesar que esos insectos son transportadores del paludismo y otras enfermedades, sus picaduras nos molestaban seriamente.

Cuando amaneció, empezamos a caminar por las faldas de la montaña Cerova Luka acercándose a un lugar llamado Bogetich. Allí deberíamos cruzar la carretera y tomar el camino que conduce a la casa de Masan, además mi amigo afirmaba tener amigos en el sitio que nos ofrecerán alimentos y la casa para descansar. Decidimos utilizar toda nuestra fuerza que poseíamos para llegar lo más pronto posible a aquel lugar. Sin agua y con hambre. Aquel día atravesamos una larga extensión de camino, pero cuando llegamos a la casa deseada sufrimos una sorpresa de aquellas que congela la sangre en las venas de espanto. Los fascistas habían entrado en el lugar, algunos días antes, se llevaron a todas las familias a los campos de concentración, quemaron las casas y destruyeron todas las demás cabañas que antes se encontraban. Un gato de color blanco y amarillo salió tras de una pared en nuestro encuentro maullando a nuestro alrededor como si quisiera explicarnos el terrible suceso ocurrido con sus amos.

El embestido monstruo de la guerra había envenenado la mente del hombre, lo utilizaba en sus crueldades de perseguir la paz en todos los rincones del continente destruyendo todo a su alcance.

Así pues, aquel destructor enemigo asociado con el hombre había llegado hasta una humilde familia amiga de Masan y la destruyó por completo. ¿Quién sabe en qué forma? Mi amigo se puso triste, lloraba en silencio.

—Que bestias somos, Novi —dijo renegando, en su voz se reflejaba una pena inexplicable mezclada con odio. Quise consolarlo y cuando empecé hablarle, él me interrumpió, y sin hacer caso a las palabras dijo: —Estas ruinas son testigos que demuestran en qué forma el hombre moderno colabora para el desarrollo humano, este hecho demuestra nuestro sentimiento humanista, es la demostración de respetar las leyes del creador. ¡Ah! hermano, cada día veo las desgracias entre nosotros y por un instante pienso que eso de las divinidades y creencias nada hay de verdad. Cómo Dios puede permitir que su hijo cometa esas barbaridades, ¡¿a ver cómo?!

—No hables así, amigo —le dije, consolándolo—. Después de la tempestad llega buen tiempo, no te desilusiones.

—¿Y cuántos seres humanos perecerán en esta tempestad provocada por los hijos de Dios que se consideran conscientes y humanos?

Cuando llegará aquel buen tiempo, si es que llega, no habrá ni una pequeña fracción de la humanidad.

—Tal vez es el principio de un segundo diluvio universal y los di-vinos han decidido terminar con el mundo en esta forma —le dije, mien-tras en mí interior sentía igual lo que mi amigo acababa de expresar.

—Vámonos de aquí, adelante de estas horribilidades nadie se puede sentir normal, ¿de qué nos vale envenenar la mente?, lo que pasó, pasó, no se remediará —añadí.

Masan observó aquellas paredes entre las cuales se encontraba carbón amontonado, se persignó y partimos. Nos encaminamos por un caminito que desviaba entre los bosques llenos de arbustos y hierbas. Cien metros más allá de la casa quemada encontramos un cadáver en la hierba. La persona había tenido tal vez quince años, era hombre y tenía toda la cara destrozada por las balas, daba horror.

—Es hijo de mi amigo —dijo Masan, al examinarlo—, ha tenido cuatro hijos —añadió—, tal vez los otros están carbonizados.

Cogimos el cadáver, escarbamos una fosa y lo sepultamos en el mismo lugar. Aquella escena nos horrorizó a los dos, viajamos todo aquel día sin pronunciar palabra, como si no supiéramos hablar. Nuestra mente estaba casi paralizada, los pies caminaban obedeciendo una orden muy extraña y que me parecía no provenía de nuestro cerebro. En aquel momento sentí por primera vez asco de la vida y lástima por ser semejante al hombre, al inigualable destructor de todo lo que existe y de sí mismo. Sentí pena de vivir en este mundo al cuál llegué sin mi voluntad y en el cual aprendí lo que en ningún otro aprenderé. Sentí aflicción por asociarme con el hombre en hacer barbaridades y participar en los monstruosos daños al género humano que se efectuaba a cada instante. Por qué la humanidad no adopta alguna otra forma mejor para la vida terrestre, o tal vez la destrucción satisface a Dios y al hombre, pensé, ahogándome en angustia.

Cuando llegamos a la casa de Masan era ya de noche. Allá la sorpresa de los acontecimientos hizo estremecer una vez más nuestro espíritu. En el mismo día en que los fascistas nos sorprendieron durmiendo después de la reunión, los padres de Masan habían recibido la noticia de algunos aldeanos, el cual les afirmaron que Masan y yo fuimos fusilados

al llegar a Danilov Grad. Los viejos se dirigieron entonces al lugar para confirmar la triste información, al llegar a Danilov Grad los italianos revisaron la lista de los sentenciados a muerte y encontraron entre ellos el nombre de su hijo Masan. Aquella confirmación tenía un respaldo de consideración y aseguraba con toda seriedad que los hombres apuntados en la lista fueron sentenciados a muerte y ejecutados, puesto que los padres de Masan visitaron la cárcel mientras nosotros estábamos todavía en él. Aquella terrible comprobación aseguró sin duda a los padres de Masan que su hijo había desaparecido y los consumía en angustia; envolviéndolos en una nube negra y torturadora donde uno pierde la fe y toda esperanza de nunca más ver la luz. Al regresar a su casa, pusieron una bandera negra en el techo, avisando así a todos los aldeanos que para ellos la felicidad había cancelado todo los cantos durante sus pocos días de vida que les quedaba. Los vecinos se reunían a diario en la casa de los Zvicer para consolarlos y participar de la desgracia.

Cuando Masan y yo nos acercamos a la casa, aún de lejos vimos la bandera que se movía agitada por el viento, de la casa salieron un par de personas todas vestidas de negro; Masan me tomó del hombro, su cara estaba pálida, parecía estar asustado de algún monstruoso terror.

—Algo ha sucedido en mi casa —dijo, alteradamente y con voz irritada.

Comprendí entonces que mi amigo creía en la muerte de sus padres y apuré para consolarlo y alejar aquel pensamiento de su mente por algunos momentos.

—Nada ha sucedido en tu casa Masan —le dije, burlándome de su opinión. Tus padres posiblemente recibieron la noticia de tu muerte y hacen duelo continuo.

—No creo que sea eso. ¡Vamos, apúrate! quiero ver qué pasa en mi hogar.

A pesar de que estábamos demasiado cansados y apenados por acontecimientos anteriores, no sé de dónde nos llegó tanta fuerza, pero corrimos con mucha prisa. Al entrar en la huerta los perros nos reconocieron y empezaron a ladrar aullando, cambiando su voz agresiva por una que da a entender que son amigos del hombre y sienten mucha alegría; tras ello salió el papá de Masan. El viejo abrió los brazos, —¡Hijo mío!! — gritó con toda voz, empezó a correr en nuestro encuentro pero

los pies no lo obedecieron. La dura ley de la naturaleza, del cual nada lo que existe escapa, había disminuido con la vejez su fuerza. Dio un par de pasos, luego cayó al suelo gritando: —¡Mare, Mare, ven, aquí está nuestro hijo! —repetía histéricamente, llamando a la madre de Masan.

De pronto, salió Mare. La vieja parecía estar serena, no corrió ni dio grito alguno, se paró en la puerta agarrándose del umbral, palideció un poco y permaneció callada. Aquella silenciosa observación de la madre de Masan era más dolorosa aún. La vieja sufrió una parálisis momentánea de la emoción y de pronto empezó a llorar, riéndose como un niño.

—Atiende a tu mamá —dije a mi amigo, y me acerqué para ayudar a su papá.

El viejo al levantarse me estrechó entre sus brazos y empezó a besar mi cara, gritando a toda voz:

—¡¡Hijo mío que alegría, haz vuelto!!, era mentira, ¡ay! gracias Dios. —le cogí y lo llevé a la casa. La madre de mi amigo daba tal impresión que apenaba todas las células de mi ser, lloraba en silencio apretando sus manos al cuello de su hijo.

Así, en aquel feliz llanto, permanecimos casi dos horas, por suerte llegaron algunos vecinos que de igual manera sufrieron la sorpresiva emoción, pero con su llegada los padres de mi amigo se recuperaron un poco y empezaron a normalizar sus nervios.

Nuestra llegada reemplazó la tristeza en la casa de Masan con una fuerte alegría. Y se bajó la bandera negra sobre su techo. La noticia corrió de persona a persona y en un par de horas la casa de mi amigo se llenó de aquellos que vinieron para felicitar a los afortunados viejos.

Tres días duró la fiesta por nuestra llegada. El cuarto día los vecinos fueron a sus casas dejando el hogar de Zvicer lleno de felicidad. Pero, ¿quién podía en aquella horrible tormenta, que sobrevivía la raza humana, sentirse feliz? En aquel tiempo el hombre había entregado sus cualidades buenas y humanas a la “guerra” quedándose bien armonizado con los bajos instintos adquiridos tal vez de alguna fuente salvaje que lo alejara de las buenas costumbres, la fe y la religión. Aquel fantasma llamada “guerra” otorgaba al hombre los mejores reconocimientos, condecoraciones y honores por la destrucción. Aquél que ocasionaba el más

horrible daño a la humanidad, tanto más aún, recibía gratitud y elogio que lo hacía más cruel y salvaje alejándolo de toda la corrección que el creador señaló al hombre en el principio al existir. En aquel tiempo los llantos se percibían como el canto, la sangre derramada como un líquido cualquiera, la muerte como un hecho digno y la destrucción como las obras de valor honorable, sólo por nuestra talla y apariencia exterior parecíamos seres humanos. Parecía que los demonios en forma de hombre habían invadido la Tierra y con toda su astucia apuraban para destruir a la humanidad.

Así pues, en ningún rincón de nuestro planeta permanecía la tranquilidad, y menos se esperaba su duración en la casa del viejo Zvicer, a cuya puerta tocaban cada día los soldados de la guerra llevando la llama encendida y que sólo faltaba conectarla con el techo para convertirlo todo en cenizas.

De Niksich y Danilov Grad los fascistas penetraban a diario en las cercanas aldeas, tomaban rehenes, quemaban las casas y mataban todo a su antojo. Los campesinos abandonaban sus hogares, evacuando hacia las montañas con la esperanza de encontrar un poco de tranquilidad allá entre los puntiagudos cerros poblados de pinos y lobos.

Como la casa de Masan se encontraba muy alejada del pueblo y de muchas aldeas, varios campesinos de los alrededores de la ciudad y de la carretera se refugiaron donde los padres de Masan. Los viejos emocionados por la inesperada llegada de su hijo ofrecían todo lo que estaba a su alcance para satisfacer a la gente refugiada que se escapaban de las garras del monstruo de la guerra.

Los hombres se reunían y acordaban cómo tomar precauciones, quiénes podrían salvar la vida de sus seres queridos. La gente estaba desordenada y no se podía luchar contra los soldados equipados con los modernos armamentos. Quedaba pues la única solución, prevenir la llegada de los fascistas en los lugares donde se encontraba la población alojada y huir más allá, a las montañas. Durante nuestra ausencia, cuando estuvimos en la cárcel, los pobladores habían reorganizado la vigilancia de las aldeas, cuyas reglas estaban establecidas, sólo faltaba acoplarse al que hacía guardia, tomar nuestro turno y colaborar. Los primeros días de nuestra llegada los aldeanos no permitieron que Masan y yo nos ocupemos de nada, nos ordenaron tomar un reposo absoluto para

recuperar las energías perdidas durante la estadía en la cárcel. Pasamos así una semana sin hacer ninguna actuación. Cuando se cumplía ocho días de nuestra vida inútil, el aburrimiento se apoderó de nuestro ser, no pudimos permanecer más en esa situación y decidimos actuar.

—Mañana saldremos de aquí, vamos hacer las guardias —dijo Masan, mirándome, luego se puso pensativo y dijo— Tengo pena por mis padres. Tú estarás feliz de no tener familia, Novi, en esta desgracia los familiares sufren uno por otro y se consumen en angustia. Pero también generan un calor de amor y comprensión.

Interrumpí a mi amigo y dije:

—El que no tiene familia es como un perro vago, en todos los que encuentre buscará la comprensión.

—Que felicidad sería vivir en la Tierra si todos los seres humanos se unieran con comprensión, cariño, fraternidad, amor y se sintieran como una familia —añadió Masan, pensativo, como si se alejara de aquella confusión sangrienta y trastornada que desanimaba entre los habitantes terrestres.

—¿Qué dices, Novi? Tú que tanto te gusta filosofar, ¿vendrá un tiempo cuando los humanos vivirán unidos como una familia terrestre? —me preguntó, luego de una intercepción.

—Si todos los que poblamos el planeta pensáramos así como tu pensastéis hace algunos instantes, llegaría muy pronto aquel feliz momento. De todas maneras llegará el hombre, está evolucionando, está civilizándose poco a poco. El más fuerte enemigo de la civilización es el egoísmo, esa venenosa epidemia ha envenenado la mente humana, ha hecho a los seres humanos inmorales y los esclaviza. Una vez cuando el hombre venza el egoísmo enterrará todas las desgracias individuales y masivas en la vida.

—Pero nadie se ha dedicado a desarrollar esos pensamientos —añadió Masan—, por eso que al hombre no le gusta ser feliz, examina una cosa y escucha... durante siglos han nacido hombres humanistas que colaboran en bien del género humano, por ejemplo: Jesucristo, sus apóstoles y muchos otros más. ¿Qué ha hecho el hombre con aquellos brillantes y maravillosos ejemplos que efectuó Jesús, San Pedro, San Pablo, San Jorge y tantos humanistas más? Les han proclamado como

santos, llenaron con sus nombres la lista del calendario y allí terminó todo. El hombre no tiende a seguir sus ejemplos de bondad. Han pasado más de dos mil años desde que Sócrates, Pitágoras, luego Jesús, empezaron a pensar en el prójimo y a poner ejemplos de la fraternidad, de sentir el bien al género humano; si el hombre ha deseado ser feliz desde entonces hasta el momento ha tenido tiempo de curar el egoísmo, de fortalecer el sentir humano, de vivir en todos los seres vivientes, sentirlos como a sí mismo. Ha tenido tiempo de eliminar la explotación y con ello toda la miseria espiritual. En la actualidad luchan los hombres, trajeron la “guerra”, destruyen, matan y hacen todas las barbaridades, ¿por qué? Dicen que quieren ser felices, ¡entonces, porqué no detienen la destrucción!, no se puede sentir feliz mientras uno está rodeado por las desgracias. La perfecta felicidad se goza entre los felices, entonces debemos hacer a nuestros semejantes felices para que nosotros sintamos la felicidad.

Me admiraba aquella opinión de mi amigo y procuré no interrumpirle hasta que termine de hablar por sí mismo, hablaba, pues, unas palabras que muy rara vez se escuchan, algo que verdaderamente es de apreciar y que hacen conmover todo el organismo de uno, como que traen una nueva vida, un aire más puro y algo que nos deja sentir alivio al respirar. Masan me hizo comprender en aquel momento que el hombre huye de la felicidad, que congela los buenos ejemplos, que le agrada los sufrimientos y que goza en la destrucción. Cuantos siglos más sufrirá la humanidad de ser víctima de sí misma, pensé en aquel momento.

Mientras mi amigo y yo meditábamos sobre lo que deberían meditar todos los humanos para disminuir el odio, las luchas, el egoísmo y la explotación, nuestro pensamiento fue interrumpido por un hombre que se me acercó en ese momento.

Era joven de buena talla y de presencia agradable, era tuerto del ojo izquierdo, pero eso no afectaba la agradable figura de su rostro. Nos saludó con suma libertad como si nos conociéramos desde el nacimiento y me entregó un sobre dirigido a mi nombre.

La entrega de la carta me sorprendió por completo, pues a mi parecer no muchos conocían mi nombre y casi nadie sabía de mi grado militar y estudios superiores. Miré al mensajero y casi tartamudeando le pregunté:

—¿De dónde viene?

—De la montaña Zakamenje —contestó el joven.

Mientras tanto rompí el sobre y empecé a leer la misiva cuyo contenido decía así: *“Sé que te sorprenderá, pues, ayer supe que escapaste con vida de las armas fascistas, te felicito es un verdadero triunfo. Uno de los hombres que escapó contigo llegó a mi comando por casualidad y me lo contó todo. Lo más que me admira es la obra de la madre que te visitó en la cárcel, esa es una de nuestras colaboradoras, ella ha salvado veintitrés hombres hasta ese día, de no ser fusilados. Es italiana de Trieste, pero en ella existe una santidad más pura que en los demás. Te hago saber que toda la región está organizada para defendernos del ocupador, no podemos enfrentarlos con las armas porque es demasiado superior, pero podemos vigilar sus movimientos y ayudar a la población, abandonar sus hogares antes que el enemigo los sorprenda. Conozco tu ejemplar opinión en la defensa de los que sufren, pues, el caso de ahora, el que sufre es nuestro pueblo. Hemos designado varios sitios sobre los cuales es posible observar los movimientos fascistas de Danilov Grad y de Niksich. Uno de ellos es cerca de Povia y he pensado designarlo a ti, no he revelado a nadie mi pensamiento pero creo que aceptarás colaborar con la indefensa población. No creo que te agrade ver a los niños y mujeres agrupados en los campos de concentración muriéndose de hambre, sed y frío. Espero, pues, tu contestación y te saludo atentamente. Tu amigo A. Miranovich”.*

Aquel hombre conocí durante los estudios en la academia militar. Era ejemplar compañero, terminó sus estudios dos años antes que yo y al graduarse fue designado a los cuarteles de artillería en la ciudad de Split. Desde entonces nada supe más sobre él. Me alegré de recibir la carta de un amigo de escuela. Pasé la carta a Masan para que se enterara de su contenido y participe en la decisión.

—¿Conoces bien a este hombre? —preguntó Masan, cuando terminó de leer.

—Sí —contesté—, es un buen amigo y excelente compañero —agregué.

—Entonces, vamos mañana mismo —añadió mi amigo.

Cogí una hoja de papel y contesté a Miranovich, diciéndole que en el curso del día siguiente partiremos para visitarlo.

Durante aquel día estuvimos preparándonos para el viaje, avisamos a los padres de Masan sobre lo sucedido, ellos se entristecieron, como es natural. Su único hijo acababa de salvarse milagrosamente de la muerte y de nuevo se dirigía a enfrentarse con ella.

—¡Qué triste es ser madre! —exclamó la mamá de Masan, mientras observaba a su hijo, luego le besó la frente y se alejó llorando, pero en silencio. Muy pocas personas saben ahogar sus llantos en su pecho como lo hacía la madre de mi amigo, lloraba de alma y hablaba con dolor, su apariencia en aquellos momentos era conmovedora.

Al amanecer estábamos listos para el viaje, los padres de mi amigo nos acompañaron en prepararnos. La despedida era conmovedora y tenía el olor a una separación eterna. La madre miró a su hijo, como si estas miradas fuesen las últimas en la vida terrestre. Le estrechó fuertemente. Las lágrimas bañaban su rostro arrugado, pero no daba llantos, no hablaba y no sollozaba, era algo que estremecía los sentidos humanos, cuídate hijo. Recuerda que tienes a tu madre que te espera, trata de regresar a sus brazos, ella sin ti no puede vivir.

—Anda con Dios —dijo y se fue su padre, no habló mucho. Él contenía las lágrimas pero su cara estaba pálida, luego cambiaba de colores y se ponía más horrible aún.

—Ten valor hijo, los hombres luchan por algo que se llama la libertad, eso es muy caro conseguir, cuídate y que Dios te proteja —dijo el anciano, retirándose.

Masan y yo nos sentimos apenados por igual. Creo que la despedida no menos nos afectaba que a los viejos, nuestros organismos jóvenes y lleno de vigor consumía una gran cantidad de pena sin demostrarles, pero más dolía ver a los padres de Masan tan acongojados.

Cuando partimos empezó a llover, las densas y negras nubes se movían a poca altura sobre la superficie y se precipitaban en aguacero. Los truenos de vez en cuando descargaban la carga eléctrica alcanzando algún pino de los más altos y a poca distancia de nosotros haciéndolo rajar en finas y largas tiras. La naturaleza seguía su rumbo sin importarle la situación en el cuál se consumían sus hijos humanos.

Caminamos todo aquel día, el joven que nos trajo la carta, el día anterior, había dado a Masan las explicaciones, mencionando los lu-

gares por el cual debíamos de pasar. Le señaló, también, el sitio dónde se encontraba el capitán Miranovich, pero a pesar de todo, había cierta duda en la exactitud de nuestro rumbo. Aquellas regiones son mayormente prados con llanuras, sin muchos montes, muy pedregosos y nada agradables. Sus colinas son muy similares entre sí. Un viajero de poca experiencia se puede perder con facilidad en aquella montaña. Varias veces durante el viaje de ese día hemos dado dos o tres vueltas alrededor de un mismo cerro sin darnos cuenta. Entonces, parábamos un rato para descansar, luego comenzábamos de nuevo hasta elegir la ruta deseada.

En aquel camino, sin mucho aprovechar, perdimos todo el día. La noche nos encontró en un valle rodeado por colinas sin montes ni arbustos. Allí acurrucados uno contra el otro permanecimos hasta el amanecer. La lluvia no cesó de caer durante la noche y aumentaba aún más aquel frío otoñal.

Cuando apareció el alba empezamos a caminar. Al medio día, más o menos, llegamos donde se había alojado nuestro amigo Miranovich. Era un valle rodeado por las alturas, su mayor parte estaba poblado por los montes y en su centro tenía varias cabañas de pastores. Sobre el techo de tres cabañas se elevaba un pequeño humo de color gris, movido por el suave viento que soplaba débilmente desde las montañas. Eso nos aseguraba que en aquellas barracas estaban alojados nuestro amigo y sus compañeros.

—Por fin llegamos —dije a Masan, que se mostraba alegre de haber efectuado el hallazgo del lugar indicado en la carta por Miranovich.

—Parece que sí —contestó mi amigo—, vamos para sorprenderlo —añadió.

Apenas caminamos algunos cientos de metros, cuando un hombre tras de una peña salió en nuestro encuentro.

—¡Alto! —gritó a toda voz, encañonándonos con su fusil.

Su voz era amenazadora y nos aseguraba que estaba decidido a disparar al menor de nuestro movimiento.

—¡Deténganse! —dijo Masan—, ¡estos hombres!, no saben respetar a los desconocidos—, más nos detuvimos en el instante.

—Quiénes son ustedes, que buscan acá —preguntó el vigilante.

—Somos amigos del capitán Miranovich, él nos hizo llamar, venimos para visitarlo —contestó Masan.

—No se muevan, esperen allí —habló luego a otro compañero sin quitar la mirada sobre nosotros.

Su compañero corrió hacia la cabaña, mientras el que nos vigilaba ordenó que soltemos las armas.

—Como me duele separarme del fusil —dijo Masan, después de tirarlo al suelo.

—A mí me duele porque tengo que llevarlo, preferiría cargar un palo o cualquier otro objeto que no provoque la muerte —dijo sonriendo.

—Ah! Siempre tú lo mismo, que no debemos matar, que no debemos usar las armas, que no debemos agredir a los humanos, pero los otros humanos nos matan, nos maltratan y nos hacen daños de todas las clases, nos obligan y tenemos que hacerlo —dijo Masan, con tono alterado.

Hay momentos cuando una ola de malas ideas y razonamientos invaden a los mejores pensamientos, yo entendí que ese momento lo había embargado a mi amigo, por eso no le contesté para no excitarlo, permanecí callado. Siguiendo con la mirada al hombre que se dirigió hacia las cabañas para avisar al capitán de nuestra llegada.

—Tal vez nos resultará este capitán como lo era el sargento —dijo Masan, refiriéndose al comandante anterior, que nos había traicionado.

—Conozco al capitán, nunca ha demostrado maldad alguna, pero no se puede creer en nadie, el tiempo de guerra es libertad de los instintos de cada uno que en ella participe, en fin, veremos —dijo.

En eso, el hombre que fue a avisar de nuestra visita regresó corriendo.

—Déjelos pasar con armas —dijo.

—¿También con armas? —preguntó de nuevo el que nos tenía a mira de fusil.

—Sí, con armas —le repitió el que traía la orden.

El preguntón levantó los hombros, hizo una sonrisa burlona, colgó su fusil al hombro, y dijo:

—¡Pasen! —con mala gana, quedándose mirándonos con sospecha.

El que trajo la orden para que pasemos nos acompañó hasta una de las cabañas y nos enseñó la puerta. Me acerqué y toqué suavemente, abrí las tablas reunidas y entré. En el fondo del interior había una cama construida de tablas juntadas de manera provisional y muy rústica. Sobre las tablas se encontraba cantidad de hierba seca tapada con una frazada que estaba rasgada en varios sitios. Sobre ella se encontraba recostado un hombre de baja estatura, espaldas anchas, cara larga, ojos negros hundidos en las ojeras, de pelo castaño y nariz recta, tenía barbas y los bigotes gruesos, debajo de ellos, blanqueaban unos dientes de perfecta construcción, manteniendo una sonrisa continua y amble que su poseedor acostumbraba usar.

Aquel hombre era el capitán Miranovich, tenía, tal vez, treinta y cinco años de edad, pero parecía muy agotado debido a los sufrimientos que soportaba. A su alrededor estaban cinco hombres jóvenes de edad, llenos de ánimo. Al vernos entrar, el capitán saltó de sorpresa, corrió hacia mí y me abrazó fuertemente. Bastantes años habían pasado sin vernos y aquel encuentro nos hacía recordar la vida durante cinco años en la academia militar pasando ratos buenos y malos.

—No has cambiado en nada —me dijo, después de abrazarme—, yo sí, parece que voy a envejecer rápido —dijo, riéndose.

Le presenté a Masan, le gustó mucho la presencia de mi salvador y amigo, y nos pusimos a conversar sobre los recuerdos, primero, y luego, sobre la tenebrosa situación producida por la guerra entre los hombres civilizados que nos amenazaban con la destrucción.

—El demonio fascista, o mejor dicho del “hombre civilizado” amenazaba los hogares, los niños y viejos —empezó mi capitán, con tono lleno de sentimientos—. Debemos protegerlos, pero es difícil hacerlo, no tenemos armas, hombres, organización, ni leyes, cada uno va por su lado como ovejas espantadas que no saben a dónde van. Una cantidad de los ciudadanos de las regiones más expuestas al paso de los fascistas me obligaron a guiarlos, pero a dónde y cómo, no lo sé. Es fácil guiar hacia la muerte en las batallas, en los ataques, pero desviar a todos esos espantos y quedar con vida sin daños, eso es difícil. Decidimos, como antes se había acordado, vigilar los movimientos de las tropas en lo posible para prevenir a la población y de poder evacuarlos de sus

hogares con tiempo. Uno de los puntos de más dominación es en Povia, allá nos turnamos cada tres días, ocho a diez hombres. Ellos tienen el deber de avisar inmediatamente si notan que soldados fascistas se encaminan hacia las aldeas. Hay escases de hombres, tenemos apenas veinticinco, no alcanzamos a mantener la vigilancia en otros puntos —en eso entró un hombre en la cabaña.

—¡Novi! —gritó, con la voz irritada de alegría. Lo abracé al llegar a mí; era uno de los presos sentenciados a muerte que escaparon conmigo por la chimenea.

—Mi nombre es Vaso, creo que no lo recuerdas, cuando huíamos no hemos conversado mucho y nos separamos sin saber los nombres de todos. Los que se quedaron en la cárcel fueron fusilados al día siguiente —agregó—, no quisieron escapar con nosotros y recibieron “la libertad”.

—¿Cómo sabes tú eso? —le pregunté.

—Fui a mi casa, allá me contaron, porque un traidor llegó a la aldea para llamar al pueblo a presenciar el fusilamiento. Los fusilaron delante de miles de personas, uno de los muchachos tiró su billetera a mi hermana que se encontraba en ese momento presente, que pena nos ha dado, mi hermana estuvo llorando toda la semana después. Los fascistas al día siguiente de nuestra fuga —continuó el fugitivo—, entraron en las aldeas cercanas a Danilov Grad, atraparon a los muchachos y mocosos, todos eran casi niños, luego como para atemorizar al pueblo obligaron a todos los habitantes a presenciar el fusilamiento, era horrible; dicen que muchos de los que fueron muertos cantaban cuando los fascistas dispararon sobre ellos, allá murieron más de un ciento de jóvenes, a todos enterraron en una fosa común —terminó diciendo.

—Así, pues —interrumpió el capitán, como sin dar importancia a la conversación del ex presidiario—, debemos actuar en la salvación, no sabemos hasta dónde podremos ayudar a la gente, pero sabemos que de alguna forma debemos intentarlo. Vaso me ha contado de ti, me dijo que has sido sentenciado a muerte, me ha contado también, que te salvaste milagrosamente entre los muertos en la fosa de Niksich, sé que tu amigo Masan te salvó, en fin, supe de ti todo lo bueno, lo malo se oculta pero no me interesa, tú no tienes mucho de ello —terminó el capitán, agregando una sonrisa a las últimas expresiones, haciéndoles anunciar que bromeaba. Pienso, Novi, que después de un pequeño descanso, te hagas

cargo de la observación de Povia. Mandaremos cinco hombres cada tercer día, tú estarás permanente allá hasta que se cansen los fascistas de entrar en las aldeas. Tal vez, cuando empiece el invierno no se atreverán alejarse del pueblo.

Mientras el capitán conversaba, con el propósito de animarme aceptar sus proposiciones, que no eran nada más que la justa intención de escapar y ocultarse del hombre que buscaba su satisfacción en nuestra muerte, yo aproveché para meditar sobre mi decisión. Aceptar el cargo de dirigir la vigilancia era labor de mucha importancia. Me agradaba ponerme al servicio de la protección humana todo mi esfuerzo, pero había factores que no me daban la seguridad de cumplir mi deber con exactitud. El terreno era para mí desconocido por completo. Los hombres y sus costumbres tampoco los había acabado de conocer, pero a pesar de todo, el deber para ayudar al prójimo me obligaba de colaborar, y antes que el capitán terminara con su conversación, le interrumpí.

—Sí, Miranovich —dije—, acepto tomar la responsabilidad de las observaciones provisionales con Povia, pero quiero que mi amigo Masan sea mi colaborador. Con él tengo más confianza en mí mismo, él conoce los lugares, la gente, los hombres y sus costumbres, creo que juntos cumpliremos mejor nuestro deber.

—Yo no soy ninguna autoridad —añadió, Miranovich. Tu bien sabes, Novi, que acepté colaborar con el pueblo porque vi que es necesario, igual mando tengo yo como tú. Los dos, o todos juntos ya componemos una fuerza que puede razonar mejor, decidir y actuar con menos errores.

En eso entró Masan y Vaso, ellos se conocían de antes, habiéndose unido ahora con las mutuas ideas en una amistad agradable.

—¿Están listos los planes? —preguntó Masan, sonriéndose.

—Listos y confirmados —contestó Miranovich—. Ahora, solo falta que nos acomodemos para descansar.

En eso, un soldado entró bruscamente e interrumpió la conversación.

—Señor capitán —dijo el que acaba de entrar—, tenemos visita, varios hombres y mujeres han llegado. Están allá, esperando que usted acepte que entren en la casa.

—¿De dónde son? —preguntó Miranovich.

—Son de Bjeloporlich. Dicen que quieren reunirse con nosotros para colaborar; la mayoría son jóvenes.

—Que entren —dijo el capitán, con una ligera sonrisa de contento.

—Ya ves, Novi, pronto tendremos un arma para acabar con el último fascista. ¿Tú, qué opinas? —preguntó, mientras se preparaba para salir a recibir a los recién llegados.

—Yo preferiría que la guerra termine en este momento —contesté, saliendo de la cabaña.

CAPÍTULO DÉCIMO

La fiesta en la montaña

Cuando salimos de la cabaña nos encontramos con una sorpresa muy agradable. Frente a nuestra casita, construida de piedras y tablitas, se había reunido un grupo de hombres y mujeres cuyas edades oscilaban entre quince y veinticinco años. Los habían de todas las regiones cercanas y cada uno traían un bagaje lleno de víveres, había allí víveres de toda clase, y una que otra damajuana de vino y slivovitz, también. Una cantidad de los visitantes estaban armados y la mayoría conocían al capitán. Cuando terminaron las presentaciones y saludos nos sentamos en el mismo sitio, formando un gran círculo sobre la hierba que terminaba de secarse bajo los pálidos rayos del sol otoñal. Los compañeros del capitán que habían llegado con él días anteriores, también acudieron a la reunión y se alegraron por la llegada de los jóvenes. Enseguida, en compañía de las alegres conversaciones, risas y carcajadas, los visitantes empezaron a dividir la comida entre todos. La agradable reunión, debajo del cielo limpio y azul, llenaba de alegría aquel valle y me parecía que aquel lugar estaba apartado de mucha distancia de la Tierra y que sus habitantes vivían sólo en paz y amor, sin saber nada de la guerra, de la destrucción, del heroísmo guerrero, ni de los guerreros. Poco a poco la noche nos cubrió, con su cubierta negra y refrescante, como si ella también se reuniera con nosotros y nos apartaba de los hombres guerreros, escondiéndonos en su oscuridad y se apuraba de transportarnos en algún otro planeta donde sus habitantes admiran, cultivan y disfrutan en paz, de amor y fraternidad. Poco después salió la luna, aquella hermana menor del astro rey, nos saludó con sus rayos blancos y pálidos, alumbrando los rostros frescos y rojizos que huían de la guerra y de los guerreros. Aprovechamos aquel instante para saborear un coctel de libertad y paz, sin saber que mañana terminaría la vida terrestre, bajo los sacrificios aplicados por el hombre, el hijo de Dios.

—Para muchos será la última alegría —me dijo Masan, poniéndose pensativo—. Estamos en la confusión sangrienta, llena de dolores, barbaries, sacrificios y está basada en la muerte, nada podemos prevenir ni pronosticar. Durará hasta que el hombre se libere del egoísmo y se dedique sinceramente a cultivar la paz, el amor y la fraternidad entre los humanos... ¿y eso... cuándo será?

—Nadie puede predecir —contesté, mientras las voces de los cantos daban un eco agradable que se perdía entre las colinas, parecía que allá encontraba a los guerreros y ellos los destruían con sus armas.

Hubo danzas, bailes, cantos y carcajadas. Todos se divertían por igual, la fiesta duró hasta el amanecer; cuando salió el sol, empezamos a prepararnos para el viaje. El capitán designó cinco de sus compañeros para mi acompañamiento. Luego reunió a todos, despidiéndose de cada uno, recomendándonos mucho cuidado con la vigilancia. Cuando nos despedimos de los compañeros sentí mucha pena, aquella gente parecían ser amantes de la paz, llenos de los sentimientos humanos y de un espíritu noble y alegre. Alguna fuerza ajena ingresaba en mi mente un triste pensamiento que me preocupaba y hasta me daba miedo. No comuniqué a ninguno de mis compañeros sobre mi ánimo, por temor de no desmoralizarlos, entonces decidí luchar con los sentimientos en silencio.

Masan y algunos del grupo conocían el camino que llevaba para Povia, tomaron el cargo de guía y partimos. Viajamos todo el día sin descansar. Era de suma importancia acercarse de día a la carretera que unía Niksich con Danilov Grad. Observar con cuidado sus alrededores y de noche cruzar al otro lado para entrar en la región montañosa llamada Budos. Comunicarse con los hombres que vigilaban aquella región, y en su compañía escoger el sitio dominante para establecernos.

Por suerte llegamos cerca de la carretera en pleno día, nos echamos en las hierbas y empezamos a observar con la curiosidad del soldado. Nadie circuló por la carretera aquella tarde y eso nos aseguraba el buen resultado de nuestra decisión. Cuando anocheció, cruzamos la pista, nos alejamos uno tras otro entre las piedras y arbustos sin que nadie viera. Unos compañeros se sentían cansados, entonces decidimos descansar, escogimos un lugar abrigado en el cual no penetraba el fuerte viento y nos echamos. Nuestro propósito era descansar sólo algunas horas para continuar el viaje luego, pero no fue así.

El cansancio del camino y la noche anterior sin dormir aplicaron sobre nuestros cuerpos una fuerte pesadilla. El sueño se apoderó de nosotros apenas tocamos el suelo. Despertamos cuando salió el sol al día siguiente. Todos nos asustamos, a nuestro alrededor estaban puras rocas; acá y allá uno que otro árbol de roble con sus hojas amarillas listas para caer, aumentaba todavía nuestra desilusión, nos levantamos como espantados. Masan se puso al frente a guiar, y salimos. Ya no teníamos sueño, el cansancio había disminuido considerablemente, podíamos andar rápido como venados.

Al medio día, llegamos a un lugar cerca de una pequeña explanada que se extendía entre las lomadas llenas de rocas, a un costado de la pampita se encontraban dos casitas, estaban construidas de piedras y techados con paja de trigo. Cuando nos acercamos a ellos varios perros salieron a nuestro encuentro, tras los ladridos salió un hombre de pequeña estatura vestido en pantalón con el pecho descubierto, estaba despeinado y descalzo, daba aspecto de una persona desagradable y de carácter renegón, nos miró sospechoso y trató de evitar la conversación con nosotros. Ninguno de nosotros se atrevió hablarle. Después de un pequeño silencio yo decidí hacerlo. Le saludé y le pregunté por la casa de Vuko Zurich, quien era el hombre que dirigía la vigilancia en aquella zona y a cuyo nombre estaba dirigida la carta del capitán.

—¿Para que preguntan por ese hombre? —respondió el descalzo.

—Tenemos una carta para entregarle —contesté.

—¿Quién lo manda?

—El capitán Miranovich.

—¿Dónde está él? —preguntó de nuevo, malhumorado.

—En Zakamenje y nos manda para visitar a Vuko.

—Denme la carta —dijo, extendiendo la mano.

—Está dirigido al nombre de Vuko Zurich —le contesté con enojo, como para demostrarle que nosotros sabemos amargarnos también. Masan sonrió a mi comportamiento y se alejó de nosotros.

—Yo soy Vuko Zurich, denme la carta.

—Ahora nos entendemos —dijo, entregándole el sobre.

El hombre tomó la carta, la volteó varias veces, abrió el sobre por un costado, sacó el papel escrito, la miró con las letras al revés, luego me la devolvió.

—No tengo anteojos —dijo—, hazme el favor de leerme eso.

Tomé la carta y empecé a leerla. Mientras tanto noté una expresión, como ego avergonzado, en la cara del que afirmaba llamarse Vuko Zurich, entonces descubrí que aquel hombre no sabía leer.

—Gracias —dijo, cuando terminé de leer.

Tomó el sobre y regresó a la casa. No demoró mucho y cuando regresó estaba con camisa, peinado y con zapatos, nos hizo sentarnos en el patio y nos invitó a tomar aguardiente. Se sentó a un lado, nos observaba con mucha desconfianza.

—Que desean ustedes acá —preguntó Vuko, mientras fumaba su pipa con alteración.

—Queremos colaborar con vosotros en la vigilancia, además ha escuchado lo que ha dicho el capitán en la carta. Yo opino que está bien clara nuestra intención.

—Clara para ustedes, pero para mí no lo es —añadió Vuko—. Por acá pasan a diario varios hombres, unos dicen que admiran a los fascistas, otros dicen que defenderá la libertad en nombre de rey Pedro. Mientras algunos se muestran rebeldes y no quieren colaborar con nadie, quieren una lucha contra los italianos. Yo he acordado con el capitán vigilar a las tropas fascistas y cuando ellos decidieran introducirse en las aldeas para saquear y quemar los hogares, avisar a los habitantes para que se alejen. Nosotros no podemos luchar contra tanta fuerza armada, sería como entrar en las llamas prendidas.

Mientras Vuko interrogaba con su conversación sin darnos ninguna confianza, un joven entró en el patio, vestía el sobretodo de jebe y cargaba fusil; por su modo de saludarnos se notaba que venía desde lejos, sintiéndose bastante cansado. Cuando entró entre nosotros y vio a Masan, los dos se sorprendieron por el encuentro.

—Es mi compañero de colegio —dijo Masan—, y me alegro de haberlo encontrado.

Aquel cordial y amigable saludo entre dos amigos hizo brillar los ojos de alegría a Vuko, se sonreía con el agrado y se notaba que recién empezaba de tomar en serio nuestra colaboración.

—¡Papá! —dijo el joven muy entusiasmado—, te presentaré un amigo mío de colegio, se llama Masan Zvicer es uno de mis mejores compañeros.

Vuko extendió la mano huesuda apretando el puño de Masan, manifestándole rastro de sinceridad que hasta entonces mantenía reservada. Tomó luego un banquito, se sentó a mi lado y empezó a disculparse por el comportamiento anterior.

—Pedro ven —exclamo Vuko, llamando a su hijo que acaba de llegar—, acá tengo una carta del capitán Miranovich, a ver, léela, quiero oír de nuevo que dice el capitán. El señor me lo ha leído antes, pero yo estaba confundido y no me acuerdo exacto lo que decía.

El muchacho tomó la carta y empezó a leer, cuando terminó la lectura, Vuko me extendió su mano.

—Discúlpeme, señor Novi, estaba desconfiado, en esta vida terrestre los hombres vivimos más de las mentiras que de las verdades. Muy pocas veces uno se siente con el espíritu tranquilo y con ganas de idear y producir cosas buenas.

Me alegré escuchar a aquel hombre de apariencia salvaje palabras que tienden de favorecer a la humanidad e intenté con mucho agrado demostrarle mi agradecimiento.

—Mi hijo —continuó Vuko—, está haciendo guardia también, acaba de llegar después de cinco días. ¡Ahhh! Señor Novi —suspiró Vuko—, Pedro es mi único hijo, usted no sabe cómo nosotros los padres sentimos cuando nuestro hijo se aleja y se dirige frente al peligro, es como si alguien extrae un pulmón y nos deja así sufriendo con el pecho abierto. Otra vez se siente deseo de morir, pero se opone la pena de no saber por el destino de su hijo, es usted feliz porque no tiene familia —terminó Vuko, apenándose.

—Uno se queja porque no tiene familia, mientras otro sufre por tenerla, cuál de esas dos quejas es más lamentable —pregunté a Vuko, pensé ponerlo en dificultades de contestarme.

—¡Ah! Novi, quién le puede contestar eso sinceramente. Eso es el otro problema. No lo sé, pero creo que si hay paz, fraternidad y entendimiento humanitarista entre los hombres es mejor tener familia. Usted no puede imaginar señor Novi, como está uno en goce de felicidad viéndose rodeado entre familia. Por qué nosotros los hombres no formamos así una familia terrestre, puesto que todos somos hijos de un solo padre, según afirman. Imagínese como se viviría feliz si no existiera la guerra —añadió el viejo—. Mi bisabuelo murió en la guerra, luego mi abuelo y por último mi padre, cuántos sacrificios sufrieron las familias, penas, torturas, ¡aahhh!, uno se pone como loco al pensar en esas cosas, que me parecen las más bellas y útil para la vida feliz. Pero yo veo que muchos otros hombres no piensan así, entonces yo no sé si mi opinión es mala a la de ellos, ¿usted qué opina?

La conversación del viejo ocasionó en mí una gran sorpresa. Aquellas opiniones y ansias por las bellezas creadas por la naturaleza para la vida estaban conjuntas en su alma y sin leer las obras de ningún filósofo, ni saber que esa ciencia existía, expresaba los buenos deseos de orientar la sociedad terrestre para eliminar la guerra, las destrucciones y el odio, tal como lo hicieron muchos pensadores que se empeñaron por el bien de la humanidad durante los siglos. Nada más agradable puede oírse que los deseos del bien al prójimo, es como una música de refinada melodía que hace vibrar cada célula en nuestro ser de goce.

—No se desanime, señor Zunich —le contesté con buen ánimo, siga pensando en el bien por los humanos, Jesucristo hace dos mil años trazó la vida de bien para el hombre, luego fue crucificado por hacer bien. El que hace y piensa bien no espera elogios ni condecoraciones por ello, lo hace con toda fe para que progrese la humanidad y se corrija con los razonamientos los que piensan mal.

En eso una mujer en la puerta dio un giño con los ojos a Vuko y regresó muy de prisa. Zunich comprendió la señal de su esposa y nos hizo pasar a la casa.

—Creo que nos han preparado algo para comer —dijo—, pasen por favor—, añadió, mientras se levantaba, cogiendo un banquito bajo el brazo.

Entramos en la casa, hecha con pared de piedra y sin piso. Una mesita redonda que se utilizaba sólo para servirse las comidas sobre ella, se encontraba al centro de la casa, rodeada de los pequeños banquillos que servían en lugar de las sillas. Al centro de la mesa se encontraba un pan de harina de trigo cortado en trozos. En aquellos lugares los campesinos preparan el pan en sus hogares, son panes que pesan varios kilos y tienen el sabor agradable. Al lado del pan se encontraban platos llenos de queso, nata y varias botellas de vino. Todos comimos con gusto y agradecimos por la buena atención a Vuko.

—El lugar donde estarán ustedes para la vigilancia se encuentra bastante lejos de aquí —dijo Zunich—. De noche es muy difícil caminar. Mi opinión es que descansen hasta mañana; partiremos entonces antes del amanecer así pasaremos de día los lugares más abruptos y peligrosos de transitar.

La proposición de Vuko fue aprobada por todos. No conocíamos el camino y la desviación podía provocar grandes dificultades. En un rincón de la casa, acumulamos la paja de trigo y nos acostamos sobre ella, discutimos algunos problemas durante algunas horas de la noche hasta que el sueño interrumpió todas las preocupaciones. Cuando apareció el alba, Vuko nos despertó tocando a cada uno. Nos entregó luego un pan que pesaba tal vez tres kilos a cada uno para el hambre y partimos con Vuko adelante.

Caminamos todo el día sin parar, casi cuando oscureció llegamos a una loma puntiaguda, llena de rocas y pequeños árboles de robles. El sitio era dominante y se podía observar de allí casi todo el largo de la carretera hasta Danilov Grad.

—Acá es su punto de observación —dijo Vuko—, pero para descansar, los que llegan de vigilancia deben permanecer allá —dijo, enseñándonos con la mano una cabaña de construcción sumamente rústica y que estaba tal vez trescientos metros cerro abajo del punto de vigilancia—. Acá debe permanecer escondido permanente un guardián. Deben tener mucho cuidado de que los sorprendan los fascistas, ya que, nunca falta uno que le agrada la desgracia humana, hay traidores que conocen este sitio igual que nosotros y fácilmente pueden traer a los italianos sorprendiéndolos y destruyéndolos entre estas piedras.

Vuko permaneció esa noche con nosotros, nos contó muchas historias que memorizaba de aquel lugar donde nos encontrábamos, allá en

tiempos de los turcos, donde se habían librado muchas batallas entre los soldados otomanos y montenegrinos, también hubo emboscadas por los dos bandos. Cada una de estas rocas guarda memoria de los gritos de los heridos, están bañadas en sangre y fueron testigos de las barbaries de los hijos de Dios.

Cuando amaneció, Vuko se despidió de nosotros deseándonos mucha suerte, y partió. Allí permanecimos varios días sin novedad, en la cabaña habíamos acomodado bastante hierba seca que no servía para acostarse. La lluvia caía casi a diario y nos ocasionaba mucha molestia. El techado de la cabaña estaba hecho de pajas de trigo, se encontraba en malas condiciones, las goteras durante las noches no nos permitía descansar en un sitio. Casi todas las noches permanecíamos sin dormir, acurrucados alrededor de una pequeña hoguera al centro de la cabaña. Cada dos horas nos turnábamos en la cota decidida para vigilancia. Allí, el vigilante debería permanecer lo más oculto posible durante el día, pero de noche podía moverse de una a otra peña para observar y escuchar mejor.

Un día, aprovechamos la neblina que cubría la gran parte de nuestro lugar, para arreglar el techo de nuestra casita. Recogimos las hierbas secas, ramas de los árboles y las acumulamos sobre los palos que contenían el techo. Cuando anocheció, la lluvia empezó a caer muy fuerte, nuestra techada estaba arreglada y las gotas no nos molestaron tanto, a pesar de un fuerte aguacero que se precipitaba sobre nosotros, aquella noche, por primera vez, pudimos dormir un poco.

Al amanecer llegó un mensajero, nos trajo un poco de fiambre, tabaco y una botella de aguardiente. Nos entregó los saludos de Vuko y las recomendaciones para tener mucha precaución. Masan escribió una carta a sus padres, suplicándole al muchacho para que la envíe lo más pronto posible.

—Hace varios días que no tienen noticias de mí, tendrán muchas preocupaciones —nos dijo, entregando la carta. El mensajero recibió el sobre y regresó apurado.

Aquel día amaneció lloviendo, las densas nubes cubrían toda la región, se acumulaban por encima de nuestra casita, como si quisieran presenciar algún suceso horrible manteniendo en secreto su proposición.

Mientras tanto en la cabaña, la risa, las carcajadas y la alegría irradiaba aquel húmedo ambiente. Uno de los compañeros acomodó su capote al suelo, cortó luego los panes y quesos que el mensajero acababa de traernos y los puso sobre el capote. Separamos una cantidad para el compañero que se encontraba en la vigilancia y empezamos a comer sin demora.

—Buena mesa tenemos —dijo uno.

—La mesa no interesa, amigo, sino lo que está sobre la mesa —añadió el otro—. Mientras los demás sonreían.

—Bueno pues, salud —añadió Masan, con su expresión agradable y jovial.

—Borracho —agregó el que estaba a su lado, jalándole la botella, antes que Masan pensara entregársela.

—No lo molestes —interrumpió el más joven—, nuestro amigo Masan tiene suerte en todo, imagínense, la monja le aconsejó como escapar de la cárcel—. Era uno de los jóvenes que escapó con nosotros de la cárcel, era cómico y muy hablador, todos se reían de su expresión, mientras la botella de aguardiente la trasladaban de mano a mano.

—Hay mañanas cuando uno amanece triste y sin ganas de hablar ni reírse —dijo uno que estaba a mi lado—, entonces, uno se siente como si regresara de un velorio, apenado y lleno de tristeza.

—Ya basta con el romanticismo; come y riéte, o vete afuera y llora como la mujer celosa —interrumpió Masan.

Mientras los demás sonreían alrededor, en mi interior algo sofocante ahogaba toda mi alegría. Un presentimiento triste e insoportable torturaba mi ánimo y me separaba de toda conversación. Utilicé toda mi fuerza para disimular la melancolía ante los demás compañeros.

—Qué bonito será vivir así en alegría y en paz —dije yo.

—Ya el otro también empezó a filosofar —dijo Masan, sonriendo—, vivir así es bonito, comer en el capote y aguantar la lluvia que no me permite dormir. Ustedes que dicen, ¿esa vida es bonita o hay otra mejor?

—Ja, ja, ja —todos sonrieron, yo también sonreí, pues la maestría de Masan para desviar mi idea me agradó.

Así pues, en esa pequeña chocita se efectuaba la agradable discusión, llena de flamante juventud y ninguno de nosotros imaginaba que aquella reunión sería la última y más dolorosa para los sobrevivientes.

Nadie de nosotros pensaba que a nuestro alrededor estaba el feroz enemigo, “el hombre”, que se oponía a todas las armonías, que perseguía la paz, que destruía la fraternidad y que dentro de breves minutos derramará nuestra sangre y confundirá con ella aquellos trozos de pan desparramados sobre el viejo capote de nuestro compañero.

Nuestra apreciada casita, que días antes habíamos arreglado para protegernos de la lluvia, estaba rodeada por los fascistas. Ellos aprovechando la neblina y con ayuda de algún traidor habían llegado a Danilov Grad, se introdujeron en la cabaña para destruir a nuestro vigilante, preparándonos así la ejecución. De pronto oímos un disparo, comprendimos que nuestro vigilante fue atacado y nos apuramos para ayudarlo. En aquel momento, la lluvia de balas silbó por encima de nuestras cabezas, traspasando el techo de la choza.

—¡Échense al suelo! —grité, a toda voz, pero nadie me obedeció. Los muchachos corrieron hacia la salida para ayudar a nuestros compañeros y todos encontraron la muerte en la puerta. Un soldado fascista estaba atrincherado a pocos metros de la cabaña, disparaba con su ametralladora sobre la puerta y no permitía que nadie salga con vida. Aquella horrible confusión no me permitía pensar en nadie, Masan saltó hacia la puerta, traté de agarrarlo y tirarlo al suelo pero no lo alcancé, todo su pecho fue destrozado por las balas, los humanos luchaban entre sí y esa es una lucha terrible.

Mi amigo dio un grito agudo y doloroso ahogándose con su sangre, se desplomó sobre los demás cadáveres que se encontraban en la puerta. Me acerqué arrastrándome hacia la puerta, un charco de sangre se había empezado a formar tras del dintel inferior mojando mi pecho. Allí entre la sangre de mis compañeros y de mi amigo Masan, que aún estaba caliente, una impresión cruel y monstruosa invadió mi ser. Frente de mí y a poca distancia estaba un hombre escondido con la mitad de su cuerpo tras de una piedra. Tenía la ametralladora en la mano y disparaba en mi dirección. Unas balas pasaban sobre mi cabeza apenas algu-

nos milímetros, mientras los otros se detenían en los cadáveres de mis amigos que estaban arrumados uno sobre otro en la puerta. Lo observo algunos instantes. Mi verdadero deseo era que se alejara, que se pierda y que no lo vea, pero el proseguía disparando con todo ánimo, como si en aquella choza se encontrara el monstruo de la guerra que se introdujo en mí y en él, en la matanza, y quería rematarlo, destruirlo, para devolver la paz a la humanidad.

“¿Será él quien acaba de matar a Masan?”, me pregunté. “Sí, otro no puede ser; los demás están lejos, éste es algún héroe de la guerra y lo hace para recibir medallas, elogios y aplausos del hombre”.

Me acordé de los héroes de las guerras anteriores de mi pueblo, cuando se le hacía la misa para que Dios les prolongue la vida o les conceda un puesto en el paraíso, porque han matado muchos hombres.

Pero, “¿por qué este hombre ha matado a Masan?”, pensé de nuevo... “¿Por qué hizo eso...?” Yo no pude responderme, tal vez ni él mismo podía contestar..., pero lo hizo, y con ganas..., y seguía disparando para acabar conmigo también.

De la sangre tibia que brotaba de las heridas de mis amigos y en la cual se bañaba mi cuerpo, un misterioso fluido como la corriente eléctrica invadió mi ser. Por mi mente atravesó una cruel y salvaje intención que enveneno mi espíritu. La sangre empezó a correr por mis venas con aceleración, mi corazón se agitaba, una fiebre rara y estremecedora invadió mi cuerpo haciendo oscurecer mi vista por un instante. No sé si por el miedo a la muerte o por el heroísmo. Pero decidí matar.

Me atrincheré tras de los muertos, cogí la ametralladora, apunte el cañón hacia el cuerpo del hombre, apreté aquel frío y desagradable mecanismo, según me habían enseñado y descargué mi odio salvaje junto con las balas sobre el ser humano. Luego lancé varias granadas de mano. La explosión levantó la tierra en alto y entre aquellas nubes caían los cuerpos del prójimo. La sangre derramada de las venas se mezclaba con el barro. *“¡Dios, porque permites tanta desgracia entre tus hijos!”*, pensé un instante. Luego apreté los dientes con la furia de venganza y proseguí a disparar.

Los gritos dolorosos de los agonizantes, los cuerpos destrozados, los hombres muertos componían aquella horrible confusión a mí alrede-

dor, y yo..., gozaba entre aquel remolino sangriento, vengándome... y si podría alcanzar, mataría, cientos, miles y millones de hombres, estaba seguro que nadie me juzgaría por aquel monstruoso delito. Al contrario los hombres me aplaudirían, me otorgarían valiosos premios y me ascendería en grados mayores, tal vez me proclamarían héroe, por matar a tantos hombres.

Entonces..., yo..., en el barco de la gloria..., navegaría por el lago de sangre, derramada por mí..., levantaría los brazos en alto y gritaría con orgullo... ¡¡ESO SOY YO, EL HOMBRE CIVILIZADO DEL SIGLO VEINTE..., QUE MATA, QUE HACE LA GUERRA, QUE DESTRUYE Y QUE GOZA HACIENDO BARBARIDADES Y DAÑOS A LA HUMANIDAD!!

FIN

de Mi primer crimen

Terminé de escribir este libro el miércoles

1 de setiembre de 1965 a las 04:15 horas.

IMÁGENES DE ALGUNAS HOJAS
DEL MANUSCRITO DEL AUTOR VITKO NOVI

MI PRIMER CRIMEN

Porque hoy de tener de
la muerte cuando no sabemos
que hay mas alla. me decia mi
abuela en una oportunidad, mientras
me contaba ~~los~~ sus experiencias
de la vida, acariciandome los cabellos.

~~Dios ha hecho el mundo y la vida
terrestre, donde manda a los seres
vivientes para que purifiquen sus
almas. luego les~~

~~Dios ha hecho el mundo y la
temporanea vida terrestre solo no
sirve para purificar nuestras almas.~~

Dios ha hecho el mundo hijo mio.
~~la temporanea~~ y en él establecio una
temporal vida terrestre, donde manda
a los seres vivientes para que purifiquen
a sus almas, luego les recoge de
la tierra y les transporta con su
fuerza divina en la vida



III

¿ Que ha hecho el hombre con aquellos
brillantes y maravillosos ejemplos que
efectivo jesus, san Pedro, san Pablo -
san jorge - y tantos Humanistas - dioses?
Les han proclamado como santos -
llenan con sus nombres la
lista que es calendario, y allí
termina todo. El hombre no
tiene de seguir sus ejemplos de
bondad. Han pasado dos mil
años desde que Sócrates, protágoras
luego jesus supieron pensar
y poner ejemplos de la ~~no bello~~
fraternidad, de sentir bien al
genero humano. Si el hombre
a deseado ser feliz desde entonces
hasta el presente no tenido
tiempo de hacer egoismo, de
fortalecer el sentir humano.
de vivir ~~no solo en si, si no~~
en todos seres vivientes,
sentirlos como a si mismo,
ha tenido tiempo de eliminar
explotación, de ~~razonar~~. y

Mi primer crimen

**Vitko Novi (con su Guzla) y compañeros en
Kolasin-Montenegro, 1942.**



Vitko Novi en Montenegro, 1944 (al medio con fusil)



